

**H HARLEQUIN™**

# INTENSE

UNA SEMANA DE  
**PLACER**

JC HARROWAY

INTENSE

UNA SEMANA DE  
**PLACER**

JC HARROWAY



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2018 JC Harroway

© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Una semana de placer, n.º 1 - septiembre 2018

Título original: A Week to be Wild

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-9188-943-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

# Capítulo 1

Olivia Noble atravesó las puertas de acero y cristal que daban paso al lujoso restaurante del piso treinta y uno del edificio más alto de Londres, The Shard, siguiendo al viejo profesor. Todavía sentía un cosquilleo en el estómago después de la vertiginosa subida en el ascensor, con aquella impresionante vista panorámica de los edificios más icónicos de la ciudad. Siendo neoyorquina, estaba acostumbrada a aquellos rascacielos que desafiaban la gravedad, siempre que podía, los evitaba.

—Ah, los otros siguen en el bar.

El profesor McBride le hizo un gesto para que lo precediera hacia aquel grupo de hombres trajeados. Las piernas de Libby vacilaron con aquellos tacones de diez centímetros sobre la alfombra mullida, mientras trataba de controlar la reacción que la adrenalina le provocaba. Aquel elegante y sofisticado restaurante bien podía haber sido un restaurante de carretera por lo poco que se estaba fijando.

Era directora de su propia empresa de marketing en Nueva York y estaba acostumbrada a hablar en público. Eso no quería decir que disfrutara haciéndolo ni que no hubiera pasado nervios durante la presentación de cuarenta minutos que había hecho en la London Business School. De hecho, le había hecho mucha ilusión que la invitaran a participar en tan prestigioso seminario, sin caer en la cuenta de que nadie al otro lado del charco habría oído hablar de su pequeña y competente compañía.

El resto de los ponentes estaban reunidos en el bar, formando pequeños grupos enfrascados en conversaciones. Varios alzaron la vista al ver llegar a Libby y al profesor McBride, y a algunos los reconoció del seminario, en particular aquel rostro que había llamado su atención. Era un rostro difícil de ignorar.

Alex Lancaster.

Sus ojos se desviaron de la conversación y, por encima de las cabezas que los separaban, fue a posarse en ella, desnudándola con la mirada. Un estremecimiento se le originó en las entrañas y se le extendió por las piernas. Aquellos ojos... la intensidad con la que atravesaban el objeto de su atención...

Parecía un chico malo de película, un caballero pícaro y granuja y un desaliñado surfista, todo en un mismo y succulento lote. En aquel momento poco se evidenciaba del surfista, vestido como iba con un traje de chaqueta a medida que probablemente costara más que el pago de una anualidad completa de la hipoteca de su modesto apartamento de apenas cincuenta metros cuadrados. El único guiño a aquel lado salvaje era un mechón revuelto de pelo oscuro que parecía resistirse a quedarse en su sitio, hiciera lo que hiciese.

Libby apretó los muslos y agarró con fuerza el bolso.

—¿Le apetece una copa de vino, querida? —le preguntó el profesor McBride.

Libby asintió. Sus ojos ardían al sostener la mirada de Alex Lancaster más de lo que hubiera sido prudente o cortés. Probablemente no era la única mujer allí a la que la mirada de aquel atractivo espécimen del género masculino le provocaba visiones medio pornográficas.

Irguió la espalda y apartó la mirada, parpadeando repetidas veces para aliviar el escozor de los ojos. Resopló. ¿A quién pretendía engañar? Todos sus pensamientos se tornaban pornográficos mirando a aquel hombre. Se estiró la chaqueta. Había llegado el momento de volver a centrarse.

Era una profesional respetada en el mundo empresarial, dueña de una exitosa compañía de marketing, lo que le había valido una invitación para participar en el seminario sobre líderes empresariales del futuro.

Volvió su atención de nuevo al profesor McBride y a sus interminables disertaciones, concentrándose en no desviar la mirada hacia el señor Lancaster, la única persona de su edad en el grupo.

Libby dejó de prestar atención a la aburrida conversación, soplando discretamente para apartarse unos mechones de pelo del rostro. ¿Por qué le provocaba aquel hombre ese intenso efecto? Quizá su secretario tenía razón y necesitaba disfrutar de unas buenas vistas. Iba a tener que concederle un aumento a aquel escocés tan deslenguado o darse de alta de una vez en aquella aplicación de citas de la que no paraba de hablarle.

Aunque tal vez no.

Sus pensamientos volvieron a centrarse en el multimillonario que estaba al otro lado del profesor. Podría despojarlo de aquel traje, hundir los dedos en su pelo y dirigir su cabeza hacia abajo mientras la incipiente barba de sus mejillas dejaba huella en la zona más sensible de sus muslos y...

Vaya, aquello era muy fuerte. Algo debía de tener el agua inglesa. Era la única explicación.

Carraspeó apartando aquellos pensamientos de la cabeza y desvió la vista hacia sus zapatos favoritos mientras volvía a concentrarse en la voz del profesor McBride.

— ... y este es Alex Lancaster, uno de nuestros antiguos chicos de oro, benefactor de la universidad y uno de los patrocinadores del seminario de hoy, aunque estoy seguro de que no necesita presentaciones.

El profesor McBride concluyó arrastrando las últimas palabras al verse requerido por un miembro de la facultad.

Antes de que pudiera prepararse mentalmente para admirar de cerca su impresionante físico, Alex tomó su mano entre la suya, provocándole un hormigueo que se le extendió desde la muñeca y que hizo que se le erizara el vello del brazo.

Inteligente, con vista para los negocios y extremadamente atractivo; era evidente que Alex Lancaster se había llevado el premio en la lotería de genes.

Y por supuesto que lo conocía. Todo el mundo lo conocía. Además, se había documentado antes de llegar el día anterior. Era uno de los multimillonarios más brillantes de Gran Bretaña y, aunque no era el más rico, su fama en la toma de decisiones acertadas solo era superada por su carisma y por aquella sonrisa con la que se ganaba a mujeres de todas las edades.

Quizá fuera el hoyuelo de su mejilla lo que le daba aquel aire inocente a la vez que travieso. O aquellos expresivos ojos color caramelo que tanto destacaban desde las portadas de las revistas en las que aparecía. Fuera como fuese, la había dejado tan desarmada que su voz la traicionó.

—Señorita Noble, ha sido una charla interesante.

Sus labios se curvaron y apareció el hoyuelo en toda su intensidad. Aquella sonrisa podía derretir a cualquiera. Y su voz profunda...

Su elegante y ajustado traje, su habitual uniforme, se transformó en una camisa de fuerza. Era la única explicación del súbito acaloramiento de su piel y de que el vello de todo su cuerpo se hubiera erizado.

—Encantada de conocerlo, señor Lancaster.

Libby apartó la mano de la suya, aunque de nada le sirvió para aliviar el infierno que la envolvía. Estaba demasiado cerca y era demasiado viril.

«Cálmate, Libby. No es más que un traje».

—Su reputación está bien justificada.

Se frotó con los nudillos la incipiente barba de la mejilla y sus ojos oscuros brillaron.

Libby recuperó el habla.

—Vaya, tiene un talento peculiar, señor Lancaster, uno del que las revistas de cotilleos y los periódicos económicos no dicen nada.

Libby deslizó la palma de la mano por la falda y volvió ligeramente el cuerpo para que no viera aquel gesto que le había provocado el efecto que había tenido sobre ella. La idea de que aquel hombre hubiera puesto su atención en ella, aunque solo fuera por su perfil empresarial, le provocaba una sensación ardiente en los rincones más inoportunos.

Al ver que fruncía ligeramente el entrecejo, Libby continuó hablando.

—Se le da perfectamente fundir un insulto con un elogio.

Fijó la mirada por detrás de él y enarcó las cejas antes de pasar a su lado para saludar a alguien a quien acababa de reconocer.

—Si me permite...

Él rio y en sus ojos color caramelo aparecieron unas motas doradas.

Un camarero bloqueó la vía de escape de Libby, al parecer con una bandeja de elegantes copas de champán. Esbozó su sonrisa más cortés al camarero, decidida a apartarse de aquel estúpido carismático que tenía delante de ella, por muy atractivo que fuera. Con sus casi dos metros de altura, era la personificación de las fantasías de casi todas las mujeres, fantasías que nunca había imaginado hasta que había puesto los ojos en don Testosterona.

—Discúlpeme —dijo y al sentir su mano tomándola del brazo, Libby se quedó inmóvil—. Lo que quería decirle era que la suya ha sido la conferencia más entretenida de la mañana. Había oído hablar de su trabajo. Soy empresario y me gusta estar al corriente de las noticias del mundo de los negocios.

Su labio rozó el borde de su copa y le sostuvo la mirada. Había una mezcla de provocación y desafío en sus ojos mientras la observaba.

Su mano, aún en su brazo, le transmitía un intenso calor a través de la fina lana de su chaqueta favorita. Era grande, estaba bronceada y tenía una suave

capa de vello oscuro que asomaba bajo el puño de su camisa de lino. Unas ligeras durezas alteraban la perfección de sus largos y elegantes dedos. Al retirar la mano, reparó en sus cuidadas uñas cuadradas.

Contuvo el repentino impulso de preguntarle si se hacía la manicura a diario. ¿Sería así como los multimillonarios británicos llenaban sus días? Claro que también podía dedicar sus manos a otras actividades, como a acariciarle los pezones.

Hacía mucho tiempo que...

Liberada, recuperó la compostura, tratando de independizar su mente de las garras de sus hormonas.

—Siento no poder devolverle el cumplido. Me he perdido su charla.

Nunca volvería a trabajar para ningún gigante de la tecnología de la información. ¿Por qué había tenido que cruzarse en su radar?

Él encogió un hombro sin dejar de mirarla, como si su visión de rayos X hubiera abierto agujeros en su ropa.

Aquel traje gris le sentaba como un guante. Parecía de cachemir. Llevaba una corbata en tonos cobrizos que resaltaban aquellas motas doradas de sus ojos, enmarcados por pestañas oscuras.

Libby cerró las manos en puños para evitar abanicarse su rostro acalorado.

De vuelta a su plan de escape.

Como si la viera venir, Alex se colocó ante ella, impidiéndole la visión con su ancho pecho.

—Me alegro de haberla conocido. Me han gustado sus consejos profesionales.

Dio otro sorbo a su bebida, sin dejar de estudiar su rostro y su cuello. Si hubiera seguido bajando, aquella conversación habría terminado, por muy guapo que fuera.

—Tal vez deberíamos volver a vernos para intercambiar impresiones. ¿Qué le parece si quedamos a comer?

Entonces alzó una ceja, en un movimiento perfectamente calculado e irresistiblemente tentador.

Si su cuerpo no hubiera reaccionado de aquella manera, habría aceptado. La compañía que había creado de adolescente, Lancaster IT, se había afianzado a nivel global en los últimos años. Las ventas de software médico al mercado asiático habían convertido a su fundador y presidente en alguien asquerosamente rico. Cualquier relación empresarial de su compañía de

marketing con aquel gigante internacional le daría el prestigio que necesitaba para llevar su negocio al siguiente nivel.

Pero no soportaba la arrogancia. Alex Lancaster no solo era conocido por su intuición en los negocios, sino por la temeridad en su vida personal. Solo de pensar en sus aventuras de playboy, sentía un escalofrío.

Aun así, decidió aceptar.

—Me siento halagada. Pídale a su asistente que llame al mío. Estoy segura de que podremos organizar algo.

Sacó una tarjeta del bolso y se la dio, con cuidado de no rozarle los dedos.

—Aunque en este momento, mis clientes me tienen demasiado ocupada.

¿Qué estaba diciendo? Aquello era perfecto para su pequeño e incipiente negocio. ¿Estaba dando largas a una cuenta de aquella magnitud por otra ínfima? ¿En serio? ¿Y todo porque era mucho más atractivo en persona y hacía que le temblaran los muslos y se le humedeciera la ropa interior?

Alex volvió la tarjeta haciendo un hipnótico juego de malabares con los dedos. ¿Qué otras cosas sabría hacer con aquellos dedos tan diestros?

Libby apartó la vista. Volvía a mirarla fijamente y clavó los ojos en la alfombra. No solían incomodarla los silencios, en especial en reuniones de negocios. Pero aquel hombre le hacía perder la compostura.

—Está... Puede encontrarlo todo en mi página web.

Estaba tartamudeando. Una exitosa mujer de negocios de veintiocho años con un máster en marketing estaba tartamudeando.

Alex ni miró la tarjeta, que seguía volteando entre sus dedos.

—Me gusta mucho su aportación personal. Ha hecho maravillas para Kids Count.

¿Por qué le interesaba su trabajo en una pequeña obra benéfica? Aun así, no podía negar que le había dado mucho prestigio.

Sin dejar de observarla por encima del borde de la copa, volvió a dar otro sorbo a su champán.

—Yo también participo en una organización benéfica.

Se guardó la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta, cerca del corazón.

Aquel gesto le resultó extremadamente íntimo y le provocó una sensación cálida en el vientre. No había ninguna duda de que necesitaba sexo.

—Estoy dispuesto a pagar.

Aquella referencia al pago podía ayudar a alcanzar un acuerdo.

Provenía de una de las familias más influyentes del Reino Unido y, habiendo

crecido en un entorno empresarial, había fundado su primera empresa con un préstamo que le había hecho su padre de diez mil libras.

Pero algunas cosas no estaban en venta. No había ninguna duda de que estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería, a tomar decisiones y a dar órdenes. Bueno, pues con ella no.

—Estaré encantada de ponerle en contacto con Sonya, mi socia y directora de marketing, aunque teniendo en cuenta que en breve se tomará la baja por maternidad, le sugiero que no tarde mucho.

De ninguna manera trabajaría codo con codo con aquel hombre, no después de que un simple cruce de miradas en un salón al darse la mano le hubiera provocado aquella explosión de hormonas. La imagen de ambos retozando entre las sábanas blancas de la enorme cama del hotel la aturdió. ¿Sería tan exigente en la cama? Y ella, ¿accedería a darle lo que quería? Ella también tenía sus necesidades sexuales...

Alex se pasó la lengua por el labio inferior, en un gesto que mantuvo cautiva su atención durante largos segundos. Libby sacudió la cabeza y apartó la vista.

Sus pensamientos libidinosos la aturdián. Había llegado el momento de apartarse de él y de su inquietante magnetismo.

—Encantada de conocerlo.

Libby puso fin cortésmente a la conversación y dejó caer la mano a un lado. Lo mejor sería no volver a tocarlo por si acaso tenía que salir corriendo al baño para poner fin a aquel sufrimiento.

Como si pudiera adivinar sus pensamientos, él esbozó una medio sonrisa, alzó la barbilla y la miró entornando los ojos.

—El placer ha sido mío, Olivia.

Pronunció su nombre exagerando su acento británico, despertando y poniendo en alerta sus rincones más femeninos.

Libby hizo una mueca de fastidio, deseando que la cámara de su ordenador explotara.

—¿Qué es lo que has dicho? ¿Estás loca?

Sonya se acarició el abultado vientre, se acomodó en el sofá y apoyó los pies en la mesa de centro del despacho de Libby en Nueva York.

Aquella videoconferencia y las cinco horas de diferencia entre Nueva York y Londres suponían que su mano derecha estaba en su hora del almuerzo,

descansando en el sofá de Libby. Al parecer, era más cómodo que el del despacho de Sonya, aunque Libby sospechaba que su amiga echaba de menos tenerla cerca para comentar las ideas que se le iban ocurriendo. Formaban un gran equipo.

El rostro de Sonya llenó la pantalla al echarse hacia delante y mirarla a través del ciberespacio.

—No puedo ocuparme de esa cuenta como es debido en el poco tiempo que me queda —dijo recostándose en los cojines, como si el simple hecho de hablar la agotara—. ¿Por qué quieres que me ocupe yo? Es evidente que te quiere a ti. Además, estás allí mismo.

Sonya dio otro bocado a su sándwich y colocó otro cojín en la parte baja de su espalda.

Solían comer juntas los días en que ambas estaban en la oficina y aprovechaban para hablar de las cuentas y sincronizar sus agendas. Aquel día, por alguna razón inexplicable, probablemente el cambio horario, Libby había contado los detalles de su encuentro con Alex Lancaster e iba a tener que pagar el precio.

—Es arrogante... e increíblemente maleducado para ser inglés.

Además de sexy, con una mirada soñadora en los ojos y una agudeza que le hacía desear desafiarlo para ver qué pasaba.

—Dilapida su dinero.

Y la miraba como si tuviera ante él un succulento bistec y llevara meses alimentándose solo de verdura.

Aunque, ¿acaso no se había fijado en él como en un objeto, en aquel trasero firme bajo sus impecables pantalones a medida? ¿Acaso no había dirigido la mirada más de una vez al bulto de su entrepierna, preguntándose qué se ocultaría bajo el tejido?

No quería contarle a Sonya la reacción que le había provocado. Su amiga había conocido a Callum. Se había dado cuenta de que algo había pasado en su encuentro con Alex Lancaster, pero no quería confiarle las fantasías que había despertado en ella. Ni siquiera ella sabía cómo había surgido. No, no era el momento adecuado.

Tres años sin sexo era demasiado tiempo. Odiaba tener que reconocerlo, pero su secretario, Vinnie, tenía razón.

—¿Y? —preguntó su amiga desde el otro lado de la pantalla—. Son negocios. Esta cuenta y sus contactos podrían darnos a conocer en Europa, en

Asia... ¡en el mundo!

La mirada de incredulidad de Sonya le amargó el té, aquel brebaje que se había preparado en la habitación de su hotel. Lo apartó a un lado y en su lugar bebió de una botella de agua, tratando de ganar tiempo.

No tenía sentido negarse a escuchar la propuesta de Alex Lancaster. Olfato empresarial. Claro que el mismo instinto que la había llevado lejos en su exitosa carrera empresarial era el mismo instinto que le decía que se mantuviera alejada de él. Era demasiado carismático, encantador y viril. La reacción que le había provocado aquella tarde se lo había confirmado. Era peligroso.

No le gustaba arriesgarse. Y, a pesar de todo lo que aquel hombre había conseguido, no podía soportar su fama de temerario.

—Bueno, si aceptas la cuenta, las consecuencias pueden ser las mismas para la compañía —dijo esbozando su sonrisa más convincente—. Hay una ventaja añadida. Piensa en todos los bártulos de bebé que podrás comprar.

«Vaya golpe bajo, Libby».

Sonya resopló. Probablemente estaba demasiado incómoda como para haber comprendido el sentido del comentario de Libby.

—De ninguna manera. No tendré tiempo. Además, al final tendrás que ocuparte tú cuando tome la baja por maternidad. Lo cierto es que debería habérmela tomado ya. No me gustaría dar a luz en el ascensor, con la única ayuda de Vinnie. Ya sabes el escándalo que arma. Acabaría matándolo y entonces, ¿en qué situación te dejaría?

Un nudo en el estómago puso fin a sus dudas acerca de la cena. Todavía tenía que encontrar a una persona que sustituyera a Sonya. Los posibles candidatos que había entrevistado hasta la fecha no estaban lo suficientemente preparados para sustituirla.

Ambas estaban hechas del mismo barro. Habían estudiado en la misma universidad y juntas habían creado Noble and Pullman.

En cualquier momento, Sonya iba a dejar un importante vacío en su pequeña y preciada compañía.

Como si hubiera oído su nombre, Vinnie, el secretario de Libby, una persona excesivamente franca y sin pelos en la lengua, entró en el despacho y asomó la cabeza por detrás del hombro de Sonya, apareciendo su rostro en la pantalla. Lo saludó con la mano, aliviada de tener una excusa para dejar de pensar en su reticencia a trabajar con Lancaster IT y su atractivo fundador.

—¿Cómo van las cosas, Vinnie? ¿Alguna respuesta más?

Había contactado con varias empresas de Londres, confiando en cerrar algún acuerdo antes de volver a casa.

—Lo cierto es que no.

Vinnie hablaba con un marcado acento escocés que muchas veces le costaba entender.

—¿Quieres que haga algunas llamadas?

Libby suspiró. Se le daba bien su trabajo. Era capaz de vender cualquier cosa, pero a veces le resultaba difícil darse a conocer. No acababa de superar sus humildes comienzos.

—No, ya me ocupo yo. Y si nadie me recibe, al menos aprovecharé para hacer turismo unos días. Tal vez incluso conozca a la reina.

No recordaba la última vez que se había tomado vacaciones, y el asombro de los dos rostros que la miraban desde la pantalla confirmó que su sugerencia les había sonado raro.

Necesitaba cambiar de tema antes de que Vinnie sacara una lista de locales de entretenimiento para solteros en Londres y Sonya empezara con su cantinela de que ya era hora de pasar página.

—¿Estás cuidando de Sonya?

Su amiga puso los ojos en blanco y Vinnie sonrió.

—Bueno, ya sabes cómo es. Digamos que lo estoy intentando. Si acabo ayudando a nacer a este pequeño —añadió acariciando el vientre abultado de Sonya—, quiero una subida de sueldo.

Los tres rieron, pero se adivinaba cierto nerviosismo de fondo. Libby no debería haberse marchado en un momento tan crucial. Pero se había sentido demasiado tentada cuando la habían invitado a un viaje con todos los gastos pagados a la ciudad de sus sueños y muy halagada de que le pidieran que diera una conferencia.

—He venido a contarte que Alex Lancaster llamó esta mañana. Pidió tu teléfono personal —dijo Vinnie.

Libby se enderezó en su asiento, con el corazón latiéndole al doble de velocidad.

—No te preocupes, jefa, no se lo he dado. Aunque es un joven muy insistente.

Libby apretó los labios. A Vinnie le sobraba atrevimiento para todas las cosas ridículas que decía. Aquella simple definición no hacía justicia a Alex

Lancaster.

—Parece que sabe en qué hotel te estás quedando, así que te llamará. Dijo que tenía que hacerte una proposición de negocios —añadió sonriendo, haciendo el gesto de comillas con los dedos—. Y quería hablarlo contigo antes de que te marcharas de Londres.

A punto estuvo de atragantarse con el té.

Sonya la miró con los ojos muy abiertos, se echó hacia delante y miró directamente a la cámara.

—¿Ves? Realmente te quiere a ti —dijo entornando los ojos.

Libby se mordió el labio inferior, evitando hacer cualquier comentario. Lo último que necesitaba era que aquel par de casamenteros sacaran una idea equivocada de las intenciones de Alex Lancaster. Había hablado demasiado.

Se puso nerviosa ante la idea de hablar con él y volver a verlo. Bueno, no tenía por qué contestar su llamada. Ya había oído su propuesta y su respuesta seguía siendo la misma.

En aquel instante, el teléfono del hotel sonó, sobresaltándolos a los tres. Se quedó inmóvil mirando el aparato durante dos o tres timbres. Tenía que ser él. Nadie más sabía dónde estaba, a excepción de las dos personas que la miraban con emoción e intriga.

—Contesta —dijo Sonya, gesticulando para que descolgara el auricular.

Se quedaron a la espera. A veces le fastidiaba que aquellos dos la conocieran tan bien.

Enderezó los hombros, decidida a comportarse con profesionalidad. Él no dejaba de ser un hombre de negocios, otro cliente en potencia. Libby se llevó el dedo índice a los labios, indicándoles que permanecieran en silencio. Luego, volvió el ordenador hacia la pared. Sonya y Vinnie podrían oír su parte de la conversación, pero no podrían verla mientras hablaba.

—Aquí Libby Noble.

Su voz sonaba fatigada, como si hubiera estado corriendo un maratón.

Relajó la fuerza de la mano y se quitó los zapatos debajo de la mesa. Sentía la tensión en el cuello solo de saber que Sonya y Vinnie estaban escuchando. Llevaban cuatro años trabajando y divirtiéndose juntos, y la habían visto en sus mejores y peores momentos. Aunque lo de la diversión era un decir, porque apenas se había divertido desde la muerte de Callum.

—Olivia, soy Alex Lancaster.

Oyó su voz profunda al otro lado de la línea y puso los ojos en blanco. ¿Por

qué no podía tener una voz normal, un tono monótono que la dejara fría?

Libby Carraspeó.

—Señor Lancaster, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Llámame Alex.

Su voz sonaba más grave por teléfono y su acento más marcado. Quizá fuera porque sin la distracción visual, sus sentidos estaban más alerta.

—Esperaba persuadirla para que reconsiderara mi oferta.

Solo escuchándole hablar le hacía pensar en sexo. Su voz, profunda y autoritaria, destilaba control. Debería resultarle insoportable. Odiaba que le dijeran lo que tenía que hacer. Quizá fuera el cambio horario lo que estuviera alterando sus biorritmos. Se alisó los pliegues de la falda, buscando algo que hacer con sus dedos inquietos.

—Creía que lo había dejado claro esta mañana.

—¿Ah, sí?

Lo único que había dejado claro era lo atraída que se sentía por él y que eran sus hormonas las que llevaban el timón de su barco hacia aguas desconocidas y peligrosas, llenas de fantasías salvajes.

—Quería explicarte mejor el proyecto. Creo que ya te conté que soy el presidente de una organización benéfica con sede aquí en Londres.

¿De veras se lo había contado? Había estado demasiado concentrada en el roce de su mano y en el ligero mareo que le había provocado su colonia.

—Se llama Able-Active. ¿Has oído hablar de ella?

Libby tomó un bolígrafo del escritorio y empezó a hacer círculos al ritmo de las palabras de Alex. Sería capaz de estar horas oyéndole hablar, sobre todo si lo que le decía era provocativo. Su voz la envolvía como si fuera una manta, cálida, sensual y con un tono ronco capaz de despertar todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, en especial aquellas que estaban en su entrepierna.

—No, lo siento, no la conozco.

—Ese es el problema. En este momento, la organización solo acepta miembros de la zona sudeste del país. Quiero darla a conocer por las principales ciudades del Reino Unido. Hay muchos niños ahí fuera que necesitan todo tipo de ayudas, Olivia, niños que se merecen lo que Able-Active puede ofrecerles.

Aquello despertó su interés.

—¿A qué se dedica la organización?

Rápidamente escribió Able-Active en el buscador de su teléfono móvil y

entró en la página web.

—Es para niños con todo tipo de habilidades. Es un centro recreativo de aventuras, una especie de campamento.

—Entiendo. Bueno, le deseo suerte, señor Lancaster. Ese objetivo merece la pena.

¿No podía tener algún defecto? Mal aliento, mal gusto, pésimo sentido del humor...

—Claro que merece la pena y...

Se quedó callado como si estuviera buscando la palabra adecuada. Quizá aquel hombre despiadado y temerario tuviera un lado blando.

—Es importante para mí, por eso quiero a los mejores trabajando a mi lado.

—He hecho mis indagaciones y usted es el mejor. He leído que le dieron un reconocimiento y también el artículo tan halagador que el presidente de Kids Count escribió en la publicación Charity Times.

Siguió un silencio tenso y Libby se recostó en el respaldo de su asiento. No le cabía ninguna duda de que él también habría hecho sus averiguaciones. Se lo había dejado claro aquella misma mañana con su comentario acerca de su reputación. Era un empresario astuto, intuitivo, de mente ágil y decidido. Cualquiera que estuviera considerando contratar a alguien desconocido, habría hecho sus deberes.

Ella había hecho lo mismo, dedicando toda la tarde a buscar información en internet y en su página web. No recordaba ninguna mención a su organización benéfica. Había estado demasiado ocupada deleitándose con fotos suyas sin camisa, en alguna exótica isla. También se había quedado absorta, viendo una y otra vez algunas de sus charlas solo para escuchar su voz, sin dejar de imaginarse cómo estaría sin aquellos elegantes trajes.

Olía a cruzada personal. No. Probablemente dedicaba la misma determinación y osadía que a cualquier iniciativa que emprendía.

Libby permaneció en silencio. ¿Por qué aquella reticencia a trabajar con él? Despertaba en ella algo así como un perverso rasgo de su personalidad que se deleitaba negándole sus deseos. ¿Lucha de poder? Eso no era muy maduro de su parte y, desde luego, no era bueno para los negocios.

—Estoy segura de que hay muchas empresas que podrían ocuparse de diseñar la estrategia.

Sí, había trabajado en una campaña para una organización benéfica estadounidense y seguramente podía encontrar lo que necesitaba allí, en el

Reino Unido.

Alex suspiró.

—Mira, consigo todo lo que quiero, Olivia. Tú has demostrado tener una visión clara de la actual situación social. Tienes facilidad para transmitir ideas acertadas e innovadoras, y eso está beneficiando a Kids Count de manera notable. Quiero lo mismo para mi organización.

¿Su organización?

—Por eso propuse tu nombre a la London Business School cuando me pidieron que diera la conferencia de hoy.

Libby contuvo una exclamación. ¿La había recomendado personalmente? Siendo él el patrocinador de la conferencia, estaba corriendo con todos sus gastos, incluida aquella habitación de hotel. Posó la mirada en la cama. La imagen de él desnudo y despatarrado allí, diciéndole lo que quería con aquella voz tan sensual, hizo que sus latidos se aceleraran. De ninguna manera iba a acceder.

«Consigo todo lo que quiero». Aquella arrogancia...

De nuevo, su mente se desvió. ¿La quería a ella? No había dejado de fantasear con estar a su lado desde que lo había conocido. Por mucho que le costara tanto profesional como personalmente, le demostraría que no siempre se salía con la suya.

—Bueno, espero que tenga un buen contable en Able-Active. No muchas organizaciones benéficas que están empezando cuentan con presupuesto para marketing.

Sus servicios personales no eran baratos, por muy atractivo que fuera el hombre que iba a pagar el cheque.

—Ese es problema mío. ¿Puedes empezar mañana?

«Arrogante, imbécil presuntuoso».

—Señor Lancaster, el dinero no me hará cambiar de idea.

En todo caso, haría que colgara antes. A diferencia de don Milloneti, no había tenido una infancia privilegiada de colegios privados y vacaciones en la nieve. Su padre no tenía yate; de hecho, no tenía padre. Al igual que su madre, había trabajado mucho para conseguir lo que tenía y valoraba cada céntimo que gastaba, a pesar de la ropa de marca que vestía y del coche de alta gama que conducía. Frivolidad no formaba parte de su vocabulario.

—¿Y qué puede hacerte cambiar de idea?

Había empleado aquel tono sensual con el que se lo imaginaba en la cama.

Si le hubiera pedido que trabajara para su compañía tecnológica, aquella conversación ya habría terminado. Volvió a fijarse en la página web de Able-Active, aquellos rostros sonrientes de niños disfrutando de actividades al aire libre.

—Es muy importante para mí, Olivia.

Pronunciaba su nombre completo como si fuera un pequeño secreto entre ellos.

—¿Por qué?

—Por razones personales. Tenía una hermana —contestó, y tras una breve pausa, añadió—: Espera, te daré un incentivo.

Era evidente que no quería hablar de su hermana. Ella también tenía temas de su pasado de los que no le gustaba hablar.

—En dos meses termina el contrato de marketing de Lancaster IT —continuó—. Si me ayudas con Able-Active, el contrato es tuyo.

—¿Sin conocer mi trabajo? Eso es ridículo.

¿Estaba loco? ¿Cómo había alcanzado el éxito tan joven? Las decisiones precipitadas y el despilfarro no formaban una buena combinación. No se había equivocado con él: era un temerario.

—Simplemente haz lo que hiciste en Kids Count y estaré satisfecho.

Hmm... ¿Qué aspecto tendría un Alex satisfecho? Libby se quedó pensativa. Sonya tenía razón. Una cuenta como aquella llevaría a su empresa a la primera división. Sería una gran recompensa después de tantos años de esfuerzo. ¿Podría contener la atracción que sentía por él hasta que acabara el trabajo? Seguramente, sí. Además, no podía olvidar que estaba aprovechando su estancia en el Reino Unido para hacer nuevos contactos. Aquello era un sueño que empezaba a acariciar.

Aun así, seguía dudando.

—Quizá Sonya podría empezar proponiendo unas ideas y luego, cuando se tome la baja por maternidad, yo me haría cargo.

Eso no tenía sentido. ¿Qué le pasaba? Se sonrojó, sabiendo que Sonya estaría oyendo aquellas sandeces que salían de su boca. Ella estaba en Londres y su amiga en Nueva York, a punto de dar a luz a su bebé en cualquier momento.

—Te quiero a ti.

Cerró los ojos y su libido la transportó hasta un mundo de fantasía. ¿Qué se sentiría siendo la destinataria de ese comentario en otro momento y contexto?

¿Le daría lo que su cuerpo tanto deseaba? ¿Un par de orgasmos alucinantes? ¿Estaría dispuesta a cederle el control de su vida y dárselo todo por unos minutos de disfrute?

Controló su respiración agitada y mentalmente se llamó al orden. Era una implacable mujer de negocios. Tenía veinte empleados a su cargo, se esforzaba por conseguir buenos contratos y era reconocida en su sector. No podía derrumbarse ante el atractivo de un cliente, por muy bonitos que fueran sus ojos o su voz. No merecía la pena correr el riesgo de perder el control.

Pero aquella era una buena oportunidad empresarial. Un contacto de aquella importancia le permitiría elegir al sustituto de Sonya. Y cuando su amiga regresara de su baja por maternidad, estarían preparadas para comerse el mundo.

Tenía que tener cuidado. A pesar de sus fantasías, un hombre como Alex rápidamente se haría con todo lo que le ofreciera.

Contuvo la respiración, decidida a mostrarse profesional. Al fin y al cabo, aquello eran negocios.

—Le pediré a mi secretario que llame al suyo para que vayan haciendo los preparativos.

Libby levantó la barbilla, aunque sabía que no la estaba viendo.

—Me encargaré de la redacción de los contratos.

Casi podía oír su sonrisa victoriosa al otro lado de la línea telefónica.

—Es un placer hacer negocios con usted, señor Lancaster.

Colgó y dejó salir el aire de sus pulmones, recreándose en una única palabra: placer. ¿De veras lo sería?

Cuando dejó de sentir el rostro acalorado, volvió a colocarse frente a la pantalla, ante sus amigos.

Sus sonrisas lo decían todo.

Maldita fuera, ¿qué había hecho?

## Capítulo 2

Alex Lancaster detuvo la cinta de correr y tomó la toalla que había dejado en el pasamanos para secarse el sudor del rostro. Prefería correr por los parajes de Oxfordshire o por la orilla del Támesis, pero cuando pasaba las noches en la ciudad, tenía que conformarse con la cinta de correr. Además, aquel día necesitaba llevarse al límite para superar su ansiedad.

A pesar de los cuarenta minutos de ejercicio, no había podido quitarse de la cabeza a Olivia Noble.

Después de comprobar que no tuviera ningún mensaje urgente en el teléfono, encendió la televisión que colgaba de una de las paredes de su amplio despacho para sintonizar las noticias y se fue a la ducha.

Se metió debajo del chorro de agua e ignoró la tensión de su entrepierna, provocada por aquella sofisticada mujer morena de curvas generosas. Ya de lejos le había parecido atractiva, pero de cerca le había impactado. Era atrevida, inteligente y tenía respuesta para todo.

Cerró los ojos y recordó la sensualidad de su voz grave. Hablaba como si tuviera un problema de laringitis o el hábito de fumar, pero sabía que no era así. Había rastreado internet en busca de detalles sobre ella, llenando los vacíos con fantasías ligeramente perversas.

Unas fantasías que se inspiraban en la melena oscura que llevaba recogida en una elegante coleta, en las provocadoras curvas de las caderas que se adivinaban bajo las estrechas faldas que llevaba y en el escote que había visto aquella mañana, cuando al apartarse de él, su blusa se había ceñido a sus pechos, dejando entrever lo suficiente como para provocarle una erección.

Tampoco la conversación que habían mantenido por teléfono había sido de mucha ayuda.

Se enjabonó el pelo, castigándose con el movimiento de sus dedos. Nunca

antes había tenido que insistir tanto para convencer a alguien de que trabajara para él. Sus empleados lo adoraban. Les ofrecía un seguro de asistencia sanitaria excelente, más vacaciones de las que establecía la ley e interesantes bonos por el trabajo bien hecho. También premiaba a sus mejores diseñadores de software con una estancia de una semana en el hotel que tenía en los viñedos de Oxfordshire para fomentar su lealtad. En consecuencia, entre el personal tenía a los mejores de una industria altamente competitiva y global.

Olivia Noble se había mostrado casi ofendida cuando había mencionado sus tarifas. Era imposible que fuera tan ingenua. Le gustara o no, el dinero era lo que hacía que el mundo girara, cualquier persona que se dedicara a los negocios lo sabía. Y, por lo que había podido averiguar, Olivia se merecía aquel reconocimiento, algo que aumentaba su fascinación por ella.

Había obtenido la licenciatura de Comercio siendo la primera de la clase, tenía un máster en Marketing y en cuatro años había convertido su empresa en una de las diez más importantes de Nueva York. Su trabajo en la organización benéfica Kids Count era lo que le había hecho fijarse en ella.

¿Tendría algo que ver su reticencia con la química que parecía haber entre ellos? ¿Sentiría ella también aquella irresistible atracción?

Se enjabonó con más brío y giró el grifo hacia el agua fría para sofocar aquel ardor que le provocaba.

No había querido tener nada que ver con él. Había planeado convencerla durante la comida que se había servido en la escuela de negocios para que trabajara con él, pero ella se había comportado como si no quisiera saber nada de él. Había mantenido una conversación seria, sin risitas ni comentarios aduladores.

Eso le había resultado muy excitante, otro punto a favor de la señorita Noble.

La mayoría de las mujeres con las que trataba apenas podían disimular la emoción de sus ojos, como si solo por conocerlo les hubiera tocado la lotería. Por desgracia, por muy atractivas que fueran o por mucho que tuvieran en común, nunca estaba seguro si estaban interesados en él como persona o como el personaje que aparecía en las listas de *Forbes*.

Tampoco Olivia había podido impedir que se le sonrosara el escote o que se adivinara su pulso acelerado en el cuello. Él también lo había sentido. Nada más verla subir al estrado para dar la conferencia ante aquel auditorio abarrotado de universitarios, había sentido fascinación por ella.

Y al verla de cerca... Había tenido que ahuecarse la entrepierna del pantalón mientras la había observado alejarse tras su breve y frustrante intercambio de pareceres.

Mientras se secaba, recordó su conversación telefónica. ¿Por qué la exquisita señorita Noble se mostraba tan reticente a aceptar su cuenta? Conocía su trabajo. Era perfectamente capaz de simultanear la estrategia de marketing de Able-Active y la de Lancaster IT. La mayoría de sus clientes estaban ubicados en Estados Unidos y seguro que era consciente de que aquella podía ser la oportunidad de expandirse a nivel internacional. ¿Por qué su rechazo hería su orgullo? Lancaster IT aparecía en los listados que elaboraba el *Financial Times* de las mejores empresas, así que no podía ser por sus referencias profesionales.

Se puso unos vaqueros y una camisa limpia y eligió una chaqueta de las que tenía en la oficina. Luego tomó su teléfono, sintiéndose cada vez más frustrado. Estaba acostumbrado a conseguir todo lo que quería y, si las cosas no salían a su manera, seguía intentándolo. Nunca se daba por vencido.

Quizá la aversión que Olivia sentía hacia él fuera personal.

No, aquello no tenía sentido. Olivia no había podido disimular la inconsciente reacción de su cuerpo al igual que él no había podido ocultar la suya. Probablemente compartía su interés personal, pero se resistía a mezclar ambos. Eran muy parecidos en muchos aspectos: decididos y obsesionados con su trabajo.

Solo iba a tener que convencerla de que podían tener lo mejor de ambos mundos. Tenían que sofocar aquella curiosidad y, una vez superada, podrían concentrarse en lo importante, en un trabajo gratificante que supondría destinar parte de su riqueza a generar cambios. O al menos, a ayudarle a reparar el agravio causado a Jenny.

Tragó saliva y apartó aquel pensamiento de la mente. Tenía que pasar página y aprender de los errores pasados para acertar en la toma de decisiones futuras.

Dejó escapar un suspiro y volvió a pensar en Olivia. Con el tiempo, transigiría.

Volvió a sentir tensión en la entrepierna e, impaciente, le mandó un mensaje a su chófer.

Una vez en el asiento trasero de su coche, mientras atravesaba las calles de Londres desiertas en aquel momento, se le ocurrió una ofensiva tentadora.

Si un lucrativo acuerdo empresarial no la tentaba, iba a tener que encontrar otros alicientes.

Libby suspiró. Revolvió distraídamente el martini y el bullicio del bar del hotel pasó a un segundo plano.

Estaba deseando irse a dormir, disfrutar de la bañera de su lujosa habitación y poner fin a aquel día. Pero con el cambio horario y lo excitada que estaba tras sus encuentros con Alex, cada vez veía más difícil lograr conciliar el sueño. El alcohol no sería de ayuda, pero encerrarse en aquella habitación impersonal a pensar en Alex y su oferta tampoco era una buena opción.

Era una buena oferta, no podía negarlo. Antes de conocerlo, habría dado un salto de alegría. Pero en aquel momento...

Cuanto más tiempo pasara con aquel irresistible hombre de negocios, más riesgo corría de sucumbir a la atracción que sentía por él. Era una atracción tan peligrosa como tentadora. Alex Lancaster no era la clase de hombre que admitiría un no por respuesta y ella no estaba dispuesta a aceptar sin más.

En aquel instante, alguien invadió su espacio personal.

—¿Puedo invitarla a otra copa? —preguntó un hombre trajeado, con aliento a cerveza.

Aquello era lo último que necesitaba. Lo miró muy seria. ¿Por qué los hombres daban por sentado que una mujer sola en un bar estaba esperándolos? Era atractivo, si se ignoraba su aliento, pero su cuerpo no sentía ni pizca de entusiasmo por aquel desconocido.

El mismo cuerpo que había pasado todo el día deseando a Alex Lancaster. El mismo cuerpo que había humedecido las bragas y con el que hacía tres años que no había disfrutado del placer de estar con un hombre. Quizá esa fuera la razón por la que Alex le había impresionado tanto con tan solo arquear la ceja o fruncir aquellos labios.

Impertérrito ante su mirada, el tipo le puso una mano en la espalda y se inclinó para tomar con la otra el teléfono de Libby, que estaba al otro lado de la barra, junto a la copa de martini que no había probado.

Libby le dio un manotazo.

El hombre hizo una mueca y, al perder el equilibrio, chocó su hombro con el

de ella.

—Solo iba a darle mi número para que me llame cuando acabe con esa copa y pueda invitarla a la siguiente.

—Sí, claro —dijo Libby, y apartó su mano de los hombros—. No se preocupe, estoy bien.

El hombre sonrió y llamó al camarero. Parecía dispuesto a no darse por vencido. Aquel baño y las paredes de su habitación cada vez le resultaban más apetecibles. Debería intentar dormir. Iba a necesitar estar descansada al día siguiente para mantenerse firme ante Alex.

—Siento llegar tarde.

El hombre que ocupaba sus pensamientos apareció a su lado, envuelto en un delicioso olor a recién duchado. Puso la mano en el respaldo de su taburete y le dedicó una seductora sonrisa.

—Alex.

—Hola.

Libby se volvió hacia él, dándole la espalda al desconocido. No le gustaba ser descortés, pero aquel tipo no parecía haber captado la indirecta.

Alex le mantuvo la mirada con una sonrisa sincera y cálida, y luego le hizo una seña al camarero con la mano.

Libby percibió el momento exacto en el que el desconocido con aliento a cerveza se fue, y se tranquilizó, pero solo momentáneamente, porque Alex no le había quitado la vista de encima. De hecho, estaba mirándola como si estuviera a punto de devorarla.

Se estremeció, sintiendo un cosquilleo en sus zonas más íntimas.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Libby dio un sorbo a su bebida. El líquido ardiente la envalentonó lo suficiente como para sostener su mirada.

—He venido para invitarte a cenar. Iba hacia la recepción cuando te he visto aquí.

Deslizó la mano por el respaldo del taburete y se sentó a su lado. Antes de volverse hacia ella, le pidió algo al camarero.

Libby se quedó mirándolo fijamente sin saber qué decir, aturdida por la cercanía de su mano en el respaldo. Estaba lo suficientemente cerca como para sentir su calor, pero demasiado apartado como para contener el deseo de acercar su cuerpo a él.

Alex sonrió.

—¿Qué clase de anfitrión sería si te dejara sola en tu primera noche en una ciudad desconocida?

—Espero que al menos no seas un acosador —ironizó.

Al oír aquel comentario burlón, Alex arqueó una ceja y dio un sorbo a su vino sin dejar de recorrer con la mirada las facciones de su rostro.

Libby se sonrojó. Su contestación había sido excesiva. No la había rozado en ningún momento, no la había invitado a ninguna copa, ni había intentado arrebatarse el teléfono como aquel admirador indeseado. Simplemente le había dado la salida que había necesitado en aquel momento.

¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se mostraba tan antipática con un anfitrión tan atento y con el que podía firmar un importante contrato? ¿Sería porque había despertado ciertas necesidades en ella? Necesidades que llevaban mucho tiempo dormidas, que nunca antes había sentido y que amenazaban con abrumarla con su intensidad.

No era culpa de él.

La sonrisa se borró de sus labios y frunció ligeramente el ceño.

—Estamos en un lugar público, Olivia, y estoy siendo un caballero. Pero si no quieres compañía, solamente tienes que decírmelo y me iré —le ofreció y se encogió de hombros.

Sabía que lo haría. Alex Lancaster no necesitaba acosar a mujeres. Probablemente las tendría a puñados.

Tragó saliva, sintiendo un nudo en la garganta.

—Gracias —dijo y ladeó la cabeza hacia la dirección por la que se había marchado el hombre del aliento a cerveza—. Ese tipo empezaba a ponerse demasiado pesado.

Alex apenas había reparado en el hombre trajeado. Su penetrante mirada provocaba que le temblaran las piernas. Sentía un nudo de nervios en el estómago.

—¿Has comido algo, te apetece cenar?

Alzó una ceja y se limpió una gota de vino tinto del labio con la lengua.

Era una simple invitación, la misma que ella haría a cualquier colega de visita en su ciudad. ¿Por qué le parecía algo más que una mera invitación a cenar? ¿O sería tan solo consecuencia de la intensa actividad de su libido?

—No tengo hambre.

Su voz sonó indiferente.

—Cuéntame —dijo acercándose a ella, sin dejar de observarla con su

mirada penetrante—. ¿Por qué te niegas a trabajar para Able-Active?

Alex fue directamente al grano y lo admiró por ello. Pero no podía darle una explicación sin revelar algunos asuntos personales en los que no quería volver a pensar.

Libby volvió la cabeza para evitar sus ojos. La ligera blusa sin mangas parecía un grueso jersey de lana en aquel momento.

—Te parezco arrogante —afirmó él.

Lo miró y se sorprendió al ver una expresión divertida en su rostro.

—Lo veo en tus ojos —continuó y apoyó los codos en la barra, acercándose más a ella—. Me gustaría que alargaras tu estancia aquí. Por supuesto que todos los gastos correrían de mi cuenta.

—¿Por qué?

La cabeza le daba vueltas ante aquella petición.

¿Acaso no había quedado claro ya que no estaba dispuesta a hacer lo que él quería? Si no alterara tanto su libido, ya se habría reído en su cara.

—Able-Active no se desarrolla en una oficina. Quiero que lo conozcas, que entiendas mi visión. Me gustaría que te quedaras un par de semanas.

Dio otro sorbo a su vino, dándole tiempo para responder.

Aquello la sorprendió tanto que sus dedos inquietos se quedaron paralizados en el borde de la copa de Martini.

—¿Te has vuelto loco?

Era evidente que ella sí se había vuelto loca, porque por un momento lo consideró. Entonces, se lo pensó seriamente. Aunque quisiera, no podía. Tenía que pensar en Sonya, su socia a punto de dar a luz. Podía trabajar desde cualquier parte del mundo siempre que tuviera una conexión wifi y no había dejado ningún asunto pendiente sobre la mesa antes de viajar al Reino Unido, pero pasar quince días lejos de la oficina...

Él rio, pasando de ser un atractivo hombre de negocios seguro de sí mismo a un tipo normal y corriente. Giró el taburete para mirarla, colocándose en una postura relajada, con los muslos separados.

¿Era una invitación?

Libby se esforzó en mantener el contacto visual y no sucumbir y fijarse en el bulto de su entrepierna. Había llegado el momento de ser clara. Si quería que aquella relación laboral prosperara, necesitaba que entendiera unas cuantas cosas.

—¿Sabes? Aunque estés acostumbrado, no siempre puedes salirte con la

tuya.

Sacó la aceituna de su bebida y la sostuvo entre los dientes sin dejar de mirarlo. Podía seguirle el juego al señor Lancaster. Si pensaba que sucumbiría a sus encantos, que caería a sus pies sin hacer preguntas, entonces no era tan listo como había imaginado.

Mordió la aceituna, pasándose la lengua por los labios.

A Alex se le dilataron las pupilas, un gesto inconsciente que no pudo controlar. Luego se encogió de hombros, como si no le importara. Pero Libby sabía que no era así. Al igual que ella, seguramente su éxito se debía a que al control que regía en todos los aspectos de su vida, tanto en el plano profesional como personal. Pero ¿necesitaba ese control tanto como ella? ¿Se sentiría arrastrado hacia la densa oscuridad del vacío, al igual que le pasaba a ella?

Alex ladeó la cabeza, apartando por fin la mirada de su boca. Esta vez, cuando sus ojos se encontraron, deseó hacerse un ovillo y desaparecer.

—Te haré una nueva proposición —anunció, llevándose la copa a los labios.

Libby sacudió la cabeza, decidida a llevar la delantera.

—Te he concedido demasiado en el breve tiempo que hace que nos conocemos.

Alex se mordió el labio, ocultando una sonrisa. Luego inspiró hondo y echó hacia atrás la cabeza para mirar el techo. Parecía estar considerando un desafío, toda una novedad para alguien en su posición.

—¿Qué te parece si por cada concesión que hagas, yo hago otra? —preguntó, acariciándose el labio inferior.

Se revolvió en su asiento, separando un poco más los muslos, como si estuviera incómodo. ¿Le estaría provocando un efecto similar al que él le provocaba a ella?

—Que sean iguales y mutuamente satisfactorios —añadió bajando la voz.

Dio otro sorbo a su vino y se quedó esperando, mirándola por encima del borde de su copa.

Libby cruzó las piernas, sintiendo los muslos húmedos y pegajosos.

—¿Quieres negociar? Te advierto que soy muy buena.

El caso era que no tenía ningún tipo de experiencia con aquella clase de negociaciones. Como amiga, novia o prometida, sí. Pero nunca se había dejado llevar por una ardiente atracción sexual como aquella. ¿Se habría dado

cuenta de que estaba improvisando?

Él sonrió. Parecía convencido de que iba a salirse con la suya.

—Lo sé. Me he informado, ¿recuerdas? Quiero lo mejor en todo —dijo, y echándose hacia delante, añadió bajando la voz—: ¿Qué me dices? ¿Estás dispuesta a disfrutar de una aventura?

La cabeza empezó a darle vueltas y sintió el corazón en la garganta.

«Sí».

«No».

—Depende.

¿Seguían hablando de trabajo? ¿Acaso importaba? Quizá Sonya, Vinnie y sus hormonas tenían razón. Una aventura era justo lo que necesitaba, saciar aquel deseo sexual, dedicarse a aquel gratificante y lucrativo encargo, y pasar página.

—Venga —dijo como si le hubiera leído la mente.

Libby se acercó. Su voz grave la llamaba y sintió calor en la entrepierna. Desde aquella distancia podía ver el ritmo de sus latidos en la base del cuello y el vello oscuro que asomaba por su camisa, e incluso percibir el aroma del detergente que usaba para lavar la ropa.

Su voz continuó en tono persuasivo y tentador.

—Eres una mujer perspicaz e inteligente que...

Libby puso el pie en el suelo. Su cuerpo se acercó al suyo como si le costara escucharlo y necesitara aproximarse a sus labios. Apoyó la mano en su muslo, tratando de recuperar el equilibrio. Aquella tela vaquera apenas hacía de barrera de sus cálidos y tensos músculos.

—Tú también sientes esta atracción —afirmó mirándola con intensidad.

Su aliento le provocó un cosquilleo en el cuello.

Estaba a punto de echarse sobre él. No estaba sola en aquello ni se lo estaba imaginando. Pero ¿debía dejarse llevar? ¿Se atrevería?

—Te deseo —dijo mirándola directamente a los ojos—. Física y profesionalmente.

Hablaba como si estuviera llevando a cabo una negociación empresarial, con cara de póquer, calmado y sereno.

—Quédate.

Hacía que pareciera muy fácil y se sentía tentada.

En todo el tiempo que llevaban hablando, no la había rozado. Tenía las manos apoyadas en el reposabrazos del taburete y estaba deseando deslizar

los dedos entre su pelo alborotado hasta que la besara y le hiciera olvidar las dudas, los recuerdos y la soledad.

Volvió a sentarse y retiró la mano de su muslo. Tenía que recuperar el control de sí misma y de la situación, y darle un poco de su propia medicina.

El problema era que aquella atracción le había robado la agudeza y las habilidades negociadoras de las que tanto le gustaba presumir.

Quizá le estaba transmitiendo telepáticamente sus pensamientos, porque su siguiente pregunta la sorprendió.

—¿Te gusta llevar la iniciativa?

¿Tan fácil era leerle la mente? ¿Tan fácil era adivinar en su rostro sus temores y complejos?

La sonrisa desapareció de sus labios y se puso serio, como si comprendiera la lucha interna que se estaba librando en su interior. Ella también lo deseaba, llevaba todo el día pensando en él, imaginando la sensación de sus caricias, de sus labios, de sentirlo dentro...

La urgencia de sucumbir ante aquella curiosidad, esa necesidad, era irresistible.

Alex bajó la cabeza, asegurándose de que siguiera mirándolo. Quería que viera en sus ojos la sinceridad de sus palabras y la batalla que se estaba librando en su interior.

—No me importa dejar que la lleves. ¿Qué puedo hacer para que consigas lo que quieres y así ambos salgamos ganando?

Un lamento silencioso hizo que Libby cerrara los ojos mientras respiraba hondo. Vaya oferta embriagadora. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Sería capaz de separar placer y negocios?

Abrió los ojos y se encontró con que seguía observándola. El ligero ensanche de sus fosas nasales era la única señal de que él también estaba experimentando el mismo deseo que Libby sentía en su vientre y que le estaba devolviendo a la vida.

—Te daré una semana —dijo sorprendiéndose.

¿Una semana?

Él asintió, satisfecho de haber conseguido aquella tregua.

Ella también había conseguido un buen acuerdo. Había llegado el momento de comprobar a cuánto estaba dispuesto a renunciar. ¿Sería un hombre de palabra? ¿De veras le interesaba llegar a un acuerdo? ¿Estaría dispuesto a aceptar sus condiciones?

Solo había una manera de averiguarlo.

Se acercó y separó ligeramente los labios mientras sus rodillas se rozaban.

—Si vamos a trabajar juntos —susurró bajando la mirada a su entrepierna—, y a follar, no quiero estar recibiendo órdenes.

Volvió a asentir, haciendo una nueva concesión.

Libby sintió que la cabeza le daba vueltas, buscando un compromiso que les permitiera a ambos conseguir lo que querían. Nunca se había enfrentado a una situación como aquella. Su instinto de conservación la empujaba a defender cada centímetro de terreno ganado.

Todavía faltaba la última prueba. ¿Soportaría lo que tenía planeado para él? ¿Sería capaz de mantenerse firme?

La temperatura de Libby alcanzó el punto de ebullición, a riesgo de combustión espontánea. Ella sacudió lentamente la cabeza, reclamando toda su atención.

—No siempre vas a salirte con la tuya.

Él volvió a encogerse de hombros y esbozó una medio sonrisa.

—Si quisiera salirme con la mía, te habría follado esta mañana en el restaurante. Te habría hecho gritar mi nombre con esa voz tan sexy que tienes.

Ella dejó escapar un gemido y pensó que todos lo que estaban en el bar se volverían a mirarlos.

—Tengo la impresión de que eres tú la que se está saliendo con la suya, Olivia —añadió.

Aquello apestaba a peligro, aunque no era su integridad física la que estaba en cuestión. Aun así, debería salir huyendo.

Se quedó observándola inmóvil y le sostuvo la mirada, mientras seguía respirando entrecortadamente por la boca. Aquello era un reto y estaban dibujando el campo de batalla.

Se terminó el martini de un trago, se bajó del taburete y se colocó entre sus muslos. Luego, acercó los labios a escasos centímetros de su oído.

—Quiero una compensación.

Casi podía ver el vello de su oreja poniéndose de punta.

Sacó la llave magnética de su bolso, se la colocó en la mano y salió del bar con las piernas temblando.

## Capítulo 3

No supo cómo se las arregló para salir del bar y atravesar el vestíbulo del hotel con aquella potente erección, pero enseguida alcanzó a Libby. No la había rozado en toda la noche y eso casi había acabado con él. Pero ella sí lo había tocado.

Todavía sentía el calor de su mano en el muslo, el roce de sus rodillas desnudas y el aroma embriagador de su frondosa melena. Gimió, tratando de encontrar la manera de mantener la disciplina de su cuerpo.

Caminaba a su lado y podía sentir su brazo junto al suyo. El vaivén de su larga coleta rozaba su hombro al mismo ritmo que sus tacones resonaban en el suelo de mármol.

Llegaron a los ascensores. Alex apretó el botón de llamada y cerró los ojos por una décima de segundo para disfrutar de su perfume de flores. Tenía que mantener la compostura y proyectar una imagen de autodomínio, al menos sobre su libido.

La imitó y se quedó con la vista al frente, los ojos clavados en la pantalla digital que predecía la llegada del ascensor.

Estaba deseando besarla y comprobar que sus labios sabían tan bien como parecía cuando había pronunciado la palabra «follar». A simple vista, transmitía una sofisticación fría e intocable. Ni un pelo fuera de su sitio ni una arruga en la ropa. Pero el acuerdo alcanzado, atrevido, autoritario e imponiendo lo que quería, resultaba excitante. Quizá fuera algo habitual en Estados Unidos, o quizá en ella.

«Quiero una compensación».

Aquello debería haberle indignado, pero estaba deseando conocer hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Quizá estaba perdiendo la cabeza, aunque no podía negar que le encantaría

retozar con ella, soltarle el pelo y deslizar las manos por aquellos mechones largos y sedosos, sentirlos sobre su rostro, su pecho, su vientre mientras lo besaba... ¿Cómo podía una apariencia tan austera despertar aquella pasión? Sus generosos labios hinchados por los besos, su brillante mirada, su voz grave pronunciando su nombre con aquel acento neoyorquino...

A ese paso, iba a necesitar darse una ducha fría solo para poder seguir a su lado. ¿Qué tenía planeado para él? ¿Sería capaz de mantener el control?

El ascensor llegó y, al abrirse las puertas, descubrió que estaba vacío. Miró de reojo y esperó a que ella entrara primero, conteniendo el deseo de empujarla contra la pared y follarla allí mismo, en el elegante vestíbulo del hotel Windsor en Park Lane.

«No siempre vas a salirte con la tuya».

Acostumbrado como estaba a controlar todos los aspectos de su vida, en especial de su vida sexual, sabía que aquel juego en el que había aceptado participar pondría a prueba su fuerza de voluntad.

Como si Libby hubiera adivinado sus pensamientos, se pasó la lengua por el labio inferior, provocando una nueva oleada de calor en su entrepierna. Luego entró en el ascensor y apretó los puños para contenerse y no abalanzarse sobre ella.

Estaba condenado.

Si bajaba la vista, vería el efecto que la negociación había tenido sobre él. Estaba deseando ajustarse los vaqueros, pero no quería romper el hechizo de sentirse enredado en aquella fabulosa melena. ¿Qué aspecto tendría desnuda, con el pelo suelto cubriéndole los pezones?

Ella se colocó delante de él y apretó el botón del piso. El arco de su largo y elegante cuello lo estaba llamando, y se imaginó el sabor de sus labios.

Respiró hondo y se volvió para mirarla. Era irresistible. Atrevida, inteligente y sexy, no se dejaba impresionar por él. La mayoría de las mujeres con las que salía lo agobiaban con su constante deseo por agradar o, mejor dicho, con lo que ellas pensaban que quería. A Olivia Noble no parecía importarle lo que quería. Llevaba la voz cantante y hablaba sin rodeos. Nunca había conocido a una mujer como ella.

Se quedó mirándolo con cierto gesto de indecisión, y parpadeó varias veces seguidas en un batir de aquellas largas pestañas. Sintió que el pecho se le encogía al ver aquella muestra de debilidad. Pero no iba a dejarla escapar. Había sido ella la que había empezado aquello y había aceptado sus reglas,

algo inusual en él, porque su instinto le decía que era una mujer que necesitaba tener el control en todo momento.

Pero ¿por qué? Tenía que mantener la paciencia si quería una respuesta a aquel secreto.

Su cuerpo se puso tenso y todos sus músculos se pusieron en alerta para cumplir aquel acuerdo. Iba a liberarlos a ambos de su sufrimiento y a saborearla. Sabía que el premio merecería la espera.

Libby se acercó a él mordiéndose el labio inferior y le acarició lentamente el pelo. Parecía haber oído sus plegarias. Le hizo ladear la cabeza sin dejar de mirarlo con sus ojos oscuros. Luego se puso de puntillas y juntó sus labios. Su mirada era atrevida, provocadora y tan excitante que a punto estuvo de ponerse en ridículo por el temblor de sus rodillas.

Entonces le devolvió el beso, manteniendo el contacto de sus ojos, y siguió apretando los puños para evitar aquello que tanto deseaba. La satisfacción que le provocaba la tortura de evitar acariciarla le provocaba tal tensión en la entrepierna que temía faltar a su palabra y devorarla en aquel mismo momento.

Cuando metió la lengua en su boca y arqueó su cuerpo contra el suyo, renunció a la lucha con un suspiro de frustración a la vez que de rendición. La tomó por el trasero, levantándola, y empujó allí donde necesitaba sentir su roce. Estaban muy cerca, pero no lo suficiente. Giró y la estrechó contra el espejo de la pared del ascensor, apretando su erección contra su vientre.

El beso se volvió exigente y la boca de Libby voraz, como si hiciera tiempo que no la besaban, algo que no podía ser cierto. Se merecía ser besada a todas horas del día.

Deslizó una mano por debajo de su falda, maldiciendo que fuera tan estrecha. Tuvo que afanarse para subírsela y separarle los muslos, y luego la apoyó contra la barandilla que rodeaba el ascensor a la altura de la cintura. El deseo lo embargaba, debilitando sus rodillas y aumentando la impaciencia de sus manos. Trató de controlar la excitación de sus hormonas respirando hondo.

«Despacio, saborea».

El ascensor anunció su llegada. Ninguno de los dos parecía tener prisa por poner fin a aquel beso que tanto había acelerado sus respiraciones. Alex hizo acopio de todas sus fuerzas para apartarse y bajarle la falda antes de que se abriera la puerta.

El pasillo estaba vacío.

Sin volverse para mirarlo, aunque algo alterada, Libby encabezó el

recorrido hasta su habitación. Alex sacó la llave magnética que le había dado en el bar. Sus ojos, unos enormes pozos oscuros bajo la tenue luz del pasillo, lo seducían. Estaba acostumbrado a llevar el control de todos los aspectos de su vida y aquella cesión le hacía sentirse perdido. ¿Estaría dispuesto a replegarse a sus deseos, fueran los que fuesen? Por tener un poco más de ella, haría lo que fuera. No podía contener la curiosidad.

—¿Qué quieres?

Se había comprometido a dejarle llevar la iniciativa y haría lo que fuera para darle lo que quería.

Libby empujó la puerta para abrirla, encendió las luces y se quitó los zapatos, dejando al descubierto sus uñas pintadas de rojo.

Al oír que la puerta se cerraba, se volvió.

Los besos habían dejado hinchados sus labios y tenía algo irritadas las mejillas y la barbilla por el roce con su incipiente barba. Estaba muy guapa y deseaba completar la transformación, soltarle el pelo y hacerla protagonista de todas sus fantasías, despojarla de su ropa y admirar sus curvas.

—¿Qué quieres tú? —replicó ella con su voz más profunda.

Aquello tenía una respuesta fácil.

—Quiero tocarte por todas partes.

Apretó los puños. Le costaba respirar.

Libby asintió y se acarició el labio superior con la punta de la lengua.

—Siéntate aquí —dijo indicándole una butaca en un rincón junto a las ventanas.

Alex accedió, pero sus pies parecían clavados a la alfombra mientras su cabeza se hacía una composición de lugar. Había mostrado sus cartas con demasiada impaciencia. Ardía en deseos por ella y la butaca que le había señalado podía ser una especie de dispositivo de tortura medieval. ¿Podría soportarlo?

Libby tragó saliva y se sonrojó, pero no de vergüenza sino de excitación.

—Quiero que me observes.

Joder, estaba intentando matarlo. Estaba a punto de pasar a formar parte de las estadísticas. Sintió un nudo en la garganta mientras su corazón parecía quererle salir del pecho.

—Yo también lo estoy deseando —dijo con un extraño tono de voz.

«Contrólate».

Se quitó la chaqueta y la dejó en la mesa. Los vaqueros le apretaban

demasiado, constriñendo su masculinidad, pero haría lo que le pedía, lo que había acordado, con el fin de ganarse su confianza. Olivia, con su encanto, su provocación y su misterio, era la recompensa final y bien valía la pena.

Se acomodó en la butaca, separando los muslos todo lo que el asiento le permitió. Su erección era un bulto rígido que se apretaba contra la cremallera de sus vaqueros. Trató de relajar los puños y se apoyó en los reposabrazos, a la vez que trataba de controlar su respiración entrecortada. Fuera lo que fuese que iba a hacer con él, iba a matarlo. Pero estaba dispuesto a morir para mantener los límites que ella exigía.

Enseguida vio recompensada su sumisión. Libby se desabrochó los pocos botones de su blusa de seda, dejando adivinar las curvas de sus pechos perfectos bajo el sujetador de encaje. Se contuvo para no poner los ojos en blanco. No quería perderse ni un segundo de la visión que tenía delante.

Su pecho subía y bajaba al mismo ritmo que el suyo. Al menos estaban juntos en aquel sufrimiento.

Mirándolo fijamente, Libby se levantó la falda, recogiendo la tela alrededor de su cintura hasta dejar a la vista las bragas allí donde se unían sus largas piernas. Sus manos temblaban levemente. Si no hubiera estado observando todos y cada uno de sus movimientos con mirada casi frenética, desesperado por ver todo, podría haberse perdido aquel detalle.

¿Estaba nerviosa, emocionada, tenía dudas?

El dolor golpeó su pecho.

«Por favor, no te arrepientas. Por favor, no te detengas».

Joder, era una fantasía hecha realidad. Aquello resultaba mucho más excitante que si se hubiera desnudado.

No tuvo que esperar mucho para ver más de ella. Con un pequeño suspiro, se metió los pulgares en la cinturilla de las bragas y fue bajándoselas por las piernas hasta dejarlas al borde de la cama.

Se volvió hacia él, vulnerable pero manteniendo el control. Respiraba entrecortadamente, pero estaba serena. El tiempo se ralentizó mientras permanecía a la espera, observándola.

—No te muevas o me estaré quieta —susurró ella.

Alex asintió con la cabeza, incapaz de hablar.

—Joder...

Estaba deseando besarla. Trató de mantener la vista fija en sus ojos, pero fue incapaz y, maldiciendo para sus adentros, su mirada se clavó en aquella

mata de rizos oscuros entre los que se adivinaba su sexo brillante.

Estaba mojada, empapada.

Poco más de un metro los separaba.

En una zancada estaría allí, acariciando aquel punto húmedo y caliente, haciéndola jadear, sintiendo cómo le clavaba las uñas mientras se esmeraba en provocarle un orgasmo.

Clavó las uñas en la tapicería de la butaca, sus nudillos blancos por la fuerza con la que apretaba. Sus fosas nasales se ensanchaban con cada inspiración y apretó los labios mientras levantaba la vista para mirarla desesperado una vez más.

Era evidente que pensaba que obedecería, porque con una lentitud pasmosa puso a prueba su autocontrol, subiendo la mano por las piernas hasta acariciar su clítoris.

Una batalla de lujuria se desató en su interior.

Libby jadeó y dejó caer la cabeza hacia atrás como si estuviera al límite. Se pasó la lengua por el labio inferior y, dirigiéndole una mirada provocativa, apoyó una pierna en la cama, ofreciéndole una perspectiva más amplia.

Su miembro se extendió, buscando ser liberado. Se aferró con fuerza a los reposabrazos para evitar bajarse la cremallera y unirse a ella en la búsqueda de autosatisfacción. Le había pedido que se sentara y observara, y aquello era lo más erótico que había visto en su vida.

Su respiración agitada resonaba por toda la habitación.

Libby empezó con movimientos lentos y vacilantes, como si no recordara el ritmo para proporcionarse placer. O quizá no había hecho nunca antes aquello. Tal vez estaba tan impresionada por su audacia y desinhibición como él. La idea de que cualquier otro hubiera disfrutado de aquel espectáculo le provocó una desagradable sensación y se mordió la lengua. El dolor le recordó que debía permanecer sentado, si bien cada nervio de su cuerpo deseaba levantarse y acercarse hasta ella.

Cuando sus dedos tomaron velocidad, Alex perdió la cordura. Su mirada viajaba desde la expresión placentera de su rostro al frenético movimiento circular de sus dedos. Libby se echó hacia atrás y su blusa abierta reveló aún más de aquel encaje que ocultaba sus pechos.

Apretó los dientes. Le molestaba que la ropa le impidiera ver aquel cuerpo que adivinaba sublime. Apretó los puños, incapaz de contener la urgencia de arrancarle la tela que cubría sus curvas. Sus piernas se movieron, impacientes

ante tanta inactividad.

Sus gemidos atrajeron su mirada hacia su rostro, pero enseguida volvió a fijarse en su entrepierna, a tiempo de verla introducirse un dedo antes de seguir acariciándose el clítoris. No se había equivocado: estaba empapada. El sonido silencioso de la fricción sobre piel resbaladiza resonó en su cabeza y el olor, intenso y erótico, llegó a sus fosas nasales a través del pequeño espacio que los separaba.

Estaba perdiendo el control. Su cerebro se estaba cerrando. No le llegaba suficiente oxígeno. Demasiada estimulación. Sobrecarga de testosterona.

Ella se quedó mirándolo, sus gemidos cada vez más erráticos. Respiración jadeante, labios abiertos, muslos temblorosos...

Ella estaba cerca.

Él ya no podía más. Se levantó precipitadamente haciendo volar la silla. En su cabeza solo oía jadeos. Cayó de rodillas entre sus muslos y se dedicó a explorar su sexo.

Había pensado que se detendría. Esas eran las reglas. Pero era evidente que estaba tan alterada como él; había superado el punto de no retorno.

Alzó la vista para mirarla en un instante de duda.

Ella jadeó y asintió con la cabeza. En sus ojos había desesperación.

Apartó su mano y acercó la boca a sus pliegues, recreándose en la sensación eufórica de estarla tocando por fin.

Ella gritó y hundió los dedos en su pelo.

Alex jadeó, liberando su frustración reprimida. Sentía su sabor en los labios, en la lengua, en el fondo de la garganta. Localizó el nudo de terminaciones nerviosas y lo lamió con la punta de la lengua antes de introducísela.

Levantó la vista por entre sus piernas y la vio sacudiendo la cabeza de un lado a otro, sin dejar de mirarlo y jadear cada vez más fuerte. Consiguió penetrar un dedo en su húmeda calidez justo antes de que explotara y sus músculos internos se contrajeran a la vez que sus muslos empezaran a temblar a ambos lados de su cara. Mantuvo la boca donde la tenía, arrancándole los últimos espasmos, mientras una mezcla de triunfo y fracaso le robaba el aliento.

Libby se retorció para apartarse, jadeando una última vez, apartando su cabeza cuando hasta unos segundos antes había estado atrayéndolo hacia ella.

Alex la soltó, se secó los labios con el dorso de la mano y se puso de pie.

Su miembro estaba más duro que nunca. Estaba tendida en la cama, desmadejada, con el rostro sonrojado como consecuencia del intenso placer, pero mirándolo atentamente, como si no estuviera segura de qué era lo que Alex iba a hacer.

Joder, lo había puesto a prueba y había fracasado. Tendría que haberlo atado a esa silla, aunque no estaba seguro de que no hubiera echado abajo el edificio, en un intento por llegar hasta ella. Verla en aquella situación había sido demasiado.

Le ofreció sus manos, temblorosas por la adrenalina que se había disparado en su cuerpo. Por un segundo pensó que las rechazaría, que le diría que se fuera. Pero se incorporó, puso las manos en las de él y dejó que tirara de ella hasta quedarse sentada al borde de la cama, con él de pie entre sus rodillas.

Lentamente, como si se acercara a un animal asustado, tomó su rostro entre las manos. Seguía teniendo el pelo recogido, pero la coleta se había aflojado y tenía unos cuantos mechones sueltos. Sus ojos ya no mostraban aquella mirada perdida, y su expresión placentera estaba dando paso a una cautela que lo asustaba.

Aquello no había sido parte del juego ni estaba en las normas. Lo había estropeado todo.

Soltó un suspiro lento y controlado, cuidándose de no demostrar toda su frustración de golpe. Luego se inclinó sobre ella, sin dejar de mirarla, y le dio un suave beso en los labios. Las rodillas apenas lo sostenían por el esfuerzo de retirarse, así que apartó la mirada y dio un paso atrás.

Libby había cumplido a la perfección, dándole todo lo que le había prometido. Le había ofrecido una experiencia que recordaría hasta su lecho de muerte. Y él le había fallado a la primera de cambio.

Sin decir palabra, se volvió, deseando mirarla una última vez. Pero tras cerrarse la pesada puerta de la habitación y lograr recorrer el camino hasta el ascensor con el peligro de que le fallaran las piernas, se felicitó. Podía haberla defraudado, pero estaba orgulloso de la fuerza de voluntad que había conseguido reunir para marcharse.

## Capítulo 4

Le molestaba el cuero cabelludo. Esa mañana, se había hecho una trenza tirante, como si aquel peinado fuera a protegerla de su insensatez de la noche anterior. Ese comportamiento no solo había hecho que accediera a trabajar con Alex Lancaster, sino a quedarse una semana más en Londres en vez de volver en dos días a Nueva York.

Por no mencionar el extraño acuerdo que habían alcanzado, ese según el cual ella se había dado placer ante él, obligándolo a observarla, y se había corrido con tanta intensidad que estaba convencida de que su corazón había dejado de latir durante unos segundos.

Salió del ascensor, sintiendo la humedad de las medias en los muslos.

Había estado a punto de cancelarlo, de llamar a su secretario y pedirle que le hiciera una reserva en el primer vuelo. No era cobarde, pero, después de lo que había hecho, la idea de ver a Alex a plena luz del día...

Aunque lo sucedido la noche anterior le había proporcionado el mejor orgasmo de su vida, no sabía si finalmente Alex y ella habían alcanzado un acuerdo, ya fuera sobre Able-Active o sobre aquel juego íntimo que habían empezado.

Su rostro se materializó ante ella. Había mantenido su palabra y le había cedido el control sin poner peros a sus exigencias. Nunca habría imaginado que un hombre tan poderoso e influyente pudiera dejar a un lado su arrogancia y darle lo que quería. Lo que había empezado como un encuentro de pareceres, una manera de controlar el deseo que sentía por él, se había convertido en un juego excitante.

No esperaba que siguiera sus instrucciones al pie de la letra. Había suspirado de alivio al verlo levantarse de la silla para acabar de hacerla correr con su lengua. Cerró los ojos y lo recordó mirándola desde sus muslos.

¿Cómo había sido capaz de marcharse sin aliviar su excitación? Había estado a punto de salir corriendo tras él para llevarlo de vuelta a su cama y cabalgar sobre su impresionante erección. Aunque lo cierto era que no había tenido ocasión de ponerle la mano encima. Aquel hombre tenía una gran fuerza de voluntad. Iba a tener que intentar hacerlo mejor.

Pero los negocios eran lo primero.

Libby atravesó unas puertas de cristal con el logo de la compañía y se acercó al escritorio de una recepción minimalista.

—Soy Libby Noble. Vengo a ver a Alex Lancaster.

La noche anterior, después de ducharse, había revisado los correos electrónicos y se había encontrado con uno de la secretaria de Alex, Molly, la mujer que en aquel momento estaba sentada al otro lado del escritorio, recordándole la cita de ese día.

—Ah, sí, señorita Noble, la está esperando. La acompañaré.

Molly se puso de pie y señaló hacia otras puertas de cristal que daban a un despacho.

Sus piernas amenazaban con ceder. Tragó saliva, dibujó una sonrisa cortés y convincente en sus labios y se preparó para el impacto de volver a ver a Alex.

Estaba sentado tras su mesa, codo con codo con otro hombre de unos cuarenta años. Ambos estaban atentos a la pantalla de una tableta que tenía el otro hombre, pero al cruzar el umbral de la puerta, Alex levantó la vista y sus ojos se clavaron en Libby.

Una oleada de calor la sacudió. No se había equivocado con el impacto que le produciría.

Aunque había conseguido romper el hechizo y aliviar en parte la tensión sexual que había sentido desde que le había conocido, la sacudida fue el doble de potente que cuando sus miradas se habían cruzado por primera vez.

En aquel momento lo veía como era. Sus ojos habían estado cegados por el velo de la abstinencia autoimpuesta. Su ardiente sexualidad se adivinaba bajo aquella apariencia elegante y culta. La desnudó con la mirada, provocándole un deseo doloroso e incontrolable de probar algo más de él aparte de aquella boca espectacular.

Libby dio unos pasos vacilantes en su dirección, tratando de apartar de su mente las imágenes del dormitorio y concentrarse en el despacho en el que estaba. Ningún traje por formal que fuera podía protegerla de la fuerte atracción sexual que Alex despertaba en ella.

A su espalda, Molly carraspeó.

—La señorita Noble —anunció la secretaria.

—Gracias, Molly —dijo Alex, haciendo una leve inclinación con la cabeza.

Por el rabillo del ojo, Libby vio al otro hombre moverse.

Alex no apartó la mirada de ella.

—Olivia, te presento a Jeremy Wells, mi director financiero.

Jeremy se metió la tableta debajo del brazo y se acercó a ella.

Libby apartó sus pensamientos y sus ojos de Alex, sonrió y sintió que le ardían las mejillas al haber mirado con lascivia al jefe de Jeremy.

«Contrólate».

Alex se sentó en el borde de su mesa y se quedó observándolos, indiferente.

—Olivia va a encargarse del marketing de Able-Active.

Su voz carecía de aquel tono sexy que había empleado la noche anterior, pero el modo en que pronunció su nombre hizo que todo su cuerpo se estremeciera al recordar cómo sus labios habían acariciado sus zonas más íntimas. Era una imagen que no podía quitarse de la cabeza.

Jeremy le tendió su mano flácida y esbozó una sonrisa tibia.

—Los dejaré a solas.

Alex asintió de nuevo, con la vista fija en Libby, provocándole otra oleada de ardiente agitación. Pero todavía no había visto lo que quería.

Debían de ser sus hormonas las que le hacían perder el norte.

—Molly, ¿podrías llevarnos café abajo? —preguntó mirando a Libby interrogante.

Ella asintió, confirmando que había adivinado lo que quería tomar.

—Voy a enseñarle a la señorita Noble las oficinas de Able-Active.

Molly asintió y se retiró, impasible ante el tono decadente de la voz de su jefe que tanto alteraba a Libby.

Deseaba más, más de aquellos gemidos tan sensuales que la noche anterior había dejado escapar por entre sus piernas. Deseaba que le preguntara por lo que quería y que la dejara llevar la iniciativa. Quería volver a escuchar su acento inglés maldiciendo mientras la embestía.

¿Quién sabía lo que se escondía en su interior? ¿Qué era lo que había desatado en ella?

Se miraron, solos al fin. Su expresión no revelaba nada y confiaba en que lo mismo le ocurriera a ella. ¿Renegaría de su acuerdo? ¿La mandaría a casa? Quizá se limitaría a fingir que no había pasado nada la noche anterior y se

concentraría en el trabajo.

Aunque no iba vestido para trabajar. Se recreó mirándolo de arriba abajo. Esperaba encontrarlo vestido con uno de sus impecables trajes, pero llevaba vaqueros y una camiseta, un atuendo que no disminuía su atractivo, más bien todo lo contrario.

Fue subiendo la mirada por los vaqueros y se detuvo en el bulto de la entrepierna. Aquel bulto era más pequeño que el que había visto la noche anterior, cuando se había marchado de la habitación del hotel insatisfecho. Sintió que el calor subía por su cuello. Debería haberlo detenido y haberle dado alivio, ayudarle a alcanzar el éxtasis al igual que él había hecho con ella.

Sus rodillas temblaron al recordar las caricias de su boca y aquellos penetrantes ojos oscuros observándola mientras explotaba por los movimientos de su lengua.

¿Por qué tenía que follárselo con la mirada en cuanto lo tenía delante?

Le ardía el rostro y la intensidad con la que la miraba apenas le daba tregua.

Se le olvidó el discurso que se había preparado. Miró a su alrededor en vez de mirarlo a él, mientras buscaba algo de que hablar, como las vistas de Londres, los cuadros que colgaban de la pared o el olor a cuero de los muebles.

Cuando volvió a posar su mirada en él, seguía observándola con los ojos entornados.

—No estaba seguro de que fuera a venir esta mañana.

Aquello era lo último que esperaba que le dijera.

«¿Quieres que repitamos la actuación? ¿Por qué no te echas sobre el escritorio para que pueda penetrarte desde atrás? Eres una amante egocéntrica y el acuerdo se ha terminado».

—¿Por qué? Te dije que estaba de acuerdo. Soy una mujer empresaria.

Bueno, eso cuando no estaba babeando por él.

Era una mujer madura que sabía separar lo personal de lo profesional. Claro que nunca antes la habían puesto a prueba. Además, confiaba en que sus capacidades estuvieran justificadas.

«Mentirosa».

En aquel momento, lo único que quería era desnudarlo y provocarle una erección con la boca.

Alex se puso de pie con expresión inescrutable y la miró a los ojos.

—¿Nos vamos?

Se acercó a la puerta y se la abrió, haciéndole una seña para que volviera al mundo real. Se le veía tranquilo e indiferente.

Era evidente que no iban a hablar de lo que había pasado la noche anterior ni de la atracción que había entre ellos. Su mente no podía pensar en otra cosa. No dejaba de ver imágenes de ambos retozando sobre su escritorio, en el sofá, tirados por el suelo, siempre continuando lo que habían comenzado en su habitación de hotel.

Pero aquella mañana, al señor Lancaster lo único que le importaba eran los negocios, y en eso debía concentrarse, en las reglas de marketing para Able-Active y en la contrapartida de los juegos de alcoba. No se distraería profesionalmente de las primeras ni permitiría que la segunda interfiriera.

Libby atravesó el despacho y su mirada se cruzó con la suya al pasar junto a él bajo el umbral de la puerta. Luego, recorrieron el camino hasta los ascensores. Iban tan cerca que si alargaba el brazo podía tocarlo. Quizá debería hacerlo y disculparse por lo de la noche anterior, por haberle dejado... sin terminar. Tal vez debería sugerirle corregir el desequilibrio de la situación esa misma noche.

Alex apretó el botón de llamada y ambos miraron hacia arriba. La sensación de *déjà vu* era tan intensa que Libby sintió una oleada de calor extendiéndose por su espalda. Al igual que la noche anterior, el ascensor estaba vacío. Alex presionó el botón para bajar unas cuantas plantas y las puertas se cerraron.

Libby ansiaba más de aquellos abrasadores besos devoradores. Aquel hombre sabía besar muy bien y ya había comprobado las habilidades que tenía con la boca. Pero en vez de aliviar su deseo, solo había servido para intensificarlo más. Quería parar el ascensor y suplicarle que la follara allí mismo.

Sus ojos escanearon el interior de la cabina en busca de cámaras de seguridad.

Entonces, las puertas se abrieron y su voz profunda la sacó de sus fantasías.

—Después de ti.

¿En serio? Apenas podía caminar. Le dolían los pezones, tenía las bragas empapadas y sus dedos ansiaban aferrarse a él. Debería haberle pedido que se quedara a pasar la noche, de esa manera habría saciado su sed con un despertar perfecto.

Alex, en comparación, parecía tranquilo y concentrado. Era el perfecto empresario, mientras que ella estaba deseando olvidarse de estrategias de

marketing y lanzamientos de marcas para pasar la semana en su habitación de hotel, dando rienda suelta a todas aquellas fantasías atrevidas que había despertado en ella.

No, definitivamente Alex había cambiado de opinión. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

La condujo por un pasillo idéntico al que conducía a su despacho y de nuevo le sostuvo la puerta para que lo precediera una vez llegaron a su destino.

Libby se quedó de piedra. La palabra despacho no servía para describir lo que básicamente era un pequeño cuarto con dos mesas, un ordenador y un teléfono.

Una mujer de poco más de veinte años apartó la mirada de la pantalla y se puso de pie al verlos.

—Hola, Alex.

¿Se tuteaban? Por supuesto.

Él sonrió y Libby desvió la vista.

—Hailey, te presento a Olivia Noble. Va a ayudarnos con la campaña de marketing para darnos a conocer. Se volvió hacia Libby, borrando la sonrisa que le había dedicado a su joven empleada.

—Hailey es la única empleada a tiempo completo de la organización. El resto son voluntarios.

Libby saludó a la mujer con un apretón de manos, reparando en la manera en que sus ojos se recreaban en Alex. No podía culparla. Su atractivo era magnético. Y su resentimiento hacia Hailey, la mujer a la que acababa de conocer, se tornó en desilusión. No la había llevado hasta aquella zona tranquila para repetir lo de la noche anterior. No iba a hacerla tumbarse en la mesa para igualar la cuenta de orgasmos.

Si hubieran estado solos, se habría saltado la regla número uno. Se habría puesto de rodillas ante él y lo hubiera tomado en su boca, para hacerle olvidar el trabajo.

—¿Alguna novedad de la excursión en bicicleta?

Alex tomó un expediente de la mesa de Hailey y revisó el contenido.

Libby apartó aquellas imágenes sensuales de su cabeza. Ella también sabía mostrarse indiferente.

Hailey asintió.

—Hemos tenido suerte con el alojamiento gracias a la oficina de turismo de

Welsh, pero el personal sigue siendo un problema.

Alex se acarició los labios con los dedos índice y pulgar, mientras estudiaba los papeles que tenía en la mano.

Olivia paseó la mirada por aquella estancia escasamente amueblada y sin ningún encanto. Una empleada, un lugar desangelado y problemas, difícilmente la imagen de una exitosa empresa de Alex Lancaster. ¿Por qué dedicar tanto tiempo a una incipiente organización benéfica? Podía emplear aquel tiempo en cosas mucho más provechosas, como expandir su imperio. ¿De veras tendría cosas que hacer en Lancaster IT?

Una vez terminada la conversación, Libby siguió a Alex hasta el escritorio que estaba libre y se sentó en la silla que le ofrecía, antes de tomar otra y colocarse a su lado, en ángulo. Confiaba en que aquel montón de madera lograra intimidar a sus hormonas, o al menos sirviera para recordarle que debía mostrarse como toda una profesional.

Se entretuvo sacando la tableta y el móvil. Luego se quitó la chaqueta y la dejó doblada a sus pies, sobre el bolso.

Tranquila, fría, profesional.

«Estupendo».

Sus muslos todavía sentían la huella de su incipiente barba. Su voz grave disparó la lujuria que llenaba su cabeza cuando se miraron.

—¿Estás bien? Pareces algo... incómoda.

¿Cómo podía mostrarse tan indiferente? Al menos, no le temblaban las manos.

—En absoluto. Yo...

No podía confesarle que su cabeza no dejaba de dar vueltas a la idea de hacer el amor con él, sobre aquella mesa, y disfrutar de un orgasmo tras otro hasta que le hiciera olvidarse de su nombre.

—Estoy un poco sorprendida, eso es todo.

Alex se reclinó sobre la silla al igual que había hecho la noche anterior en la butaca. Estaba repantigado, con los muslos separados y una ceja arqueada, a la espera.

¿Cómo iba a superar el día?

Libby se revolvió en su asiento, tragó saliva y luego señaló a su alrededor.

—Supongo que me esperaba más, otra cosa más impactante —dijo y entrelazó las manos sobre la mesa.

Permaneció en silencio tanto tiempo que ella empezó a sentir unas diminutas

gotas de sudor sobre el labio superior.

—Entiendo.

Su mirada se endureció y Libby deseó esconderse en el baño. ¿Era posible que el Alex trabajador resultara más atractivo que el Alex ocioso? Tenía un porte autoritario que no le había visto antes y que debía dejarla fría, pero que no hizo más que aumentar la tensión de su entrepierna.

—Has hecho suposiciones sobre mí, dejándote llevar por ideas preconcebidas —dijo y rápidamente alzó la mano, en un gesto para impedir que lo interrumpiera—. Ha debido de ser por los vaqueros y la camiseta, y ahora esta discreta oficina ha completado el cuadro.

Altanera era la palabra que describía su voz fría. ¿De veras había estado haciendo suposiciones? Trataba de mantenerse imparcial y objetiva, en especial en lo relacionado a los negocios. Pero con su humilde pasado y la fama de temerario de Alex... Era como intentar mezclar agua y aceite. Quizá subconscientemente había condenado aquella oportunidad al fracaso. Si era así, no habría más... diversión.

Alex se echó hacia delante, buscando su mirada distraída, y contuvo la respiración.

—Ya te dije ayer por teléfono que Able-Active no va de oficinas.

Sus ojos aterrizaron en sus labios. El movimiento hipnótico y el sonido de su voz eran fascinantes, devolviendo a la vida a cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Tiene que ver con la aventura, el riesgo, la adrenalina,

Sus labios acariciaban cada palabra como habían acariciado su clítoris, y el cosquilleo que sintió le recordó lo mucho que le había gustado.

¿Seguían hablando de una organización benéfica?

Si aquel atractivo multimillonario y su propuesta de negocios la habían dejado jadeando, el apasionado filántropo con las mangas remangadas la asfixiaría. ¿Qué se sentiría siendo el centro de toda aquella pasión?

Él continuó hablando, mientras su cabeza se afanaba en mantener separadas sus palabras de su imaginación hiperactiva.

—Solo porque nuestros clientes sean jóvenes con discapacidad intelectual no significa que no quieran las mismas cosas que el resto de los jóvenes, que cualquiera de nosotros querría.

Se recostó en su asiento y a Libby se le aceleró el corazón. Luego se acarició el labio inferior con el índice y el pulgar en aquel gesto suyo de

profunda reflexión.

—Todo el mundo tiene derecho a experimentar ese tipo de... emociones.

Libby se estremeció, convencida de que se estaba refiriendo a la exhibición que había hecho la noche anterior. Pero él no había hecho ni dicho nada remotamente inapropiado. Era su cabeza la que no podía olvidar aquello, y no dejaba de repetir una y otra vez la coreografía de aquella actuación que tan elocuentemente había descrito.

Alex volvió a sacarla de sus pensamientos.

¿Habías estado en el Reino Unido antes?

Libby carraspeó y apretó los muslos.

—No, es mi primera visita.

¿Qué le estaba pasando? La noche anterior debería haberle servido para saciar aquel ferviente deseo que se extendía por todo su cuerpo.

Alex asintió y se quedó mirándola fijamente.

—Voy a enseñarte lo que hemos conseguido hasta ahora y dónde me gustaría estar dentro de seis meses.

Su voz había dejado aquel tono confidente y volvía a ser enérgica y formal. Abrió la carpeta, lo que le obligó a apartar su atención de él.

Al final de la mañana le había expuesto la idea que tenía para la organización y, a pesar de sus intentos por mostrarse profesional, Libby se sentía más frustrada sexualmente que nunca.

—¿Subimos? —preguntó Libby a Alex.

Su movimiento de cabeza no dejó lugar a dudas. Cuando le había propuesto ir a comer, se había negado, argumentando que prefería seguir trabajando. Ya tomaría algo más tarde, sola, lejos de su desconcertante proximidad. Pero había logrado convencerla al decirle que no había desayunado justo en el momento en que su estómago rugía, confesando que ella tampoco.

Él asintió, con aquella mirada enigmática y penetrante. No la había rozado en toda la mañana, como si respetara una línea que no quisiera cruzar. Ella, por el contrario, no había podido reconducir sus pensamientos lujuriosos. Era evidente que se le daba bien separar los negocios del placer. O, tal vez, para él, todo había acabado entre ellos.

Aquella oleada de calor que la asaltaba cada vez que lo miraba o que se lo imaginaba corriéndose dio paso a un escalofrío.

—¿Qué prefieres: pinot gris o sauvignon blanc?

El ascensor llegó e impidió que contestara, aunque seguía tratando de encontrar una respuesta en aquel batiburrillo de pensamientos.

La acompañó al interior, poniéndole una mano en la espalda. Era la primera vez que la tocaba desde que apartó su boca de ella la noche anterior. La chispa fue tan intensa que supuso que las bragas se le habrían chamuscado.

Durante toda la mañana se había esforzado por mostrarse profesional a pesar de lo mucho que deseaba sentir su roce. A medida que iba hablándole del equipo de Able-Active, de sus beneficiarios y de la multitud de ideas que tenía para expandir su ámbito, había intentado apartar la vista de sus rasgos, iluminados por aquel entusiasmo que tanta envidia le había dado. Sentía envidia de sus compañeros, que probablemente lo verían a diario. Sentía envidia de sus queridos beneficiarios, que tanta pasión le inspiraban. Pero de quien más envidia sentía era de las mujeres que habían experimentado aquella intensidad transformada en un tipo de atención diferente, la que ella tanto deseaba.

¿Qué le había preguntado? ¿Algo sobre vino?

Levantó la barbilla, decidida a mostrarse tan indiferente como él.

—Prefiero pinot gris, pero no importa. Seguramente no beba.

Lo último que necesitaba era añadir alcohol a aquella embriagadora mezcla de hormonas y endorfinas que inundaba sus venas. Como siguiera desinhibiéndose, acabaría arrancándole la ropa a Alex en público. ¿Cómo podía estar tan sereno?

¿Se estaba imaginando la tensión del ascensor? Lo tenía tan cerca que casi podía sentir el cosquilleo del vello de su brazo. Su olor a jabón la envolvía.

El ambiente se hizo más denso mientras el ascensor bajaba. Libby hizo fuerza con las rodillas, temiendo acercarse a él, lanzarse en sus brazos y apretar el botón para detener el aparato y desnudarlo allí mismo.

—Creía que habías dicho que íbamos a comer. ¿Hay algún restaurante en el edificio?

Parecía el típico edificio de oficinas. Aunque aquel no dejaba de ser su territorio. Estaba deseando llegar para salir de aquel diminuto espacio y apartarse de él. O persuadirlo para que la follara en los servicios.

—Voy a llevarte a un restaurante del que soy el dueño.

Alex detuvo la mirada en su boca y se pasó la lengua por el labio.

¿Estaba pensando en el vino o recordando su sabor?

—Una copa al menos podrás tomar, ¿no?

Sus labios se curvaron. ¿La estaba desafiando? Ya no se le veía tan distante como había estado toda la mañana y en sus ojos había una llama dorada. Decir que había echado de menos al Alex divertido y relajado era un eufemismo. Pero admiraba su habilidad para separar, una habilidad que normalmente compartía.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron a otro pasillo desangelado.

¿Adónde la estaba llevando? ¿Acabaría formando parte de las estadísticas de asesinatos?

La risa histérica amenazaba, un efecto secundario de tanta adrenalina.

Al final del pasillo, Alex deslizó una tarjeta por una ranura y le sostuvo la puerta a Libby para que pasara. Los escalones de cemento eran estrechos y la altura que se veía por las ventanas le provocó vértigo. La cabeza le daba vueltas y el estómago se le subió a la garganta.

Alex la tomó de la mano y abrió la puerta de emergencias, conduciéndola a la azotea.

Sus pies se quedaron inmóviles.

No había ningún restaurante con vistas al Támesis y tampoco parecía la guarida de un asesino. Tan solo había un helicóptero.

La tomó de la cintura y la empujó ligeramente en dirección al aparato.

Libby se plantó.

—No voy a subir en esa cosa.

Alex frunció el ceño y la miró divertido.

—Por supuesto que sí. Solo será media hora —dijo y sonrió desafiante—. Te encantará.

En dos zancadas abrió la puerta y le ofreció su brazo, invitándolo a entrar en un medio de transporte que no había usado y que nunca había querido conocer.

El viento hizo que varios mechones de pelo cayeran sobre su rostro, dificultándole la visión. Le temblaban las piernas y tenía el estómago encogido. La altura de aquel edificio era suficiente como para drenar sus glándulas suprarrenales. Al igual que el día anterior, estar dentro de un rascacielos era todo un reto para ella, sobre todo si se tenía en cuenta que estaba arriba del todo en un aparato que corría el riesgo de ir a parar al suelo.

Se volvió hacia ella con gesto de contrición.

—Olivia, lo siento.

Tomó su mano fría entre sus dedos cálidos. Ella se aferró a la cuerda salvavidas y sintió que parte de su miedo se desvanecía al sentir su roce.

—Debería habértelo dicho en vez de darte la sorpresa —dijo acariciándole el dorso de la mano con el pulgar.

Odiaba que alguien la viera en aquel estado de debilidad, sobre todo Alex. Al valiente y sofisticado Alex le parecía lo más natural tomar un helicóptero para ir a comer a su restaurante favorito.

Alex seguía hablando y se obligó a escucharlo por encima del zumbido de sus oídos.

—Es muy seguro y las condiciones meteorológicas son perfectas. Tengo muchas horas de vuelo y Pinot merece la pena, te lo prometo.

El estómago volvió a darle un vuelco. Bajó la vista a sus zapatos de tacón, como si deseara que se hubieran quedado clavados al cemento. Tenía que tomar una decisión: subirse al helicóptero o salir corriendo de la azotea. Podía aceptar el desafío o admitir la derrota y negociar.

Trató de controlar su respiración mientras seguía indecisa. Al menos había borrado aquella sonrisa arrogante de unos minutos antes y habían desaparecido las miradas frías y distantes que le había dirigido durante toda la mañana. Parecía realmente preocupado.

Como si hubiera tomado una decisión por ella, se volvió hacia la puerta que daba a la escalera.

—De acuerdo, lo siento. Me he equivocado. Iremos a otro sitio a comer.

Le pasó el brazo por los hombros, como si estuviera consolando a un niño o ayudando a una viejecita a cruzar la calle.

—No, iré.

Sus palabras los sorprendieron a ambos. ¿Qué estaba diciendo? No tenía que impresionarlo. Podía ser sincera y simplemente decirle que prefería no poner su vida en las manos de un hombre al que apenas conocía. No tenía por qué avergonzarse de eso, ni contarle que tenía aversión a cualquier cosa que supusiera correr riesgos. Aquella aversión era resultado de una experiencia del pasado y que había cambiado su vida para siempre.

No, aquellos recuerdos no iban a ayudarla a salir de aquella azotea con la dignidad intacta.

—¿Estás segura? No hace falta.

Alex le apartó un mechón de pelo y se lo colocó detrás de la oreja. Tenía los ojos fijos en su rostro, pero no se atrevía a tocarla.

—Haremos lo que quieras.

Su voz sonó suave, sincera y tranquilizadora.

Aquellas palabras le recordaron el poder que tenía, disipando el miedo y dándole la fuerza para apartar de su mente todo lo que tuviera que ver con la muerte.

Se dejó llevar por la atracción que sentía y decidió decir en voz alta el pensamiento que había ocupado su cabeza desde que había entrado a su despacho aquella mañana.

—Quiero que me beses.

En un instante su expresión se endureció como si le hubiera dado una bofetada. Libby tragó saliva y sintió que le ardían las mejillas. ¿Por qué había dicho eso? Si el acuerdo se había anulado, ya no tenía sentido aquella exploración sexual mutua. Tenía que prepararse para el rechazo.

«Muy bien, Libby, has conocido el rechazo y la humillación en una misma mañana».

Bajó la vista a la entrepierna de Alex y observó cómo el bulto crecía ante sus ojos.

No, todavía estaban de acuerdo en aquello. La química seguía ahí. Enderezó la espalda sintiendo que el control y la fuerza se extendían por sus miembros, dándole el coraje que necesitaba.

—Bésame e iré.

Vaya atrevimiento. Estaba tan lejos de la zona de confort que iba a necesitar un mapa para volver a ubicarlo. Lo mejor sería aprovechar la situación y obtener lo que quería.

Alex dejó caer los brazos a los lados y cerró los puños. ¿Todavía pretendía que aquella fuera una relación estrictamente profesional y comportarse como todo un caballero? ¿Estaba dudando?

Libby avanzó un paso y al percibir su olor a limpio sintió un ligero mareo y mariposas en el estómago.

—Dime que anoche hubieras preferido follarme en lugar de irte.

«Por favor, hazlo antes de que recupere el sentido y salga corriendo o me desmaye.

Alex respiró hondo, ensanchando las fosas nasales, sin apartar su intensa mirada de ella. En sus ojos parecían arder llamas.

—Así es —asintió con voz grave—. Anoche quería follarte, pero me pediste que te mirara.

Sí, había hecho lo que había querido, pero la victoria la había dejado fría.

—No puedo quitarme tu sabor de la boca —añadió, avanzando otro paso para acortar la distancia que los separaba—. Te imagino tumbada, acariciándote la entrepierna...

Bajó la cabeza y cerró los ojos unos instantes antes de volver a clavar su penetrante mirada en ella.

—Créeme, llevo toda la mañana deseando besarte.

Aquella confesión la dejó sin aire en los pulmones y una sensación de triunfo despejó todas sus dudas.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—¡Y yo qué coño sé!

Acortaron la distancia que los separaba hasta topar el uno con el otro. Alex fundió sus labios con los de ella y la rodeó por la cintura hasta levantarla en el aire. Libby hundió los dedos en su pelo, mientras sus bocas se devoraban y sus lenguas se buscaban desesperadamente. El miedo que había sentido hasta unos momentos antes dio paso a una explosión de euforia.

Sus piernas apenas la sostenían y los fuertes latidos de su corazón bloquearon todas sus reservas.

Aquello era lo que tanto había deseado la noche anterior, confirmar que no era la única que sentía aquella atracción, que él también sentía esa conexión abrasadora, esa pasión, esa necesidad de alimentar aquel fuego.

Se separaron, jadeando.

Alex tomó su rostro entre las manos y la miró directamente a los ojos.

—¿Estás segura?

No podía hablar. Aquella consideración a raíz del beso era demasiado.

Asintió y de nuevo aquellas mariposas en el estómago, aunque esta vez no sabía si era por el miedo o por la certeza de que habría más besos, más de él si quería.

Soltó su rostro y le tomó una mano. Su agarre era firme y reconfortante. Con un gesto de cabeza que la hizo confiar en su destreza como piloto se volvieron hacia el helicóptero.

Sus tacones resonaron en el suelo de cemento de la azotea. A pesar de su valentía, no pudo evitar preguntarse si aquello era una marcha fúnebre o la banda sonora de una película de aventuras.

## Capítulo 5

—Te dije que merecía la pena.

Alex la miró por encima del borde de su copa de vino. El sol del atardecer se reflejaba en el cabello oscuro de Libby, descubriendo algunos mechones dorados. Eran los mismos destellos dorados que asomaban a sus ojos cuando lo desafiaba o cuando estaba excitada.

Era increíble lo rápido que se había acostumbrado a aquellos destellos, una clara señal de que había despertado algo en ella, ya fuera para estimular su mente y provocar su agudo ingenio o para presenciar aquel ansia que asomaba a sus ojos y que igualaba al suyo. A pesar de su atuendo impecable y de la manera en que se recogía el pelo, Olivia derrochaba sexualidad en sus modales y en su forma de negociar.

Libby se llevó la copa a los labios y, después de dar un sorbo, se encogió de hombros.

—Está bueno, pero los he probado mejores. Los vinos de California son los mejores del mundo.

Al menos, Libby había recuperado el sentido del humor y el color de las mejillas. Joder, había sido un idiota. Debería haberle preguntado en vez de dar por sentado que estaría dispuesta a subirse en el helicóptero. Era su forma favorita de viajar, aunque no podía negar que también había querido impresionarla.

Pero había cumplido su promesa. El vuelo hasta el restaurante de sus bodegas en Oxfordshire apenas había durado treinta minutos. Incluso había conseguido que abriera los ojos el tiempo suficiente como para disfrutar de las vistas y una tímida sonrisa había aparecido en sus bonitos labios.

Nada más tomar tierra la había llevado al restaurante que había en su propiedad, junto al Támesis, en donde les esperaba una botella de vino fría en

la mejor mesa.

Libby volvió a dejar la copa en la mesa y recorrió con la mirada aquel establecimiento que contaba con tres estrellas Michelin. Había tres o cuatro mesas más ocupadas y el salón estaba decorado con pequeñas luces parpadeantes que centelleaban sobre los impecables manteles de lino blanco.

—Así que esta es tu manera de impresionar a las mujeres.

Él rio. Por la sonrisa de sus labios y el gesto altanero de su barbilla supo que ni él ni su estilo de vida le impresionaban. Su aplomo, su ingenio, su lengua mordaz, su actitud desenfadada... Todo aquello le hacía desear provocarla para ver llamas en sus ojos y aquel movimiento desdeñoso con la cabeza. ¿Por qué discutir con ella le excitaba tanto?

—No suelo tener que esforzarme tanto. Además, siento curiosidad por saber por qué te muestras tan indiferente.

¿Qué necesitaba para impresionarla? Sería todo un reto conseguirlo.

La mirada de Libby se endureció y Alex se ajustó discretamente su erección.

—¿De qué va todo esto? ¿Acaso crees que por enseñarme tu helicóptero voy a caer rendida a tus pies? Tendrás que esforzarte más si lo que pretendes es ganarme con tu destreza como piloto.

Libby abrió la carta y se dispuso a leerla.

Se adivinaba su pulso en la base de su elegante cuello y Alex se revolvió en el asiento. Joder, le provocaba una erección constante, un estado en el que era muy incómodo caminar. Pero no se quejaba. Las pulsaciones le hicieron recordar el acuerdo que habían alcanzado, disparando la adrenalina en su torrente sanguíneo.

Dos de sus cosas favoritas: la emoción de negociar y la euforia previa a saltar por un acantilado.

¿Y el premio? Aquella morena decidida e independiente no solo había accedido a aplicar su experiencia en su incipiente organización benéfica, también lo estaba provocando con un juego para ver quién se hacía con el control. Era un juego que, a su modo de ver, no podía perder y que todavía no había acabado, a pesar de que se había saltado sus reglas y se había atiborrado de ella la noche anterior.

Claro que tampoco se arrepentía. El recuerdo de su sabor seguía muy vivo en su cabeza.

El estómago de Alex rugió. Tenía hambre no solo de comida, sino de ella.

El breve beso que se habían dado en la torre Lancaster no había servido para saciar su apetito. Desde la noche anterior sentía una fuerte tensión en la entrepierna, después de que se marchara de su habitación de hotel. Teniéndola tan cerca, bajo su mirada escrutadora y embriagado por su perfume, consideró la posibilidad de irse al cuarto de baño a autosatisfacerse cual adolescente salido.

Se había obligado a no tocarla, decidido a luchar contra aquella atracción que sentía por ella en el caso de que pusiera fin a su acuerdo. Se le había pasado por la cabeza que tal vez no aparecería, que no se presentaría a la reunión. Cuando le había pedido que la besara, había pensado que estaba alucinando. El deseo de arrastrarla al helicóptero, tumbarla entre los asientos de cuero y volver a saborearla había sido tan intenso que había tenido que morderse el carrillo hasta hacerse sangre.

Al observarla en aquel momento, moviéndose con elegancia y desenvoltura mientras fingía estar leyendo la carta, deseó saltarse la cena y seguir las órdenes que salieran de su boca.

—Te recomiendo el solomillo. El chef es un genio.

Se recostó en su asiento y se deleitó observando su cuello. ¿A qué sabría su piel? Estaba seguro de que mucho mejor que cualquier solomillo.

—Soy vegetariana —dijo ella sin apartar la vista de la carta.

Le fastidiaba saber tan poco sobre ella, un inconveniente que deseaba resolver cuanto antes.

«¿Por qué esperar?».

—Háblame de ti, cuéntame algo que no aparezca en tu biografía profesional —le pidió, y estiró las piernas por debajo de la mesa, buscando las de ella.

—¿Por qué? —preguntó ella mirándolo fijamente.

Se aferró al tallo de su copa de vino. Era evidente que la pregunta la había sorprendido.

Alex dio un sorbo a su vino, disfrutando al verla sonrojarse.

—Porque no somos animales, Olivia. Hay una fuerte atracción sexual entre nosotros, pero eso no quiere decir que no podamos mantener una conversación normal entre polvo y polvo.

Ella se encogió de hombros, mientras el pulso volvía a acelerársele en la base del cuello. La sonrisa de sus labios era dulce.

—Ya te he contado algo: no como carne.

Tenía su punto. Fascinante. Apretó los labios.

—Cuéntame algo sobre ti —continuó ella—, algo que ninguna de las mujeres a las que has seducido te haya pedido.

Aquello era lo que tanto le intrigaba. Era imprevisible. No tenía ningún interés en impresionarle ni en conocer sus preferencias para amoldarse a lo que sería para él la mujer perfecta.

Estupendo. Él también sabía ser franco.

—Nunca antes ninguna mujer me había pedido que la observara dándose placer.

Sus mejillas se sonrojaron, pero mantuvo la mirada directa y cautivadora.

—Qué lástima.

Volvió la atención a la carta, como si estuvieran hablando del tiempo.

Alex contuvo su disfrute cuando apareció el camarero para tomarles la comanda.

Cuando volvieron a estar solos, fue Libby la que habló primero.

—¿Por qué estoy aquí? Me gusta comer bien, pero me has encargado un trabajo, no tomar vino y setas salteadas con trufa.

Él contuvo una sonrisa. Había decidido ser directa e ir directamente al grano. ¿Sabría cuánto le excitaba?

—Así es, un trabajo que has aceptado con una condición mutuamente satisfactoria.

El color de sus mejillas se intensificó.

Alex se pasó los dedos índice y corazón por el labio inferior, mientras la observaba moverse en el asiento. Su escote reveló una bonita vista de sus pechos.

La noche anterior le había parecido reconocer unos pezones oscuros bajo el encaje del sujetador. Quería tenerla desnuda, saborear aquellos pezones, lamerlos y mordisquearlos hasta que se corriera. ¿Sería tan receptiva? Su intuición le decía que sí.

—Pensaba que habíamos establecido los parámetros de nuestra relación laboral.

Un pequeño recuerdo de su acuerdo. Después de todo, si pretendía torturarlo como había hecho la noche anterior, a cambio la llevaría hasta el límite.

Al ver que permanecía en silencio escrutándolo, continuó.

—Quiero que conozcas bien lo que tengo en mente para Able-Active. Como te dije esta mañana, no puedes hacerlo en un despacho.

Ella no parecía creérselo y lo miraba como si le hubiera salido una segunda cabeza.

—Tienes que experimentar la emoción. Si los chicos pueden hacerlo, nosotros también, ¿verdad?

—Tú misma dijiste que la sede de Able-Active no es inspiradora.

Además, quería que se quitara aquellos elegantes trajes de una manera o de otra.

—¿Qué es exactamente lo que implicará?

—Montar en bicicleta, en kayak, hacer rápel...Cualquier cosa.

Libby arqueó una ceja.

—¿Por qué? No me gustaría hacerme daño escalando para entender el concepto.

Alex apretó la mandíbula, con la mirada clavada en ella.

—Accediste a quedarte una semana y acepté tus condiciones. ¿Vas a anular nuestro acuerdo?

¿Habría insistido demasiado? ¿Habría acabado todo antes incluso de empezar?

Libby se sonrojó y desvió la vista a las copas.

—No, pero tampoco me gustan las trampas. Si quieres que participe, tendrás que avisarme con tiempo.

—¿Por qué? La espontaneidad es más emocionante.

Así lo había comprobado la noche anterior.

—Quizá para ti —dijo y alzó la barbilla al mirarlo—. A mí me gusta tenerlo todo planeado.

—¿Controlarlo todo?

Su miembro volvió a desperezarse, recordándole la última vez que ella había tomado la iniciativa.

Permanecieron sosteniéndose la mirada. La tensión entre ellos casi podía palpase. Se sintió tentado de cancelar la comida que habían pedido, dejar vacío el restaurante y confiar en que su siguiente petición fuera que le echara un polvo sobre aquella misma mesa, mientras se aferraba al mantel de lino con sus elegantes manos.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, acarició el mantel con un dedo.

—Supongamos que acepto ponerme un casco o un chaleco salvavidas. ¿No podemos hacer todo eso en Londres? ¿Por qué aquí?

Alex se puso serio mientras pensaba qué decir.

—Vivo aquí —dijo señalando con la cabeza el edificio principal que le había enseñado desde el helicóptero— cuando no estoy en la ciudad.

Bajó la vista al punto donde había acariciado el mantel y sintió que el vello se le erizaba. Era lo que le pasaba cuando se sentía vulnerable. Bueno, había querido saber algo de él que nadie más supiera.

—Quería que vieras este sitio —dijo y, al levantar la vista, se encontró con su mirada—. Tengo planes para la organización benéfica que todavía no te he contado.

Con una leve inclinación de la cabeza, lo animó a seguir hablando.

—Con el tiempo, me gustaría que Able-Active tuviera empleados. La tasa de desempleo entre la población discapacitada es deprimente.

Alex se revolvió en su asiento, tratando de controlar su voz, aunque aquel tema de conversación siempre le hacía sentirse impotente.

—Me gustaría que la bodega, el hotel e incluso Lancaster IP aplicaran una política de igualdad de oportunidades, e incluso que se convirtieran en un referente mundial para la reducción de esas estadísticas.

Al menos, sería un comienzo.

—¿Por qué? —preguntó muy seria.

Su cuello se sonrojó como si su propia inocencia la hubiera sorprendido.

—¿Por qué qué?

Libby dio otro sorbo a su vino y se encogió de hombros.

—Lo entiendo. Quieres que tu organización tenga conciencia social.

Alex apartó la mandíbula.

—Mi compañía tiene conciencia social.

—Lo siento, ha sido un comentario algo impertinente por mi parte. Lo que quiero saber es por qué te importa tanto. Bastante ocupado debes de estar ya dirigiendo Lancaster IT y la organización benéfica. ¿Qué es lo que te motiva?

Comprendía su curiosidad. Deseaba despojarla de sus capas, descubrir sus secretos más ocultos y su filosofía de vida. Le había sorprendido su miedo a volar. ¿Qué la habría hecho ser tan prudente?

—Debería ser importante para todos.

Libby asintió, aunque aquello no contestaba a su pregunta.

—Mi hermana —añadió Alex sin pararse a pensar— tenía una discapacidad intelectual.

A continuación sintió un nudo en el estómago y perdió el apetito.

—Me habría gustado que más gente hubiera creído en su potencial, en su futuro.

Sobre todo él.

Vaya momento para abrir aquella caja de truenos. ¿Por qué había tenido que sacar a su hermana a relucir? Nunca había hablado de Jenny con nadie y mucho menos con alguien a quien acabara de conocer. ¿Por qué contarle a aquella desconocida tan intrigante sus motivaciones?

Pero, aunque hacía poco que se conocían, ¿no había una parte de él que se sentía muy cercano a ella a pesar de las pocas horas que habían compartido? Era fácil hablar con ella. Era muy directa y no tenía que andar adivinando sus pensamientos ni sus mensajes entre líneas. Tampoco estaba continuamente halagándolo.

Quizá estuviera pensando con la entropierna. Aun así, ni siquiera la más seria de sus exnovias sabía nada de Jenny.

—Hablas en pasado...

Era algo sabido. Su éxito profesional y el apellido de su familia habían expuesto su vida al escrutinio público. La prensa había tratado con sensacionalismo la tragedia. La muerte por un ataque epiléptico de una adolescente discapacitada perteneciente a una acaudalada familia había ocupado los titulares durante treinta segundos. Pero no habían prestado atención al efecto devastador en el matrimonio de sus padres, a los posteriores ataques de nervios de su madre ni a su dependencia del alcohol.

—Murió.

Tragó saliva. Sentía el sabor amargo del fracaso en la boca.

—Quiero ofrecer centros de descanso para que los padres puedan tomarse un respiro, recargar energía y concentrarse en ellos y en su relación. Con ese propósito, estoy construyendo un hotel rural aquí, en Oxfordshire. Será un sitio al que podrán venir las familias y los niños estarán entretenidos con las actividades de Able-Active mientras los padres disfrutan de un descanso bien merecido. Es algo importante que muchas veces se pasa por alto.

Algo que quizá podía haber ayudado a su familia.

Permaneció callada durante tanto tiempo que tuvo la tentación de mandarla de vuelta a Londres, pagarle por su tiempo y rescindir el contrato antes de que ella lo hiciera.

Libby bebió agua y lo fusiló con la mirada.

—¿Qué aventura tienes planeada para mañana?

—Te enseñaré dónde se construirá el hotel.

—¿Y...? —preguntó ella, sosteniéndole la mirada.

Si continuaba mirándolo de aquella manera, nunca acabaría de comer.

—También pensaba que podíamos dar un paseo en globo.

Libby perdió ligeramente la compostura e hizo un esfuerzo por tragar saliva.

—¿En serio?

Él asintió. Era la contrapartida. La proeza de la noche anterior le había supuesto un gran sacrificio. Había llegado el momento de devolver el favor, de hacerla salir de su zona de confort por una buena causa.

Un suspiro escapó de los labios entreabiertos de Libby, entre los que adivinó la punta de su lengua.

—Bueno, eso te va a costar.

Alex sintió que el riego sanguíneo aumentaba en la zona de su entrepierna al imaginarse aquella lengua acariciando su miembro. ¿Qué podía hacer para conseguirlo?

—¿Qué quieres?

Habló lentamente, bajando la voz y midiendo sus palabras.

Su cuerpo respondió a la pregunta que él mismo acababa de hacer. Era la pregunta que llevaba todo el día deseando hacerle y que más bien parecía un reto.

Cerró los ojos unos segundos, sus pechos tentadores subiendo y bajando al ritmo de su respiración agitada. Luego recuperó la compostura y ladeó la cabeza en un gesto sensual.

—Bueno, estaría bien si para empezar me enseñaras tu habitación.

—¿Qué quieres, Olivia? —volvió a preguntarle.

Situado detrás de ella, sintió su aliento cálido en la nuca al pronunciar esas palabras. A punto estuvo de derretirse y convertirse en un charco en mitad de la alfombra de aquella amplia habitación. Apenas había reparado en la elegancia opulenta de su casa cuando habían llegado. Toda su atención había estado puesta en mantener la calma y controlar su cuerpo.

Se sintió envuelta por sus cálidas palabras embriagadoras. Contuvo el deseo de sucumbir a ellas y dejarse llevar por sus deseos y temores y entregarle su alma. Se apartó, obligándose a mantener el control sobre sí misma y sobre la situación.

Si no podía tener lo que quería, se haría con lo que necesitaba en aquel momento. Y eso era Alex.

Hacía accedido a jugar a aquel juego siguiendo sus reglas. La fina separación entre la contención y la entrega era una cuerda floja resbaladiza bajo sus pies. Pero si intentaba sacarla de la zona de confort con sus actividades temerarias, retrocedería. Trataría de someter su predisposición natural de macho dominante. Comprobaría hasta dónde podía llegar antes de que perdiera los papeles.

Libby se volvió y sintió su calor en los pechos, a escasos milímetros de él.

—Quiero que me mires mientras me desnudo.

Él asintió muy serio y las fosas nasales se le ensancharon. Libby sintió una explosión de euforia. Sus piernas se debilitaron y retrocedió hasta toparse con la cama y apoyarse en el colchón para mantener la estabilidad.

Al igual que la noche anterior, Alex se quedó donde le indicó y cerró con fuerza los puños mientras la observaba desabrocharse los botones de la blusa.

Libby deslizó la seda por sus hombros. Luego se desabrochó el sujetador liberando sus pechos hinchados y lo dejó sobre la blusa.

—Joder... —susurró Alex, con sus ojos casi negros, observándola fijamente.

Libby sintió que su mirada se deslizaba por sus pezones como si estuviera acariciándola con las manos. Las rodillas se le doblaban. Casi podía sentir su boca junto a sus pechos, su lengua lamiendo sus pezones.

Se bajó la cremallera de la falda con manos temblorosas, deslizó los pulgares por la cinturilla y se la bajó a la vez que las bragas. Cada segundo que lo torturaba, se torturaba a sí misma. El deseo de verlo desnudo y acariciarlo le robó el aire de los pulmones y sintió un ligero mareo por la falta de oxígeno.

—Déjate los zapatos.

Vaya, una orden.

Libby arqueó las cejas y frunció los labios.

—¿Es eso lo que quieres?

Aquella orden la entusiasmó. Era a ella a la que le correspondía cumplirla o denegarla. Deseaba ver aquellas llamas de excitación en sus ojos cuando se desabrochara el sujetador. Pero aquel era su juego y era ella la que ponía las reglas.

Él asintió, recorriendo con la mirada su cuerpo desnudo y deteniéndose en

sus pechos, la unión de sus muslos y sus tacones de diez centímetros. Cuando reparó en las cicatrices de su cadera izquierda, puso el brazo delante para ocultárselas. No quería que le preguntara por ellas.

Alex respiraba agitadamente, apretando los puños, y Libby supuso que en breve estaría disfrutando de aquel viaje. Pero la espera merecía la pena. No podía olvidar que aquello era un juego y mantener el control sobre aquella atracción que había entre ellos. Nada de sentimientos.

Con una sonrisa, se sujetó a uno de los postes de la cama y se quitó un zapato y luego el otro, sin apartar la mirada de él.

Alex apretó los músculos de su mandíbula al perder la batalla y volvió a recorrer su desnudez con los ojos.

—¿Qué quieres?

Su voz sexy tenía una nota de desesperación.

Libby exhaló.

—Quiero verte desnudo.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras cuando se quitó los zapatos y se sacó la camiseta por la cabeza. La dejó a un lado mientras se llevaba la otra mano a la cremallera de los vaqueros y luego, con movimientos rápidos, se quitó los vaqueros y los calzoncillos.

Libby sintió que se le secaba la boca. No se había equivocado. Su cuerpo era un despliegue de músculos cubiertos de piel bronceada que le robó la capacidad de pensar. Sus ojos siguieron la mancha de vello oscuro que se extendía desde su pecho y bajaba en una fina línea por su cintura hasta perderse en la base de su espectacular erección.

Su mente se cerró completamente. Alex Lancaster, muestra de la perfección masculina en su mejor momento, estaba a su disposición.

Recuperó la conciencia y el ambiente fresco de la habitación contrarrestó el fuego que ardía en su interior. Sus pezones se endurecieron y, al sentir que se le humedecía la entrepierna, apretó las piernas para aliviar la tensión de su interior.

Todos los músculos de Alex se veían tensos, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por alejarse de ella y mantenerse a la distancia que le había marcado.

—¿Qué quieres?

Se adivinaba en él la misma desesperación que ella sentía en todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

—Yo... ¿Qué quieres tú?

—Todo —respondió él con mirada ardiente—. Lo quiero todo de ti.

Como si acabara de recibir una bofetada, Libby se puso muy seria. Aquella escueta declaración le hizo recuperar la cordura. No podía dárselo. Ya en una ocasión había amado, había planeado un futuro y lo había perdido todo.

—Quiero que me folles.

En dos zancadas llegó hasta ella. Sus bocas se encontraron torpemente y ella jadeó. La sensación de alivio fue tan abrumadora que si no la hubiera estado rodeando por la cintura, habría acabado cayendo al suelo. Hundió los dedos entre su pelo, separó los labios y sus lenguas se encontraron. Sus manos deambularon, regodeándose con cada centímetro de piel que cubría sus músculos tensos.

Alex deslizó un muslo entre sus piernas a la vez que el vello de su pecho le provocaba un cosquilleo en los pezones. Libby frotó su sexo húmedo contra su pierna, pero no era suficiente. Apartó la boca de la suya, sintiendo un ligero mareo por la falta de oxígeno.

—Ahora, Alex.

Deslizó la mano entre ellos y acarició de arriba abajo la longitud de su erección, la piel satinada que cubría aquel acero.

Él la miró fijamente con los ojos entornados, la respiración agitada y los labios hinchados.

Libby estaba deseando sentirlo dentro de ella.

Con un gruñido, la levantó en brazos y la dejó en el centro de la cama. Pero en vez de colocarse entre sus piernas separadas tal y como le estaba pidiendo, hundió la cabeza en su pecho, cubrió uno de sus pezones con la boca y succionó dentro de aquella humedad cálida.

Libby gritó ante aquel sublime placer. Era mejor de lo que imaginaba... No tenía nada que ver la realidad con la fantasía. Los carrillos de Alex se ahuecaron al succionar con más fuerza y lamer con intensidad el pezón erecto antes de mordisquearlo. Aquello le provocó un torbellino de sensaciones, preludio de los espasmos que en breve esperaba la sacudieran.

Le separó aún más los muslos con sus rodillas, buscó su rincón más íntimo y, con gran precisión, comenzó a acariciarle el clítoris.

Ella jadeó, clavando frenéticamente los dedos en su pelo, mientras abandonaba un pezón para dedicarse al otro. No encontraba alivio en aquella implacable contienda. Las caricias de su lengua, el movimiento de sus

dedos... Libby se olvidó de respirar mientras una espiral de éxtasis empezaba a acumularse en su interior.

Alex abrió los ojos y sus miradas se encontraron al cerrar la boca sobre su pecho.

—Alex...

Estaba muy cerca del límite y quería sentirlo dentro, pero no iba a conseguirlo.

Él dejó escapar un sonido gutural, como animándola a superar el límite. Libby buscó sus ojos mientras continuaba dándole placer con su boca y sus manos.

El orgasmo la asaltó por sorpresa y soltó un grito mientras se retorció sobre el colchón. Los espasmos la sacudieron. Alex le mantuvo las piernas separadas con las suyas, su boca implacable sobre su pecho y su mano moviéndose frenéticamente.

El placer era tan intenso que Libby trató de apartarle. Pero Alex le había robado toda la fuerza y sus manos se agitaron inútilmente en el aire, cerca de sus hombros, mientras él continuaba lamiéndole el pezón.

—Detente, por favor...

Yacía desmadejada, sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

Él se echó hacia atrás, liberándola de su boca, y frunció los labios para soplar suavemente sobre su pezón húmedo y erguido. Luego, esbozó una sonrisa depredadora.

Si le hubiera quedado algo de energía, habría recuperado el mando de la situación. Pero solo fue capaz de observar cómo se movía sobre ella, deslizando los labios desde sus costados hasta los muslos, pasando por su vientre.

Primero le dio besos por un muslo y luego por el otro. Después se quedó mirando descaradamente su sexo y le sopló a sus labios húmedos.

—Alex...

La había desarmado completamente y todavía no le había dado lo que le había pedido. Aquel era su juego y ella la que ponía las reglas.

Con una sonrisa perezosa, volvió a besarle un muslo y luego regresó a la cama y se estiró para buscar algo en la mesilla. Libby se pasó la lengua por los labios. La vista de su imponente y orgullosa erección fue suficiente para recuperar nuevas fuerzas.

¿Qué le estaba pasando? Debería marcharse, demostrarle que era ella la que

tenía el control. Pero ansiaba sentirlo dentro tanto como estaba disfrutando de llevar el mando de aquella relación. Apartó sus dudas y el dolor de los recuerdos y se concentró en él, obligándose a inspirar profundamente para recuperar la respiración.

Alex volvió a echarse en la cama y no dejó de mirarla mientras abría con los dientes el envoltorio de un preservativo y se lo ponía con una mano.

—Ven aquí.

Le tendió la mano y Libby se acercó al borde de la cama, delante de él. La empujó hasta que quedó apoyada en los codos, se echó sobre ella y tomándole el rostro entre las manos empezó a besarla con una pasión que le robó la cordura y le provocó una oleada de espasmos en la pelvis. Alex se apartó, le separó lentamente los muslos y su mirada viajó alternativamente de su rostro a su sexo.

La manera en que la miraba... Era como si estuviera a punto de devorarla.

—Voy a follarte ahora mismo, ¿es eso lo que quieres?

Ella afirmó con la cabeza y sintió como si la sangre le ardiera en las venas. Su lengua se había quedado paralizada y era incapaz de decir nada.

Alex se echó sobre ella y colocó los brazos a ambos lados de su cabeza. Libby se recostó y acercó las caderas al borde de la cama. Él bajó la cabeza para admirar sus cuerpos, mordiendo el labio inferior. Con una mano tomó su miembro imponente y buscó con la punta su entrada. Fijó la vista en sus ojos y, envueltos por el olor del sexo, se hundió en ella.

—Alex...

Su boca le robó las palabras y se fundieron en un ardiente beso. Libby jadeó y lo acarició con las uñas por los costados, animándolo a que la penetrara hasta el fondo.

Alex rompió el beso y le colocó las manos por encima de su cabeza, entrelazando sus dedos. Mirándola fijamente a los ojos, empezó a moverse. Lentamente al principio, para que su cuerpo se acostumbrara a él. Después, apretó la mandíbula y fue aumentando el ritmo.

Libby cerró los ojos, pero enseguida los abrió porque no quería perderse nada. Tenía el rostro contorsionado por el placer, y unas gotas de sudor aparecieron en el nacimiento de su pelo. Esta vez, se aseguraría de que se corriera.

—Libby...

—¿Qué quieres?

Estaba luchando consigo mismo y Libby decidió en aquel momento concederle lo que quisiera, solo por el placer de verle perder el control.

Alex soltó sus manos.

—Acaríciate los pezones.

Otra orden que enseguida cumplió, demasiado excitada como para preocuparse por quién llevaba la iniciativa. Se llevó las manos a los pechos y comenzó a masajearlos. Alex la observó y dejó escapar un gemido.

Sus caderas se sacudían desesperadas, llevándola al borde del éxtasis. Alex deslizó una mano entre ellos y al presionarle el clítoris todo su cuerpo se puso rígido mientras sus músculos internos oprimían su miembro.

Alex jadeó, echó la cabeza hacia atrás y empujó con las caderas una última vez.

—Joder, Libby...

Se desplomó sobre ella mientras su respiración se ralentizaba, provocándole las últimas sacudidas de placer.

Después de largos y deliciosos segundos, le dio un beso casto en la boca.

De vuelta a la realidad.

Libby hizo una mueca cuando Alex se sujetó la base del preservativo y salió de ella. Después, permitiéndose un último capricho, lo siguió con la mirada hasta el cuarto de baño.

A pesar de las sacudidas de su cuerpo, se levantó a toda velocidad de la cama, se puso la falda y la blusa y guardó la ropa interior húmeda en su bolso. Se recompuso la trenza lo mejor que pudo y se puso la chaqueta justo en el momento en que Alex regresaba a la habitación.

—¿Te vas? —preguntó él y su expresión se endureció.

—Sí.

Se irguió de hombros, como si tratara de convencerse a sí misma.

Alex se pasó la mano por el cabello revuelto.

—¿Y si te pido que te quedes?

Libby tragó saliva y alzó la barbilla.

No podía quedarse. Solo había querido follar y ya lo había conseguido. Tenía que ser suficiente.

Alex lo comprendió. Apretó el mentón y apartó la mirada asintiendo. Sin decir nada más, comenzó a recoger su ropa desperdigada por la habitación. El ambiente se había vuelto tan gélido que Libby se estremeció.

Tomó unas llaves de la cómoda y se volvió hacia ella. Su mirada era

oscura.

—Al menos te quedarás en mi hotel, ¿no?

Se metió la mano libre en el bolsillo de delante.

Libby sintió que le ardía el rostro. Echaba de menos la calidez de sus ojos color ámbar y su sonrisa.

Libby asintió. No podía pretender que tomara un avión de vuelta a Londres si por la mañana tenían que volver allí para arriesgar sus vidas en un globo aerostático.

—Te llevaré en coche.

—Podré soportarlo.

## Capítulo 6

Alex llamó a la puerta de una de las habitaciones más sencillas del hotel, conteniendo su frustración. Le había dado instrucciones al director para que le diera la mejor suite a Olivia, un elegante ático con unas vistas espectaculares hacia la campiña de Oxfordshire, pero era evidente que ella no lo había aceptado.

Nunca había conocido a una mujer tan testaruda e independiente. Las mujeres con las que se había relacionado en el pasado siempre habían aceptado sus regalos y su generosidad, disfrutando de su estilo de vida acomodado.

La puerta se abrió y su irritación se esfumó. Verla fue como sentir un puñetazo en el estómago. Se había recogido el pelo en una coleta alta y estaba vestida con vaqueros y camisa de manga larga. La noche anterior había hecho que le trajeran sus cosas desde el hotel de Londres, después de que aceptara su ofrecimiento de facilitarle alojamiento.

Había sido como una patada en la entrepierna. Había querido tenerla en su cama. Había soñado con deshacerle la trenza y dejarle el pelo suelto sobre la almohada o, mejor aún, sobre su pecho. Había deseado pasar la noche o la mañana, o ambas, entre sus torneados muslos, provocándole un orgasmo tras otro. Pero había vuelto a rechazarlo y habían vuelto al pacto que habían hecho.

Todavía estaba oscuro fuera. En la tenebrosidad de la habitación vio la pantalla encendida de su ordenador. ¿Habría estado trabajando? Quizá había estado hablando con alguien de Estados Unidos o buscando un vuelo para regresar a casa.

—¿Estás lista?

Apretó la mandíbula y sus dientes rechinaron. No sabía nada personal de ella, aparte de que era vegetariana y que odiaba los helicópteros. Nada

diferente a lo que había leído en la web de su compañía.

Había llegado el momento de que eso cambiara.

Asintió y la coleta se balanceó. Deseaba enrollar su pelo en la mano y atraerla para darle un beso de buenos días, el que le habría dado si se hubiera despertado en su cama.

Trató de relajar las manos.

Libby se fijó en que llevaba una chaqueta en la mano con en logotipo de Able-Active bordado.

—Es un regalo. Ahí arriba hace frío —dijo Alex señalando el cielo.

Ella parpadeó, con el rostro impasible y ligeramente pálido, como si la chaqueta estuviera llena de serpientes.

—Gracias, pero no necesito regalos.

Ni que la estuviera obsequiando con diamantes... Se la veía muy remilgada aquella mañana, a diferencia de la noche anterior, cuando le había tirado tanto del pelo que a punto había estado de arrancárselo.

—¿No? Bueno, aquí la tienes de todas maneras.

No era más que una chaqueta. Dudaba que hubiera llevado en su equipaje algo de abrigo.

—¿Tienes algún problema aparte del regalo?

Quizá estaba tan irritada como él por haberse despertado sola. Quizá, como él, se había despertado excitada en una cama vacía y el recuerdo de aquellas imágenes eróticas la había hecho gemir contra la almohada. Quizá debería olvidarse del paseo en globo y proponerle ir a la suite que había reservado para ella en el piso más alto y recorrer todos los rincones haciéndole el amor hasta que no pudiera borrar la sonrisa de su rostro.

Se colgó el bolso del hombro, cerró la puerta y tomó la chaqueta.

—La tomaré prestada, pero solo porque cuando hice la maleta no metí nada para ir de aventuras.

Aquella voz profunda resonó en su cabeza. Caminaba delante de él por el pasillo, lo que le permitió disfrutar del movimiento de sus curvas.

Una vez sentados en el Mercedes, mientras avanzaban por una carretera de la campiña de Oxfordshire, Alex se volvió para mirar su perfil.

—¿Nerviosa?

Libby miró por su ventanilla como si estuviera pensando la respuesta y suspiró.

—Sí.

Tenía las manos sobre el regazo y se aferró al volante para evitar alargar el brazo y agarrarlas con las suyas. No estaba seguro de cómo se lo tomaría.

—Te va a gustar. Yo ya lo he hecho antes. Y es muy seguro.

Ella se volvió a hacia él con mirada ardiente.

—¿De verdad? ¿Cómo estás tan seguro?

Lo cierto era que estaba nerviosa. Quizá deberían haber comido algo antes o haber ido a dar un paseo por el río. Quería sorprenderla con algo que no olvidara nunca, que tuviera presente cuando preparara la campaña de marketing para la organización benéfica. Pero por lo que estaba descubriendo, no era fácil impresionarla.

—Nunca permitiría que te hicieras daño, si eso es lo que te preocupa.

Ella apartó la mirada, con los labios fruncidos.

—No puedes garantizarlo. La gente sufre accidentes constantemente.

La necesidad de saber más sobre ella se intensificó.

—¿Alguna vez has tenido un accidente?

Recordó las cicatrices que había visto la noche anterior en su cadera y que había intentado ocultar. Había pensado que su miedo a volar en helicóptero se debía a los nervios de la primera vez. Había asumido que su prudencia era un rasgo de su personalidad, de su afán por mostrarse fría y profesional. Pero quizá había algo en su reticencia.

—Sufrí un accidente de moto hace tres años.

Volvió la vista a los campos verdes y dorados, en los que se reflejaban los primeros rayos del sol naciente.

Alex sintió un nudo en la garganta.

—Lo siento.

Debería haberle preguntado por las cicatrices, pero estaba claro que no quería hablar de ellas, y le asaltó el recuerdo de su imagen desnuda y de su voz grave pidiéndole que la follara.

—¿Resultaste herida?

Sintió que las costillas le oprimían. Apenas podía respirar.

Libby sacudió la cabeza y sus hombros se arquearon ligeramente.

—Sufrí algunos cortes y golpes superficiales. Tuve suerte.

Alex volvió a respirar, decidido a averiguar todo lo posible de ella mientras pasaban un buen rato. Aunque quizá no debería insistir. Si había sufrido una experiencia traumática en el pasado, lo último que quería era obligarla a revivirla.

Salió de la carretera y tomó un camino lleno de baches que llevaba a un patio junto a unos establos. Apagó el motor y se volvió hacia ella.

—Ya hemos llegado. Escucha, no tenemos por qué hacer esto. Podemos dar un paseo, ver los globos subir y charlar con el dueño. Es amigo mío. Si no te apetece, no tenemos por qué subirnos. No quiero que te sientas incómoda.

«Pero me gustaría poner una sonrisa eufórica en esa bonita cara que tienes».

Libby clavó los ojos en él.

—Quiero hacerlo —dijo bajando la vista a sus manos entrelazadas sobre su regazo—. Yo... Yo solo...

Se la veía vulnerable, y deseó abrazarla y olvidarse de sus planes para la semana y quedarse con ella en su casa de Oxfordshire, descubriendo su fascinante personalidad.

Le ofreció su mano con la palma hacia arriba.

Ella la miró un instante antes de volver a clavar sus ojos en los de él. Luego, tragó saliva. Lentamente, como si temiera que su palma estuviera electrificada, puso la mano sobre la suya.

Su pecho se expandió y una bocanada de oxígeno le insufló energía, como siempre que alcanzaba un acuerdo empresarial.

—Vayamos a echar un vistazo. Si quieres, podemos subir, y si no, veremos unos cuantos globos ascender y luego quedaremos con Jack.

—¿Jack? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Mi primo. Es arquitecto y promotor. Hoy viene a ver la ubicación del hotel que quiero enseñarte —le explicó.

—No. Quiero subir.

Él sonrió. Estaba completamente decidida. Por mucho que quisiera quitarle importancia, aquel accidente debía de haberla impresionado. Aun así, estaba dispuesta a aceptar su plan para conocer las aventuras que tenía planeadas ofrecer en su organización benéfica.

—Pues venga, vamos —dijo apretándole la mano.

—¡Es increíble! —exclamó, aferrándose a él.

Quería tenerla prisionera en aquel globo aerostático para siempre. Le estaba rodeando con su brazo por la cintura y tenía la mano bajo su chaqueta, sobre su corazón.

Estaba colocado detrás de ella, con un brazo a cada lado y la cabeza

apoyada en su hombro, viendo lo mismo que ella.

—¿Te diviertes?

Su pelo le hacía cosquillas en la mejilla y le dio un beso en el cuello. Cuando lo premió con aquella sonrisa de sincera felicidad, se sintió como un rey.

Ella rio y aquel sonido gutural le afectó directamente en la entrepierna.

—Yo no diría tanto.

El corazón a Libby le latía con tanta fuerza y tan rápido que Alex lo sintió retumbar a través de su espalda en el pecho.

—Qué vista tan bonita hay desde aquí arriba.

Apoyó la cabeza en su hombro y su escalofrío la recorrió.

Nunca habría imaginado una reacción así en ella, por muy romántico que hubiera sido con ella. Se recostó contra él, sus cuerpos tocándose desde el muslo hasta el hombro. Cada vez que el quemador soltaba una llama y el globo ascendía, Libby sonreía, contenía la respiración y se estrechaba aún más contra él. Era como si confiara en su destreza para dirigir el vuelo del globo.

Si hubieran despertado juntos, la mañana habría comenzado mejor. Habría saciado su deseo de saborearla, sentirla, hundirse en ella...

¿Qué demonios le estaba pasando? Apenas la conocía y no se cansaba de ella.

—Dime una cosa...

Le acarició la oreja con los labios y tomó su pequeño pendiente de oro entre los dientes. ¿Seguiría con aquel juego que había empezado la noche anterior?

Ella suspiró.

—Tengo el título de instructor de yoga, aunque hace años que no doy clases.

Alex dejó escapar un gruñido mientras su imaginación se disparaba.

—Eres una mujer muy excitante. ¿Alguna posibilidad de que me hagas una demostración de la postura del perro boca abajo?

—¡Pervertido!

Su risa aumentó la temperatura de su sangre, elevándolo más alto de lo que el globo podía llevarlos.

—Cuéntame tú algo.

Sus palabras resonaron en su cabeza y Alex sonrió. Ella se relajó, recostándose sobre su pecho. Su delicioso olor le hizo cosquillas en la nariz.

Respiró hondo.

—En mi adolescencia, fui programador de juegos. Todo un obseso de la informática.

—Te creo. La camiseta que llevabas ayer te delataba.

Le gustaba que fuera tan observadora y que se fijara en él.

Permanecieron en silencio, contemplando el horizonte, con la única compañía de los pájaros. Acababa de señalarle las agujas de las iglesias de Oxford que se adivinaban en la distancia cuando le vibró el teléfono.

El estómago le dio un vuelco. Le había dado instrucciones a Molly para que le pasara las llamadas a Jeremy en su ausencia. Eso significaba que no podía ignorar aquella llamada, por muy maleducado que pareciera.

Se apartó lo suficiente para sacarse el aparato del bolsillo y siguió rodeando a Libby por la cintura.

—Dime, mamá.

—Zander, ¿eres tú?

El vello de la nuca se le erizó. Enseguida reconoció el temblor en la voz de su madre y sintió pánico. Eran las ocho de la mañana y probablemente estuviera tan borracha que no sabría a quién había llamado.

—¿Dónde está Clive?

El segundo marido de su madre siempre había procurado evitar que a Alex le afectaran aquellos episodios, algo por lo que le estaba agradecido, pero que a la vez le hacía sentirse culpable.

—Jugando al golf. Solo quería decirte que espero verte el sábado, en la boda, y...

Su voz se quebró, pero la llamada no se interrumpió.

—¿Mamá?

Tenía que acudir a su lado. ¿Y si había bebido tanto como para caer en coma? ¿Y si había tomado algo?

Maldijo entre dientes mientras escribía un mensaje a Clive.

Luego soltó a Libby, se volvió y habló con el piloto.

—¿Ocurre algo?

Libby tocó su brazo, devolviéndolo al presente, lejos de un pasado que tiraba de él hiciera lo que hiciera.

—Necesito ir a ver a mi madre. No se encuentra bien.

A pesar de los años transcurridos, no había logrado superar la pérdida de Jenny. Sus depresiones y su adicción al alcohol no servían más que para recordarle su pérdida y sentirse culpable por cómo le había fallado.

Debía haber sido un mejor hermano y un mejor hijo. No habría servido para salvar a Jenny, pero habría hecho que sus vidas fueran más fáciles. Tal vez el matrimonio de sus padres se habría salvado y Jenny habría disfrutado más de su corta vida.

El globo comenzó su descenso, decayendo con él el ambiente. Libby se quedó pálida, como si sus propios temores hubieran resurgido con la interrupción de su madre.

—No es nada serio —dijo apretando los puños—. Solo quiero asegurarme de que está bien y hacerle compañía hasta que su marido regrese a casa.

O ingresarla otra vez en la clínica de rehabilitación en la que su madre había estado tantas veces que prácticamente tenían reservada una habitación para ella.

Libby asintió y le apretó la mano en una muestra de afecto que los sorprendió a los dos. Él la sujetó con fuerza, reacio a poner fin a aquella confianza que se habían empezado a establecer entre ellos.

—Llamaré para que venga un coche a llevarte de vuelta al hotel.

Tendría que cancelar su cita con Jack y el recorrido que pensaba hacer por el futuro complejo para enseñárselo a Libby.

Su ánimo se vino abajo con el suave aterrizaje del globo. Sus pensamientos se estaban adentrando en un camino de dudas. ¿Sería alguna vez lo suficientemente bueno para compensar la muerte de Jenny?

Libby sacó el pequeño estuche de terciopelo negro del bolso y lo apretó entre las manos, disfrutando de la tranquilidad que le transmitía. Seguía llevándolo con ella a todas partes, a pesar de que habían transcurrido tres años. No necesitaba abrirlo. Su contenido, una sortija con diamante talla princesa, era el recuerdo de su vida antes del accidente de motos en el que había muerto su prometido una semana antes de la boda.

La sortija en sí representaba una época feliz de su vida en la que había creído que cualquier cosa era posible. Junto a Callum, todo era una aventura como las que Alex planeaba ofrecer a sus clientes.

Guardó el estuche en el bolso sin abrirlo. Normalmente se quedaba contemplando la belleza de la sortija como si fuera un talismán que le protegiera de la imagen de Callum muriendo en sus brazos, sobre el asfalto. Cuando pensaba en él, aquel anillo le ayudaba a recordarlo vivo y

entusiasmado, con la misma emoción en los ojos que cuando le había pedido matrimonio. Pero en aquel momento se le hacía difícil recordar el rostro de su atractivo prometido. Su imagen era borrosa, como si fuera una fotografía desenfocada.

Sacó el teléfono y le mandó un mensaje a Alex. Apenas lo conocía más allá de la intimidad física que habían compartido y su breve relación laboral, pero cuando lo había visto marcharse un rato antes, con los hombros hundidos, la había conmovido. Aquellos sentimientos se acercaban peligrosamente al cariño.

—Espero que tu madre esté bien. Gracias por el paseo en globo de hoy. A los clientes de Able-Active les entusiasmará.

Levantó la tapa de su ordenador y continuó con lo que había estado trabajando la noche anterior, cuando no había podido conciliar el sueño.

En principio, la estrategia de marketing de Able-Active apenas le suponía un reto a Libby. Tenía asegurado el patrocinio, iba a lanzar una campaña de publicidad para dar a conocer la organización y ya estaba disponible un formulario de inscripción a través de la web y de las redes sociales.

La pasión de Alex por el trabajo se le estaba contagiando. Aquello significaba mucho para él a nivel personal. Quería hacerlo lo mejor posible y conseguir el éxito que tanto deseaba.

Su teléfono vibró. Era Alex.

—Gracias, está bien. Lamento haberme tenido que ir con tanta prisa.

Su respuesta le provocó una extraña sensación. El anhelo que había comenzado cuando se había hundido en ella la noche anterior se intensificó. El juego por el que se estaban conociendo no había concluido y estaba alimentando algo en ella que no sabía que estuviera pasando hambre.

Sus dedos se movieron con agilidad por la pantalla del teléfono. El deseo y la negación luchaban por hacerse con el control.

—¿Qué quieres?

Estaba jugando con fuego y las llamas prendían en su cuerpo con energía. Sus días allí estaban contados. ¿Cuánto daño podía hacerle una semana? En cualquier momento podían llamarla de casa para volver, acortando su tiempo juntos, si el bebé de Sonya decidía nacer antes de tiempo.

Alex tardó varios minutos en contestar, como si no supiera qué decir. Durante ese tiempo, Libby estuvo convencida de que lo había perdido, de que ya no quería jugar.

—No quiero verte. No quiero soltarte el pelo y enredarlo en mi mano. No quiero hacer que te corras. ¿Qué quieres tú?

Aquella respuesta le provocó una sonrisa. Estaba cumpliendo las reglas con tanta rigurosidad que las había vuelto contra ella. Tipo listo.

Apretó las piernas y, con dedos temblorosos, le envió la réplica.

—Quiero que te mantengas alejado.

Soltó el teléfono y corrió al cuarto de baño de la habitación. No tenía ni idea de dónde estaba ni cuánto tiempo tardaría en llegar. Pero estaba seguro de que iría.

Se dio una ducha rápida y se recogió el pelo en una trenza, con cuidado de que no quedara ningún mechón suelto. Parecía que Alex tenía fijación con su cabello. No dejaba de comentar que quería que se lo dejara suelto, por lo que estaba empeñada en ponérselo difícil.

Se puso ropa interior limpia, sus vaqueros favoritos y un jersey. Apenas se había puesto brillo en los labios y rímel en las pestañas cuando se oyeron unos golpes en la puerta.

Parecía haber envejecido. Con los mismos vaqueros y camiseta oscura que se había puesto esa mañana, estaba repantingado, con un brazo apoyado en el marco de la puerta. Tenía los párpados caídos, los labios tensos y, aunque seguía percibiendo aquella química entre ellos, algo había cambiado. Él había cambiado.

Libby abrió la puerta del todo para invitarlo a pasar y luchó contra el deseo de abrazarlo hasta que las líneas de alrededor de sus ojos desaparecieran. Pero no quería acercarse tanto al límite. Aquello era todo lo que podía ofrecer y todo lo que podía aceptar. Aquel juego efímero era tan solo atracción física.

La puerta se cerró después de que él entrara y la siguió hasta la habitación.

Ella se volvió, rogándole con la mirada que no rompiera el hechizo ni se saltara las reglas.

—¿Qué quieres? —preguntó ella entre susurros.

Alex se quedó mirándola. Durante aquellos interminables segundos, sintió que la desnudaba con la intensidad de su mirada angustiada.

—Quiero hundirme en ti.

Directo, sincero y difícil negárselo. Pero debía hacerlo para no perder la cabeza.

Sin decir nada ni siquiera parar a pensárselo, se quitó el jersey y los vaqueros, con cuidado para no estropearse el peinado. Los ojos se le abrieron

como platos al descubrir la ropa interior de encaje que se había puesto, pero se quedó inmóvil, observándola a la espera.

Se acercó a él como un gato se acercaría a un perro, con atrevimiento, ojos entornados y los músculos tensos, preparada por si decidía demostrarle su fuerza.

Cuando estaba a escasos centímetros de él se dejó caer, pillándolo por sorpresa. Sus rodillas se hincaron en el suelo y se afanó en soltarle el cinturón y bajarle la cremallera de los vaqueros. Al alzar la vista para mirarlo a los ojos, se quedó sin respiración. Sus bíceps se adivinaban bajo su camiseta y tenía los puños cerrados.

Sin saber de cuánto tiempo disponía, le bajó los vaqueros y los calzoncillos, y se le hizo la boca agua ante aquella visión.

Se echó hacia delante y con la lengua le rozó la punta de su impresionante erección.

—Espera.

Levantó la mirada. ¿Acaso iba a detenerla? ¿Era su imaginación o había un brillo de excitación en sus ojos? Quizá no estaba de humor para jugar a aquel juego y obedecer sus reglas.

Lentamente, Alex tomó su rostro entre las manos, hundiendo los dedos en su pelo. Libby apretó los labios mientras él le soltaba el pelo, y sintió que le caía por la espalda desnuda. Alex se lo apartó del rostro con una delicadeza que le resultó conmovedora.

Libby apartó la mirada. No quería ver aquella ternura en su cara. No quería descubrir el motivo por el que estaba de aquel humor. Tan solo lo quería a él, en su boca, a su merced y bajo su control.

Tomó su miembro erecto, se lo llevó a la boca y lo rodeó con los labios. Él gimió y se mordió con fuerza el labio inferior. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración.

Sin dejar de mirarlo fijamente, empujó hasta el fondo de su garganta, apretando con la lengua en aquellos puntos que sabía le darían placer. Los ojos de Alex viajaban alternativamente de sus ojos a su boca y, desde lo más profundo de su pecho, escapó un ronco gruñido.

—Libby...

Al intentar apartarse, Libby se aferró a él y chupó con más fuerza, moviendo la cabeza con renovada determinación. El poder que emanaba de ella estaba humedeciendo su sexo. Aquel imponente hombre, además de inteligente e

impulsivo, estaba temblando, a punto de romperse. Y aunque tenía fama de audaz en los negocios, le había entregado el control como si fuera un don preciado, el regalo que ella tanto deseaba.

Alex gritó y hundió las manos en su pelo para sujetarle la cabeza mientras soltaba un grito al correrse. Libby continuó succionando hasta dejarlo agotado y sin aliento, y tragó su líquido. Su expresión se había suavizado.

Sacó su miembro de la boca y él la ayudó a ponerse de pie antes de envolverla entre sus fuertes brazos y besarla apasionadamente.

Luego se apartó, dejando aturdida a Libby.

—No vuelvas nunca a América.

Sin esperar a que contestara, la volvió a besar, la tomó de la cintura y se dejaron caer sobre la cama.

## Capítulo 7

La cabeza de Libby subía y bajaba con el movimiento del pecho de Alex, mientras su respiración volvía a la normalidad. Le estaba dibujando círculos en la espalda y tenía las piernas entrelazadas a las suyas.

Aquella situación era demasiado íntima, pero sus piernas se negaban a moverse, como si hubiera corrido una maratón y se hubieran declarado en huelga. Y de alguna manera así había sido. Un torbellino parecía estar pasando por su vida esa semana.

—Siento haberme tenido que ir antes tan bruscamente.

Su voz somnolienta resonó en su pecho.

—Lo entiendo. ¿Está bien tu madre?

Respiró hondo lentamente y, al exhalar, unos mechones le cubrieron la cara. Enseguida se los apartó de la frente.

—A veces bebe demasiado. No ha conseguido superar la pérdida de Jenny.

Aquella confesión hizo que Libby presionara el colchón y contuviera la respiración. ¿Debería preguntarle más? Suponía que no se lo habría contado si no quisiera hablar.

—¿Qué le pasó a tu hermana?

Alex volvió a acariciarla al final de la espalda, formando interminables círculos.

—Tenía epilepsia.

Libby permaneció callada para no interrumpir aquel momento.

—Al año mueren unas seiscientas personas por epilepsia —dijo y detuvo el movimiento de sus dedos—. Tenía dieciocho años.

Su tono calmado contrastaba con la agitación de su respiración y los latidos acelerados de su corazón.

—Siento lo que le pasó a tu familia. Debió de ser un momento terrible.

—Lo fue para mis padres y acabó destruyendo su matrimonio. No dejaban de echarse las culpas mutuamente. Aunque tengo que reconocer que antes de la muerte de mi hermana, siempre fue un matrimonio tormentoso.

Su mano reanudó las caricias.

—¿Te gustan las bodas?

El cambio de conversación fue tan brusco que Libby levantó la cabeza para mirarlo. ¿Qué podía decir? Se había sincerado con ella, algo que no formaba parte de su acuerdo, pero ella todavía no estaba lista para hacer lo mismo. ¿Qué sentido tenía? Aquello era algo temporal, unas vacaciones de la realidad. Era simplemente sexo, así que decidió mostrarse neutral.

—¿A quién no?

Libby cambió de postura, liberándose de la calidez de sus largas y musculosas piernas. Se sentó dándole la espalda, tomó una bata y se la puso. Necesitaba un escudo.

—¿Quieres ir a una? Mi prima Isabel se casa en Francia este fin de semana. Lástima que no hayamos podido ver hoy a Jack, su hermano, el arquitecto del que te hablé.

Libby tragó saliva. Volvía a sentir aquella sensación de impaciencia.

—No puedes invitar a una desconocida a una boda.

—¿Por qué no?

Sus dedos continuaban haciendo magia en su espalda, dibujando círculos en la curva de su cadera.

—Serás mi acompañante —añadió—. Los abuelos de Jack e Isabel tienen un castillo cerca de Niza. ¿Has estado alguna vez en el sur de Francia?

—No, pero esa no es la cuestión.

Alex deslizó la mano bajo su bata y acarició sus bragas. La sensación la distrajo.

—¿Acaso no te gusta mi helicóptero?

Ella sonrió. Verlo desnudo en su cama, con aquella sonrisa relajada y divertida, hizo que empapara las bragas, cuyo borde estaba explorando en aquel instante.

Tenía que cambiar el tema de conversación cuanto antes.

—¿Qué tenemos mañana en la agenda?

La sonrisa de Alex se ensanchó, como si se hubiera dado cuenta de su táctica.

—Vamos a montar en bote, en el Támesis. Necesito volver a Londres.

Sus dedos recorrieron el pliegue de su ingle y sus nudillos rozaron la entrepierna de sus bragas.

Libby puso los ojos en blanco y se mordió el labio para contener la excitación.

—Yo también tengo mucho trabajo atrasado que hacer. Mi último cliente es muy exigente.

¿Por qué no le apartaba la mano?

—¿Ah, sí?

Apretó su clítoris por encima de la tela, dejándola sin respiración, y emitió un sonido gutural. ¿Sería una muestra de satisfacción por encontrarla húmeda?

—Pensaba que era muy complaciente.

Libby deslizó la mirada por su pecho, pasando por su vientre, hasta su miembro erecto.

—Si estás dispuesto a dejar las emociones a un lado, podríamos dedicarnos a trabajar.

Le resultaba cada vez más difícil seguir hablando con normalidad, y las palabras brotaban cada vez más despacio.

Alex sonrió y volvió a trazar otro círculo con el dedo.

—Prefiero un poco de adrenalina. ¿Y nuestro acuerdo?

Libby separó un poco los muslos. Necesitaba más, deseaba más. La mención del acuerdo le estaba devolviendo la calma. Nada de seguir hablando de bodas.

Alex se incorporó, la tomó de la cintura y se colocó sobre ella. Sus rostros quedaron a escasos centímetros uno del otro.

—Ven a navegar en bote mañana.

Metió las piernas entre sus muslos y los separó. Luego, empujó su erección contra el encaje húmedo que los separaba.

La bata se había abierto. Alex deslizó las manos bajo los tirantes de su sujetador y se los bajó por los hombros, dejando un reguero de besos sobre sus pechos.

Estaba siendo muy persuasivo, y sucumbió.

—De acuerdo...

Bajó una de las copas del sujetador y dejó el pezón a merced de su boca voraz. Luego levantó la cabeza y la miró con ojos perversos.

—Bien, porque estaba a punto de preguntarte qué querías.

Aunque las caricias que le estaba proporcionando con la boca le hacían

difícil hablar, se lo dijo, y él cumplió sus deseos.

Libby sintió que algo le hacía cosquillas por el hombro, el muslo, la nuca... Adormilada, estiró sus piernas doloridas.

Su aliento cálido y mentolado le acarició la oreja.

—Despierta, preciosa. Es hora de irnos.

Libby abrió un ojo y se encontró su habitación de hotel a oscuras.

—¿Qué hora es?

Se volvió sobre su espalda y le encontró vistiéndose, con el pelo húmedo, probablemente recién salido de la ducha.

—Pronto. Nos espera mi moto.

Le dio un beso casto en la boca, sus labios suaves y lánguidos. Su expresión era divertida.

Ella gruñó, lo rodeó por el cuello y tiró de él.

—Vuelve a la cama.

—Me encantaría —susurró contra su cuello—, pero nos espera la aventura.

Alex volvió a deslizar las manos bajo las sábanas, fue subiendo por sus piernas hasta acabar en su clítoris. Libby abrió los ojos y apretó los muslos, atrapando su mano entre ellos.

—Por cierto, gracias por no echarme.

Sus labios rozaron el lóbulo de su oreja, su cuello, y su voz grave resonó en sus pezones al mismo tiempo que sus dedos empezaban a explorarlos.

—Mis días de adolescente se acabaron. Eso de salir a hurtadillas a las tres de la madrugada de mi propio hotel sería muy embarazoso.

Libby se puso seria.

Debería haberlo echado. No debería haberle invitado a meterse en su cama de nuevo. Acurrucarse a su lado, dormir con él y despertarse sintiendo su boca no formaba parte del acuerdo.

Retiró su mano y se levantó de la cama.

—¿Me da tiempo a ducharme?

Ignoró la perplejidad de sus ojos, que recorrieron lentamente su cuerpo desnudo.

—Sí, pero si no quieres compañía, te sugiero que te des prisa. He estado a punto de despertarte acariciándote la entrepierna con la lengua, pero me has dado lástima. Estabas profundamente dormida.

Libby tragó saliva. Su corazón empezó a latir con fuerza al imaginarse que la despertaba con sus habilidades orales.

Se metió en el cuarto de baño, abrió el grifo de la ducha y se metió debajo del chorro de agua antes de que Alex cumpliera su promesa.

A punto estuvo de dar un salto cuando lo oyó a través del cubículo de cristal.

—Respecto a esa boda...

Alex se quedó al otro lado de la puerta de la ducha y Libby dio gracias de que fuera de cristal mate.

—¿Te importa? Me gustaría un poco de intimidad.

Libby siguió enjabonándose el pelo con el champú y miró su rostro sonriente, mientras la recorría de arriba abajo.

—He recorrido cada centímetro de tu cuerpo con mi lengua y ¿ahora quieres intimidad?

—Sí.

Aquel hombre era desesperante. Compartir el baño no formaba parte de aquella relación.

Alex se encogió de hombros y se fue al otro lado de la puerta, de tal modo que no podía verla aunque ella a él sí, a través del espejo.

—No suelo tener que andar suplicando para tener citas —dijo él alzando la voz para hacerse oír—. Estás minando mi ego.

En aquel momento, Libby decidió que no podía ir a la boda. Aunque nunca hubiera estado en Francia y estuviera en su lista de deseos.

—Vete.

Él rio.

—Aparte del viaje, te prometo que no habrá nada temerario.

—Las bodas son solo para las familias.

Vaya, ese argumento ya lo había usado antes.

—Ya le he hablado a mi madre de ti y dice que deberías venir.

El champú le entró en los ojos e hizo un gesto de dolor.

—¿Le has hablado a tu madre de mí?

—Sí.

—¿Por qué?

Sin ver su lenguaje corporal, era difícil adivinar lo que estaba pensando.

—Necesitaba que la animara. Su segundo marido es estadounidense. Está deseando conocerte.

Libby cerró el grifo, salió de la ducha y se envolvió en una toalla blanca.

—Lo pensaré.

No tenía fuerzas para aquella discusión, probablemente por el cambio horario y la falta de sueño de la noche anterior. Pero no tenía intención de ir a la boda de su prima ni de conocer a su familia.

—¿No estás cansado para volar? —preguntó Libby asomando la cabeza.

De ninguna manera iba a meterse en aquel artefacto por mucho que insistiera.

—No, en absoluto.

—Porque estrictamente hablando, un paseo en helicóptero y otro en lancha motora son dos actividades diferentes.

Él se acercó con mirada depredadora.

—¿Me va a costar algo?

Sus manos la tomaron por las caderas y hundió los dedos en la toalla que la envolvía.

Ella se acercó, deseando rozar sus labios.

—Sí —susurró.

Teniéndolo tan cerca, apenas podía pensar, mucho menos negociar.

—Lo estoy deseando.

Alex la sorprendió dándole un beso rápido y se fue hacia la puerta.

—Tienes diez minutos para vestir ese cuerpo tan sexy que tienes.

Le guiñó un ojo y desapareció.

Una hora más tarde, después de otro viaje en helicóptero, Libby estaba en Waterloo, a los pies del Támesis, con un chaleco salvavidas puesto. Había dado por sentado que Alex tenía una lancha y que sería un paseo los dos a solas.

Por supuesto que tenía una lancha, pero el paseo lo dieron en una embarcación turística. Al parecer, así era más divertido.

Alex le apretó la mano.

—¿Estás bien?

Libby asintió, incapaz de formular las preguntas que se amontonaban en su cabeza. ¿Por qué tenía que pasar por aquello? ¿Por qué no le decía simplemente que se fuera al infierno con su cuenta?

El problema era que después de conocer sus habilidades sexuales, lo que estaba en juego era algo más que un buen acuerdo empresarial. Y, a pesar de sus reservas iniciales, había disfrutado del paseo en globo.

Alex sonrió y la atrajo hacia él, pasándole el brazo por sus hombros tensos. Luego la besó en la frente.

—Estás perfectamente a salvo. Este capitán tiene mucha experiencia. Ya verás sus reacciones —dijo señalando con la cabeza al resto de pasajeros—. ¿Acaso no te está pareciendo emocionante? Quiero que esto sea asequible y posible para mis chicos. Les va a encantar.

Libby lo miró como si fuera la primera vez. Sus ojos brillaban de emoción, alterando su color de chocolate oscuro a ámbar, y el viento revolvía su cabello, dándole un aspecto travieso, muy diferente al hombre poderoso que era.

Su energía vibraba. Los había llamado «mis chicos». Aquella aventura le entusiasmaba.

Los celos se apoderaron de su estómago. Hacía mucho tiempo que nada la ilusionaba. En los últimos años se había volcado en el trabajo, dando la espalda a cualquier pasión e ignorando todo lo que le recordara a Callum y a la vida que había planeado con él.

Apartó sus pensamientos y siguió a Alex hasta la proa de la embarcación. Había conseguido los mejores asientos, desde los que se disfrutaba de las vistas y del rocío del agua del río Támesis.

Libby apretó los labios.

—Esta me la debes —susurró sentándose y aferrándose a la barra que tenía delante.

Él rio.

—¿Por qué tengo la sensación de que lo estás disfrutando?

Antes de que Libby pudiera replicar nada, se encendieron los motores y la lancha se puso en marcha.

Hacía mucho tiempo que no se divertía tanto.

La lancha no paró de dar botes en el agua, provocando risas y gritos entre los viajeros. Desde donde estaba, Libby disfrutó de los edificios y monumentos más icónicos de Londres. Alex le tomó la mano con fuerza y no dejó de sonreír, viéndola gritar con las sacudidas de la lancha.

Cuando regresaron a tierra firme, Libby estaba deseando repetir la experiencia.

Alex la besó. Ambos tenían el rostro húmedo.

—Te lo dije.

—Tenías razón.

Alex se puso serio y le desabrochó los cierres del chaleco salvavidas antes de hacer lo mismo con el suyo.

—Esta tarde tengo trabajo —dijo apartándole un mechón de pelo mojado de la cara—. Tengo que hacer de jefe durante unas horas.

Por su mirada ardiente supo que prefería hacer otro tipo de cosas más eróticas, pero enseguida pareció recuperar el control de sí mismo.

Libby asintió.

—Me vendrá bien trabajar un rato.

Tenía mucho que hacer, no solo para él sino para otros clientes. ¿Por qué la idea le entusiasmaba tan poco? Vivía para trabajar y aquel encargo iba a aumentar su prestigio. ¿Por qué estaba disfrutando tanto con aquel empresario tan encantador como contradictorio?

Alex la tomó de la mano en el muelle.

—Pues no hay más que hablar, vámonos a trabajar. Quiero que prepares una breve presentación sobre los valores de Able-Active.

Ella asintió y a su mente acudieron unas cuantas ideas.

—Creo que ya te he mostrado lo suficiente como para que puedas hacerte una idea. Y si tienes tiempo, me gustaría que asistieras a una reunión que he organizado para mañana por la noche con posibles benefactores e inversores. Espero que mi discurso y la presentación ayuden a recaudar fondos.

Mientras seguía a Alex hasta el coche que los estaba esperando, la idea de sentarse en una mesa para ponerse a trabajar, aunque fuera en un proyecto tan apasionante, no le resultaba todo lo apetecible que sería de esperar.

Aquello empezaba a ser preocupante.

## Capítulo 8

La suite Marie Antoinette del Ritz estaba a rebosar de gente elegantemente vestida y camareros uniformados. En aquella imponente estancia, decorada con mobiliario estilo Luis xvi e iluminada con lámparas de araña, resonaban los murmullos de las conversaciones y el tintineo de las copas.

Libby se concentró en el calor que percibía de la mano de Alex, en la parte baja de su espalda, a través del sencillo vestido negro de seda. Siempre que viajaba lo llevaba en la maleta, por si surgía algún acontecimiento social. No era muy llamativo para la ocasión, pero estaba allí por un trabajo, no para un desfile de moda.

Alex le había dicho que estaba muy guapa, a pesar de lo discreto que era su atuendo. La primera vez en la puerta de la habitación del hotel, tras acorralarla contra la pared y besarla, y de nuevo al salir del coche, cuando le había susurrado que estaba deseando saldar su deuda por el paseo en lancha que habían hecho aquella mañana.

Libby se estremeció. ¿Sería por los nervios? Los invitados allí congregados, elegidos expresamente por Alex como posibles inversores y benefactores de Able-Active, constituían un pequeño grupo de espectadores, con suerte receptivo. Quizá fuera por aquel ligero temblor por lo que no le quitaba la mano de encima, mientras recorría la sala con ella, presentándole a más gente de la que era capaz de recordar. Aquel gesto de posesión resultaba tan inquietante como excitante.

—Gracias, James, estáis haciendo un gran trabajo —dijo dirigiéndose a uno de los camareros, antes de tomar un par de copas de champán de la bandeja.

Libby aceptó una copa y le llamó la atención que James evitara el contacto visual y se marchara precipitadamente.

—Los camareros son todos chicos del programa Able-Active —murmuró

Alex—. James es autista.

Libby asintió y miró a su alrededor. Aquellos jóvenes, chicos y chicas elegantemente vestidos, no parecían los típicos empleados del Ritz.

Molly apareció junto a ellos.

—Cuando quiera, señor Lancaster. Ya están listos.

Alex le entregó la copa a su secretaria, se volvió hacia Libby y le acarició la mejilla.

—Deséame suerte.

Antes de que ella pudiera decir nada, se dirigió al pequeño podio que se había instalado.

Libby le observó colocarse detrás del micrófono y pedir silencio. Se movía con aplomo y seguridad en sí mismo. No necesitaba suerte. Solo con su determinación y entusiasmo podía ganarse a toda aquella gente. Con razón tenía tanto éxito. Su pasión y entrega eran contagiosas.

—Damas y caballeros, amigos —dijo mirando en derredor, sonriendo a diestro y siniestro—. Gracias a todos por venir a la fiesta de presentación de Able-Active. Muchos de vosotros me conocéis bien.

Esbozó su sonrisa más sincera, muy diferente a aquella reservada y cortés que le confería, dándole un aire travieso.

Libby sintió un cosquilleo en el estómago al recordar que era la misma sonrisa que había visto en él durante el paseo en lancha de aquella mañana.

—Ya sabéis lo que esta causa significa para mí, pero no conocéis el motivo —continuó y señaló la foto enmarcada de una joven que tenía al lado—. Si Jenny, mi hermana, siguiera viva, ahora tendría treinta y cinco años.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala. Libby sentía sus latidos en el cuello.

Alex se puso serio, bajó la barbilla y continuó hablando en un tono reflexivo.

—No dejes de preguntarme cómo habría sido su vida. ¿Se habría enamorado? —dijo y recorrió con la mirada al público que tan atentamente lo escuchaba—. ¿Alguna vez soñó con ser madre o con correr la maratón de Londres?

Alex volvió a mirar la fotografía, sus ojos vidriosos.

—Jenny murió a los dieciocho años, cuando yo tenía quince años. No recuerdo qué sueños tenía, ni sus pasiones, ni sus ambiciones, pero sí recuerdo que quería lo mismo que todos nosotros: oportunidades, opciones, igualdad.

Antes de continuar, hizo una pausa para acariciar el marco que contenía la imagen de su hermana.

—A pesar de que su vida fue corta, la disfrutó. Siempre había una sonrisa en sus labios y le encantaba bailar. Pero podía haber sido mejor. Al terminar la escuela, la única oportunidad de un empleo que tuvo fue gracias al voluntariado. Necesitaba ayuda para hacer muchas de las cosas que otros adolescentes dan por sentadas, por lo que muchas opciones, bien por falta de preparación o por falta de medios, no eran una opción para ella ni para otros como ella.

Tragó saliva y se percibió el movimiento de su nuez.

—Podía haber sido un mejor hermano —dijo e hizo una larga pausa que resultó incómoda—. Quiero un futuro mejor para jóvenes como Jenny y, con vuestra ayuda, Able-Active será un punto de partida hacia la igualdad de oportunidades para todos. Gracias.

La mirada de Libby, clavada en Alex, lo acompañó por la sala al ser engullido por la multitud entre saludos y palmadas en la espalda. La había cautivado, al igual que al resto de los presentes, con su discurso sentido y conmovedor.

Quería ir a su encuentro y besarlo. Echaba de menos sus labios y no se le ocurría una sola razón para no hacerlo. Pero Molly la tocó en el brazo para recordarle que era el momento de hacer su presentación.

Apartó la vista de Alex, muy guapo con su traje oscuro, mientras recorría la sala sonriente y desenvuelto.

—Damas y caballeros —dijo Molly tomando la palabra—. Demos un fuerte aplauso al equipo que nos está atendiendo esta noche, todos ellos participantes del programa de Able-Active, que han sido entrenados por el personal del hotel Ritz.

Libby aplaudió con ganas, sonriendo hasta que le dolieron las mejillas.

—Y ahora, les presento a Libby Noble, de Nueva York, de la compañía Noble and Pullman, que nos va a contar un poco más acerca de Able-Active y de los planes de futuro que tiene el señor Lancaster.

Libby tragó saliva y apretó el botón del mando a distancia para dar comienzo a la presentación que iba a proyectarse en una pantalla detrás de ella. Después del discurso de Alex iba a ser difícil igualar el impacto que había conseguido en la sala. Su objetivo era complementar la visión que había dado con sus propias impresiones, salpicándolas con algunas técnicas de

marketing para despertar el interés de los potenciales benefactores.

Releyó sus notas con el estómago encogido. Las palabras que tan cuidadosamente había preparado parecían bailar en el papel, como si se estuvieran burlando de ella.

—Able-Active no es una organización benéfica más.

La foto de un puñado de niños en kayak apareció en la pantalla.

—¿Merece la pena? Sí. ¿Es gratificante? Sí. ¿Imprescindible? Sí. Pero lo que es excepcional es la visión, la pasión y la motivación de Alex Lancaster, su director.

La imagen cambió a una foto de Libby que se había hecho en el globo aerostático. Sonreía con la mirada y al fondo aparecían los paisajes verdes de Oxfordshire.

—Esto es algo más que una experiencia al aire libre. Es una oportunidad real para se formen, trabajen y se diviertan los miembros más vulnerables de la sociedad, esos que muchas veces pasan desapercibidos y a los que muchas veces se les ignora porque se considera que no tienen nada que aportar.

La fotografía volvía a cambiar y apareció otra tomada durante su recorrido en lancha por el Támesis. En ella aparecía Libby con los ojos cerrados mientras el rocío del agua del río mojaba su cara, junto a un sonriente Alex.

Al levantar la vista, sus ojos se encontraron con los de Alex al otro lado de la sala y dobló sus notas. Se le hizo un nudo en la garganta, pero se le llenó la cabeza de palabras que venían directamente de su corazón.

—Vine a Londres a trabajar. Lo último que tenía en mente era divertirme. Hacía años que no participaba en nada arriesgado que pudiera disparar la adrenalina.

Se estremeció. Se estaba quedando sin respiración bajo la misma intensa mirada que ponía en la cama.

—Pero no me sentía tan viva ni me divertía tanto desde mis años de adolescente.

Apartó la mirada. Sentía el lento bullir del deseo en la sangre.

—Estoy segura de que todos conocemos a alguien que disfrutaría con las experiencias de Able-Active tanto como las he disfrutado yo esta semana. Y también sé que todos conocemos a alguien a quien le gustaría tener la oportunidad de tener un trabajo digno, uno del que sentirse orgulloso. Hay muchas familias que necesitan descansar de la responsabilidad de cuidar de sus seres queridos con necesidades especiales. Able-Active, con su ayuda,

espera alcanzar todos esos desafíos. Gracias.

Bajó del podio entre aplausos, con piernas temblorosas. Molly le indicó el camino hasta Alex, que la devoraba con la mirada desde el otro lado de la estancia.

A mitad de camino, Jeremy Wells le interrumpió el paso.

—Magnífico discurso.

Tomó una copa de champán de la bandeja de una camarera que pasaba en aquel momento y, fue tan brusco su movimiento, que la bandeja se bamboleó.

No le había gustado Jeremy desde que lo había conocido, y menos en aquel momento, después de la manera en que le había cortado el paso a la joven.

Libby aceptó la copa y le dio las gracias a la chica. A regañadientes, se volvió hacia el director financiero de Alex. El traje, aunque se veía de calidad, le quedaba pequeño. Le sobresalía la barriga por la cintura del pantalón y los botones de la camisa parecían estar a punto de estallar.

Sintió un cosquilleo no muy agradable subiendo por la espalda.

—Estoy seguro de que van a empezar a llover las donaciones —dijo Jeremy, mirando descaradamente sus pechos.

«Imbécil».

—Eso espero.

No quería ser descortés con uno de los empleados más valiosos de Alex, pero no podía evitar sentirse incómoda con aquel tipo.

Buscó con la mirada a Alex. Necesitaba una vía de escape.

Por desgracia también había sido interceptado y estaba inmerso en una conversación.

Libby dio un paso al lado, haciendo evidente su intención de marcharse.

Jeremy la tomó del brazo, pero enseguida se lo soltó al ver la expresión gélida de sus ojos.

—Bueno, me gustaría enseñarle Londres antes de que se marche. ¿Está libre mañana por la noche?

Jeremy se acercó un poco más y volvió a bajar la mirada.

Libby contuvo el impulso de cubrirse el escote con la mano.

—Me encantaría recorrer Londres, pero voy a dedicar toda la semana a trabajar para Able-Active —replicó y forzó una sonrisa—. Y ahora, si me disculpa.

Se escabulló entre los invitados y no se detuvo hasta llegar al lado de Alex. Estaban de espaldas a la magnífica chimenea que presidía la estancia y, al

sentir su mano en la espalda, Libby dejó escapar un suspiro.

—Olivia, quisiera presentarte a Jack Demont, mi primo y hermano de la novia que se casa este fin de semana.

Aquel atractivo francés tomó su mano y le besó el dorso.

—Encantado de conocerla, señorita Noble.

Era tan alto como Alex y tenía los ojos oscuros y el pelo rubio.

—Por favor, llámame Libby. Qué bien hablas mi idioma.

—Menos mal que alguien me lo dice. Recuerdo que de niños había quien no paraba de reírse de mi acento —comentó y miró a Alex, que se rio y se encogió de hombros a modo de disculpa.

—Tú también te reías de mí —dijo Alex y se volvió hacia Libby—. Durante años llevé aparato en los dientes.

¿Así que don Perfecto tenía defectos? ¿Un obseso de los ordenadores con aparato en los dientes? Se estremeció, convencida de que a los quince años lo hubiera encontrado atractivo.

—He invitado a Libby a la boda de Henri e Isabel —añadió Alex dirigiéndose a su primo.

—Estupendo, tienes que venir. La Provenza está espectacular en esta época del año.

—Estoy segura de que...

—Creo que Olivia no es muy romántica que digamos.

Libby lo miró con desprecio. ¿Por qué había llegado a esa conclusión? No sabía nada de ella porque así lo había querido.

Jack los miró alternativamente, consciente de la tensión entre ellos.

—Bueno, disculpadme. Esta noche salgo para Niza —dijo y se despidió de Libby con dos besos en las mejillas—. Ha sido un placer conocerte. Espero que vengas a la boda para que nos podamos conocer mejor. *Au revoir*.

Jack desapareció y Libby sintió que se le ponía la carne de gallina. Alex se le acercó, dejando apenas espacio entre ellos.

—¿Te ha dicho algo Jeremy que te ha molestado?

Sentía su aliento en el cuello y los hombros y se estremeció. Se volvió hacia Alex deseando besarle ante su proximidad.

Al encontrarse con su mirada dura, una sensación cálida se expandió por su cuerpo.

—¿Cómo sabes que estoy molesta?

—Te he visto contenta, relajada, excitada... —respondió rozando sus labios

con los suyos—. Me gusta observarte.

Sus dedos acariciaron el interior de su brazo. Por una vez, aquel gesto de intimidad le resultaba irritante.

Se mordió el carrillo. No debería haber permitido que Jeremy la incomodara. En su profesión había conocido a muchos hombres como Jeremy y sabía cómo manejarlos. A diferencia de Alex, era fácil huir de ellos y olvidarlos.

Libby se estremeció. Todavía sentía la caricia de Alex en el brazo y su piel ardía bajo su mirada.

—¿Se te ha insinuado?

¿Por qué mentir? No le debía nada a Jeremy y lo que había entre Alex y ella era algo temporal.

—Sí.

Pero ¿no se sentía suya con cada gesto? ¿No buscaba aquel brillo en sus ojos cada vez que la miraba? ¿Qué le estaba pasando?

—¿Te interesa? —preguntó apretando un poco más fuerte su brazo.

—¿Cómo?

—Bueno, al fin y al cabo, según tú, solo estamos follando.

Libby miró a su alrededor para comprobar si había alguien atento a ellos.

No podía negar que había sido muy cruda al definir su relación. ¿Por qué le molestaba tanto oír sus propias palabras?

Alex continuó como si tal cosa, aunque se preocupó en bajar la voz.

—Te he pedido una cita y todavía no me has contestado.

Así que tenía su ego, aunque mejor escondido que la mayoría de los hombres.

—No voy por ahí acostándome con cualquiera.

¿Por qué le decía eso? No suponía ninguna diferencia. Al fin y al cabo, lo suyo tenía fecha de caducidad.

—Hacía tres años que no estaba con nadie.

Alex no reparó en su confesión. Ni siquiera sabía por qué se lo estaba contando.

—¿Por qué yo?

Libby alzó la mirada, desafiante.

—Por tantear el terreno.

Él suspiró.

—Ya.

Por fin había un atisbo de inseguridad en la manera en que se pasaba los nudillos por la barbilla.

Libby contuvo el impulso de burlarse de él, y apretó los labios para evitar sonreír. Tenía que aprovechar la oportunidad para suavizar los ánimos y cambiar el tema de conversación. Después de todo, no eran pareja. ¿Por qué molestarse en discutir? Su tiempo juntos era limitado.

—Digamos que se debe a un lapso temporal de sentido común —dijo sonriendo—. Supongo que por el cambio horario.

Tras unos segundos, Alex sonrió y deslizó la mano hasta su cintura, envolviéndola con su perfume al acercarse.

—¿Quieres arriesgarte conmigo mañana? —preguntó susurrándole al oído, como si fuera a sugerirle un peligroso juego sexual—. ¿Qué te parece si practicamos esquí acuático?

Ella se estremeció. La idea no le resultaba del todo desagradable.

—¿Otro día pasando frío en el Támesis?

Alex sonrió.

—No estaba pensando en el Medi...

Su sonrisa arrebatadora volvió a aparecer. Estaba irresistible.

—Te gusta salirte con la tuya, ¿verdad?

—Por supuesto.

Aquel juego de seducción con Alex resultaba tremendamente adictivo.

Sintiéndose vencedor, se acercó y la agarró por la cadera.

—Y tú también —comentó ella.

Alex arqueó la ceja y apretó con más fuerza, al igual que hacía cuando estaba a punto de correrse. Era como si no pudiera hundirse lo suficiente.

Libby sentía tensión en la entrepierna.

Aquello tenía que terminar. Tenía que poner freno a aquella pasión imparable. No era suya por muy bien que se sintiera a su lado.

Había llegado el momento de recuperar el control.

—¿Y qué es lo que quieres ahora mismo?

Alex le sostuvo la mirada con los ojos entornados.

—Quiero que vuelvas a tu hotel esta noche —contestó bajando la voz—. Quiero que te quedes en Londres mañana mientras vuelo al sur de Francia —añadió rozándole la oreja con los labios—. Quiero que no te quites las bragas que llevas debajo de ese vestido para que no me aproveche de ti en el asiento trasero de mi coche.

Las rodillas de Libby se debilitaron y se tambaleó sobre sus tacones.

Alex se apartó, sonriendo.

—Pero las mujeres primero. ¿Qué es lo que quieres tú, Olivia?

Cada vez se le daba mejor aquel juego. Demasiado bien. ¿Por qué disfrutaba más cuando se saltaba las reglas que cuando se salía con la suya? Aun así, todavía no había conseguido lo que quería: él.

Trató de controlar aquel torbellino de emociones.

—Estoy cansada y quiero irme pronto a la cama —dijo, y al verle bajar la vista, rápidamente añadió—: Nos veremos dentro de cinco minutos en el vestíbulo, si no te importa llevarme en tu coche.

Libby se dio media vuelta, ignorando la expresión de asombro de sus ojos.

Cuando salió del cuarto de baño, con las bragas guardadas en el bolso, dio la vuelta a la esquina y se encontró a Alex esperándola en el vestíbulo, con las manos en los bolsillos, mirándola atentamente mientras se acercaba.

No podía resistirse. Le gustaba llevarlo al límite y desarmarlo como él la desarmaba. Quería equilibrar la balanza para no tener nada de lo que arrepentirse cuando se fuera.

Consiguió salir con paso firme, sintiendo que las pulsaciones de su entrepierna aumentaban a cada paso.

El conductor de Alex abrió la puerta de la limusina y Libby se metió, seguida de Alex.

—¿Adónde vamos, señor?

Desde el otro lado del asiento, Alex arqueó una ceja inquisitivamente. Había una mezcla de desafío y vulnerabilidad en sus ojos. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? La decisión era suya, como siempre. A excepción de la cita para la boda, siempre le cedía el control. Era el principal motivo por el que seguía allí. ¿Debería ceder una vez más? Tal vez debería racionar sus encuentros con él para tratar de controlar su adicción. Nunca sabría nada de las bragas.

Libby se humedeció los labios.

—¿Dónde te quedas cuando estás en Londres?

La observaba con su mirada oscura desde el asiento de al lado. Había una fuerte atracción entre ellos, a pesar de que sus rodillas ni siquiera se rozaban. Libby detestaba la amplitud de aquel lujoso coche. En aquel momento, daría cualquier cosa por estar encajonada junto a él en el asiento trasero de uno de aquellos divertidos Mini Coopers.

Él se encogió de hombros.

—Tengo una casa en Belgravia —dijo mirándola a los ojos—. A Eaton Square, por favor, Roger.

El coche se puso en marcha, mezclándose con el tráfico del centro de Londres.

Alex apretó un botón y subió la pantalla que los separaba del conductor. Luego la miró desafiante.

—¿Tienes algo que enseñarme?

Libby sintió un fuego en su interior, capaz de derretirle la ropa. Sin poder controlar el temblor de sus manos, dejó el bolso en el asiento de cuero y lentamente se fue subiendo el vestido hasta los muslos.

—Abre las piernas.

Alex respiró hondo, ensanchando sus fosas nasales, y luego separó los muslos, como si estuviera buscando acomodo para el bulto que se adivinaba en su entrepierna.

Disfrutaba llevándolo al límite, cuando se olvidaba de sus impecables modales de caballero británico y su mirada brillaba con lujuria.

—¿Estás un poco mandón, no?

Libby unió con fuerza sus muslos. Aquel era su juego.

Él asintió.

—Quiero darte lo que quieres —dijo pasándose la lengua por el labio inferior—. Déjame.

Con un gemido que no pudo contener, Libby accedió. Abrió las piernas, separó los muslos y clavó los tacones en la alfombra. Luego se encontró con su mirada audaz y atrevida, y contó los segundos hasta que explotó.

Alex soltó una maldición y cayó de rodillas ante ella, separándole los muslos bajo su mirada descarada.

—¿Te das cuenta de lo que me provocas? —susurró buscando sus ojos en la penumbra del coche—. ¿Te das cuenta del poder que tienes sobre mí?

Libby contuvo la respiración. Aquellas preguntas eran lo más parecido a un intercambio de sentimientos.

Se aferró al cuero del asiento para evitar apartarlo y tirarse del coche en marcha.

Lo que había comenzado como un juego se acercaba peligrosamente a un abismo de emociones en el que no estaba dispuesta a caer.

Sexo, aquello solo podía ser sexo.

Se concentró en la respiración, inhalando al mismo tiempo que él mientras se retaban con la mirada.

—No puedo seguir haciendo esto.

Libby sintió que el estómago le daba un vuelco.

—¿Haciendo qué?

El sonido del motor del coche se desvaneció y todo pareció detenerse a su alrededor. Solo le quedaban unos días con él. No estaba preparada para que aquella aventura salvaje y hedonista terminara.

—Te deseo demasiado.

Alex deslizó la mano por el interior de su muslo, buscando con la mirada su aprobación antes de que sus dedos rozaran su entrada, que estaba húmeda y resbaladiza. Dibujó un círculo sobre su clítoris con el dedo gordo y ella dejó caer la cabeza hacia atrás. Sus muslos temblaban por el esfuerzo de tenerlos separados ante su ávida mirada.

—Córrete para mí —susurró Alex, echándose hacia delante.

Estaba a punto de hacerlo.

—Por Francia.

Libby abrió los ojos y se encontró con su mirada penetrante.

—Nada de juegos, Olivia.

Sus dedos continuaron con aquellas tortuosas caricias y Libby sintió que se le nublaba la mente por completo.

—Ni esquí acuático ni trabajo.

Alex aceleró el movimiento de sus dedos.

—Solo dos personas que se atraen y que disfrutan mutuamente de su compañía en este bonito rincón del mundo.

Libby trató de encontrar sentido a sus palabras mientras su cuerpo se agitaba con sus caricias. Lo hacía parecer muy simple y, a primera vista, lo era. Pero aquella senda idílica estaba llena de obstáculos. Aquellas emociones reprimidas amenazaban con hacer saltar por los aires el control con el que tanto le había costado hacerse.

—Yo...

Alex gruñó, como si estuviera interpretando su actitud como de rechazo. Luego hundió la cabeza entre sus muslos, besó su parte más íntima y le acarició con la lengua el clítoris.

Todos sus pensamientos se desvanecieron. Solo podía pensar en Alex y en el placer que le proporcionaban su lengua y sus dedos.

—Sí —gritó y le revolvió el pelo mientras se sacudía contra su boca.

El delicioso movimiento de su lengua cesó y el placer fue perdiendo intensidad.

—¿Vendrás a Francia?

Alex la mantenía al límite. Seguía acariciándola con el pulgar allí donde antes había puesto su boca. No era lo que quería, pero era suficiente para prolongar las sensaciones.

—Sí, sí...

Ya discutirían más tarde. Cualquier decisión tomada bajo coacción sexual era susceptible de ser anulada.

—¿Ah, sí? ¿Quieres correrte en mi cara?

Aquel brillo perverso de sus ojos hizo que Libby se quedara sin respiración y lo único que pudo hacer fue asentir.

La volvió a cubrir con la boca, a la vez que la penetraba con dos dedos. Ella explotó, le apretó la cabeza con los muslos y se aferró a su pelo mientras una oleada de espasmos la recorría.

Las sacudidas fueron cesando y lo apartó, empujándolo por los hombros, rompiendo aquel maravilloso contacto que enseguida empezó a echar de menos. Antes de que su cuerpo se hubiera recuperado del intenso orgasmo que le había provocado, lo besó apasionadamente en la boca y le quitó el cinturón. Él le ayudó, deseando liberarse de los pantalones, y rápidamente agarró su miembro, se lo llevó a la boca y comenzó a saborearlo, reconociendo su propio sabor.

Alex sacó un preservativo del bolsillo y Libby lo empujó contra una silla y se lo arrebató en su urgencia por tenerlo dentro. Se lo puso, sintiendo la tensión de su entrepierna. No quería pensar en juegos, ni en bodas, ni en el pasado. Lo deseaba más que nunca, más que la primera vez, y aquel ansia se intensificaba cada vez que estaban juntos.

—Date prisa.

Se subió el vestido y se colocó sobre su regazo. Luego se aferró al respaldo de cuero por detrás de su hombro, mientras que con la otra mano se llevó su miembro erecto hacia su entrada. Entonces, se hundió en él. Los jadeos resonaron en aquel pequeño espacio y solo la noche pudo oírlos.

Alex tomó su rostro entre las manos, obligándola a mirarlo a los ojos mientras se movía arriba y abajo sobre él.

—Quiero que dejes este juego, Libby. Lo digo en serio.

Estaba forzando el límite, alterando el juego. En aquel momento, ella le prometería cualquier cosa.

Libby lo tomó por las solapas del esmoquin y se aferró al tejido con todas sus fuerzas.

Una parte de ella quería dejar aquel juego. Deseaba desesperadamente conocer al verdadero Alex. Le gustaría volver a ser la de antes, pero no podía darle lo que él quería, todo aquello que estaba dispuesta a ofrecerle.

¿Otro compromiso? Por un día, podría superar sus temores y asistir a aquella estúpida boda. Actuar, sonreír, beber champán. Solo por un día. Sería un buen final para aquella semana de cuento de hadas que no tenía planeada y que no sabía cómo terminar.

Sintió que sus músculos internos se tensaban y le provocó otro gruñido. Apoyó la cabeza sobre su hombro y recorrió con su boca la suave piel de su cuello hasta acabar acariciando su oreja con los labios.

—Iré a Francia. Y nada de juegos.

Después volvería a casa y trataría de olvidar a Alex Lancaster y su aventura europea.

Alex le tomó el trasero con las manos y se hizo con el control de las embestidas. Libby se agarró con fuerza, sabiendo que esta vez aquel encuentro significaba algo más, que estaba llegando a un nivel que no podía permitirse.

Se corrieron a la vez, él soltando un grito que probablemente el conductor oyó y ella aferrándose con los dientes al cuello de la chaqueta de su esmoquin. De no haberlo hecho, se le habría escapado algo sospechosamente parecido a los sentimientos. Para un hombre como Alex Lancaster, no podía tener sentimientos.

## Capítulo 9

Libby se despertó, miró a su alrededor en aquella habitación desconocida y sintió el peso del brazo de Alex en su cintura y el calor de su pecho desnudo en la espalda. El sueño que la había despertado, vagamente familiar como todo sueño recurrente, todavía bombeaba su sangre. Siempre era igual. Buscaba algo que no tenía esperanza encontrar y acababa despertándose con la sensación de que había fallado en una tarea fundamental y de que nunca volvería a ser feliz.

Permaneció tumbada, cerró los ojos y ralentizó la respiración tratando de relajarse y volverse a dormir. Pero esa noche, al igual que muchas otras antes, estaba agotada mentalmente y después de diez minutos se dio por vencida. Se apartó sigilosamente de Alex y se deslizó hasta el borde de la cama.

Al igual que la de su casa de Oxfordshire, aquella cama tenía dosel. Alex estaba tumbado en el centro, con su espalda musculosa al descubierto y el pelo revuelto cubriéndole parte de su atractivo rostro.

Después de llegar en la limusina, se habían duchado juntos, enjabonándose mutuamente cada centímetro de sus cuerpos hasta que alcanzaron un tercer orgasmo. Después, se habían metido en aquella enorme cama y se habían quedado dormidos abrazados.

Encontró su vestido en una silla, se lo puso y salió de la habitación. Su bolso seguía donde lo había dejado, en la mesa de la entrada. Tomó su teléfono y se fue a la cocina, con la esperanza de encontrar una tetera.

Al cabo de unos minutos se había preparado un té y estaba acurrucada en un sofá, con una manta en las piernas para protegerse del fresco de la madrugada. Después de calcular la diferencia horaria, marcó el número de Sonya. Había estado esquivando las llamadas de su amiga, limitándose a mantener el contacto por correo electrónico. Necesitaba oír su voz para recuperar la

calma.

Sonya contestó al segundo timbre.

—¿Qué tal te va? Por cierto, ¿ahí no es madrugada?

—Hola a ti también. No podía dormir.

—¿Todavía no te has hecho al cambio horario?

Libby quería aprovechar su insomnio para hablarle a su amiga de sus sentimientos confusos. Hizo una mueca. Sonya estaba embarazada de nueve meses y, en aquel momento, al frente del negocio que tenían en común.

—Supongo que será eso. ¿Qué tal estás? Te llamo para asegurarme de que no estás trabajando demasiado.

Le ardía la garganta y sintió una gran emoción al oír la voz de su amiga.

—Estoy bien —contestó Sonya y suspiró—. A punto de reventar, pero bien. Estos dos últimos días he estado trabajando desde casa. Vinnie me ha cambiado algunas de las reuniones para que vayas tú en mi lugar la semana que viene. Lo siento, pero creo que ya no puedo más.

—Por supuesto. Puedo volver antes si me necesitas.

Podía dejarlo todo y estar de vuelta en Nueva York en diez horas. No más Alex ni adrenalina.

Apenas pudo tragar saliva.

—No es necesario. Ya es casi fin de semana. No hay nada urgente.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Quizá fuera ella la que los necesitara. Un arrebató de nostalgia le oprimió el pecho.

Se pasó la mano por la cara. Quizá la idea de asistir a una boda la había perturbado más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Escucha, Libby, iba a esperar hasta que estuvieras de vuelta para decírtelo, pero será mejor que lo sepas cuanto antes: no voy a volver.

Libby sintió que se le erizaba el vello de los brazos.

—¿Qué?

—Cuando nazca el bebé, no voy a volver.

—¡Por supuesto que no!

No debería haber dejado sola a su amiga en un momento como aquel.

—Me refiero a que quiero quedarme en casa cuidando al bebé. No voy a volver después de la baja de maternidad. Sé que es dejarte en la estacada, pero quiero vender mi parte de la empresa.

—Lo entiendo. Es normal que quieras cuidar de tu pequeño.

«Pero te echaré de menos».

Unas lágrimas amenazaban con asomar y las contuvo. Se sentía mal por haber sido tan egoísta como para dejar a su amiga embarazada a cargo de su empresa.

—Pero esperaré a que encuentres a alguien con quien trabajar. No hay ninguna prisa.

—No seas tonta, estaré bien. Tú concéntrate en ti y en el bebé. Pero que sepas que te echaré de menos.

Las últimas palabras a punto estuvieron de hacer que su voz se quebrara.

No engañaba a nadie, y menos aún a su amiga.

—Lo siento, Libby, es solo que no quiero sentir la obligación de tener que volver a trabajar.

—Lo entiendo.

¿De veras lo entendía? En los últimos años se había volcado en el trabajo para superar la muerte de Callum y sus propias miserias, olvidándose de otros aspectos de la vida como el sexo, las relaciones e incluso las amistades. No había querido arriesgarse a sentir nada parecido a lo que había tenido con su prometido. Pero ¿era feliz?

Se llevó la mano al estómago, conteniendo las emociones que la empujaban a salir corriendo al aeropuerto de Heathrow. ¿Qué haría sin Sonya? Echaría de menos su ácido sentido del humor y la pasión que compartían por los zapatos. Formaban un equipo, el mejor equipo. Pero su amiga estaba dispuesta a pasar página mientras que Libby se había salido de la ruta establecida.

—Libby, ¿estás bien?

—Sí, tan solo un poco sorprendida —contestó, cubriéndose los ojos con la mano—. Supongo que te echo de menos.

—Yo también te echo de menos. Mira, te ayudaré a encontrar otro socio —dijo Sonya—. He preparado un anuncio. Te lo mandaré por correo electrónico a ver qué te parece.

—No pienses en nada de eso ahora. Tú preocúpate de descansar.

Libby suspiró. Aquello era el final de una etapa, el final de lo único bueno que Libby había conseguido en su vida.

Pero no tenía que ponérselo más difícil a Sonya, así que trató de darle una nota de alegría a su voz.

—He encontrado una ropa preciosa para el bebé. Ya verás.

Necesitaba poner fin a la llamada antes de que se viniera abajo y le suplicara entre lágrimas a su amiga que se quedara.

—Mándame una foto —dijo Sonya, sonando algo más animada—. Bueno, ¿qué es lo que ese atractivo inglés tiene planeado para ti para los días que te quedan?

Libby contestó sin pararse a pensar.

—Quiere llevarme a Francia.

El grito ahogado de Sonya devolvió a Libby al presente.

—*Ooh la la*. Eso no es justo. Estoy hecha una ballena, sufriendo esta terrible humedad, y tú te vas de paseo a París.

—No es eso.

Cerró los ojos y respiró hondo. No podía seguir ocultando sus sentimientos a su amiga.

—Me ha invitado a una boda —continuó—, pero creo que no voy a ir.

—Vaya, Libby. ¿Le has explicado por qué?

—No.

Era un motivo demasiado personal para contárselo a un socio comercial. Pero, ¿no eran algo más que eso? Su relación se estaba desdibujando. Alex le había pedido que se dejara de juegos.

—Bueno, no tienes que ir. Vuelve a casa. Mira, sé que no te gusta que te lo digan, pero es hora de pensar en ti —dijo Sonya—. Callum querría que fueras feliz.

Libby asintió con la cabeza, aunque sabía que Sonya no podía verla. Pero se entendían sin palabras.

¿Qué era la felicidad y dónde podía encontrarla? Hacía mucho tiempo que se había convencido de que aquello, su trabajo, su gato y sus amigos, eran todo lo que necesitaba. Pero la vida cambiaba y ella lo sabía mejor que nadie. Su amiga iba a pasar página. Seguirían teniéndose la una a la otra, pero no sería lo mismo. Se alegraba mucho por Sonya. Pero ¿cómo iba a seguir siendo la misma cuando todo se estaba derrumbando bajo sus pies?

—Tienes razón, es solo que no sé cómo hacerlo.

—Libby, no le des más vueltas. Vete a Francia y bebe mucho champán —dijo sonriendo con amargura—. Y tómate una copa por mí.

—De acuerdo.

—¿Estarás bien? —preguntó Sonya, con una nota de preocupación en la voz.

Libby trató de dar a su voz un tono de alegría que no sentía.

—Estaré bien. Gracias por escucharme.

—Ya sabes dónde me tienes.

—¿Me prometes que descansarás?

—Te lo prometo. ¿Me prometes a mí que harás lo que te he dicho?

—Claro que sí. Te quiero —dijo, y colgó.

Libby se quedó mirando las luces centelleantes de la ciudad. Se le había quedado el té frío y tan poco apetecible como aquel revoltijo de ideas que llenaban su cabeza.

Libby abrió los ojos al sentir el salpicado del agua fría en los pies, despertándose de su sopor. Alex estaba de pie, al lado de su tumbona, y por su cuerpo bronceado y musculoso corrían gotas de agua. Llevaba un bañador negro que, mojado, se había ceñido a sus muslos y marcaba el bulto de su entrepierna.

Libby se chupó los labios. Era un Adonis. En mitad de la terraza de aquel castillo de cuento de hadas del siglo xviii, con sus torretas y todo, parecían estar en el rodaje de una película o en una de las revistas que Vinnie leía.

Ella sonrió. Su extravagante asistente alucinaría si la viera en aquel momento.

—Métete. El agua está muy buena.

Libby se estremeció y trató de volver a la realidad. Todo lo que había pasado aquel día parecía sacado de un mundo surrealista. Habían viajado en un avión privado desde Londres hasta el sur de Francia, en donde un coche privado los había recogido para llevarlos hasta un impresionante *château*. Después, habían disfrutado de un delicioso almuerzo en la terraza durante el cual había conocido a Isabel y Henri, los novios, y en aquel momento Alex, mojado y prácticamente desnudo, estaba tentándola para que se bañara con él en la piscina.

Lo tomó de la mano y dejó que la ayudara a levantarse de la tumbona. Se unieron en un abrazo, su cuerpo mojado contra el suyo, y se le puso la piel de gallina al fundirse sus bocas en un beso apasionado.

El *château*, propiedad del abuelo materno de Jack e Isabel, tenía catorce dormitorios de los cuales la mitad estaban ocupados por los asistentes a la boda. Alex y Libby habían sido ubicados en la lujosa ala de invitados. Libby consideró la idea de llevárselo a la cama, pero quizá un chapuzón en la piscina le vendría mejor para regular la temperatura de su cuerpo y su libido.

Libby rompió el beso, se acercó al borde de la piscina y se tiró de cabeza con mucho estilo. Cuando salió a la superficie, Alex la estaba observando y enseguida se tiró al agua y apareció a su lado. Sus brazos la envolvieron por la cintura.

—Ya te dije que el agua estaba muy buena.

Luego la llevó hasta un lado de la piscina, la acorraló contra los azulejos y la besó, dejándola sin respiración y sumergiéndola una vez más en una fantasía tentadora.

«No, otra vez no».

No quería poner en riesgo sus sentimientos. Aquel sufrimiento no merecía la pena. Por suerte, Alex vivía en otro continente. Una vez que regresara a Nueva York y volviera a su vida segura y predecible, aquellas emociones desaparecerían tan rápido como su bronceado. Aunque sin Sonya a su lado, su vida sería más aburrida.

Trató de pensar en otra cosa, pero con los labios de Alex en su cuello y sintiendo su erección contra el muslo, era incapaz de mantenerse firme en su determinación.

—Cuéntame algo de ti —dijo él.

Sus dedos acariciaron la línea de su cintura. Quizá debería haberse puesto bañador en vez de bikini.

Libby sostuvo su mirada, estudiando las manchas de color ámbar del iris de sus ojos. Cansada de sus propios juegos y del torbellino de sentimientos, dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Me crié en Nueva Jersey, éramos solo mi madre y yo.

Él alzó la barbilla, animándola a continuar.

—Todo esto —dijo mirando todo aquel lujo que tenían alrededor— es extraño para mí.

Alex borró la sonrisa de su rostro y la besó. Ella se apartó del delicioso roce de sus labios.

—No necesito tu compasión. No me ha ido mal.

La mirada de Alex se endureció.

—No me compadezco de ti —replicó y le dio otro beso más intenso que el anterior—. Te admiro.

Libby sintió que el calor se le extendía por las extremidades. No necesitaba sus elogios, aunque no podía negar que le agradaban. Volvieron a darse un beso sin saber muy bien quién había tomado la iniciativa. Pero no importaba,

el efecto era el mismo. Se sintió aturdida, perdió las fuerzas y lo rodeó con las piernas por las caderas para atraerlo hacia donde quería tenerlo.

No le importaba que alguien los viera. Era agradable sentir la calidez del sol en la espalda, teniendo ante ella a Alex para explorar.

Él se apartó y la miró con ojos entornados.

—Quiero volver a verte después de esta semana.

La acorraló contra el borde de la piscina, como si supiera que con su comentario trataría de apartarse de él.

Libby descruzó los tobillos y dejó caer las piernas.

—Yo...

Un pensamiento se formó en su cabeza, con la nitidez de las azules aguas del Mediterráneo. Alex a su lado, más días como aquel, más aventuras, una vida en común... Se quedó sin respiración y trató de apartar aquellas ideas.

Trató de apartarlo empujándolo por los hombros, pero no tuvo suerte.

—Vivo en Nueva York.

Alex no cedió ni un centímetro. Su cuerpo era una potente barrera que le impedía moverse.

—¿Y? Mi madre es francesa y mi padre inglés.

Hablaba arrastrando las palabras, como si su argumento no tuviera peso y los beneficios fueran obvios.

Volvió a acariciarla en el cuello con sus labios tentadores.

—Se te olvida que tengo un avión. Nueva York no está tan lejos.

Por unos segundos, dejó caer la cabeza hacia atrás mientras él la besaba detrás de la oreja. Ignoró el torrente cálido que se apoderó de sus zonas erógenas y se concentró en el cosquilleo de debajo de su piel.

—Alex, esto es algo temporal. Se trata solo de sexo, ¿recuerdas?

Libby se encogió. Al pronunciar aquellas palabras, sintió que las cuerdas vocales le ardían.

El movimiento serpenteante de los labios de Alex cesó y deseó haber mantenido cerrada la boca. Aquella ardiente sensación estaba dando paso a una desagradable inquietud.

Se apartó para mirarla y sus cuerpos se separaron apenas un par de centímetros.

—¿Y si quiero más?

Su mirada se endureció y alzó la barbilla. Aquel era el formidable empresario que todo el mundo conocía, el hombre decidido acostumbrado a

que las cosas salieran como él quería.

Libby sacudió la cabeza. No podía darle más. No siempre era posible obtener lo que uno quería, por mucho que se esforzara en conseguirlo.

Alex apretó la mandíbula.

—¿Qué quieres, Olivia? —preguntó con mirada ardiente.

Por primera vez no tenía respuesta a aquella pregunta que se había convertido en un mantra, un prelude para su juego. Era fácil desearlo sexualmente y divertido descubrir algunos detalles de su vida. Pero más que eso...

No se consideraba capaz de más y mucho menos con un hombre como Alex. Era lo suficientemente rico como para buscarse entretenimientos peligrosos, tan imprudente e impulsivo que nunca aceptaba que algo pudiera estar fuera de su alcance. Era un adicto a la adrenalina que se aferraba a la vida con ambas manos.

No era exactamente como Callum, pero lo suficientemente parecido como para intensificar los escalofríos que le había provocado aquella conversación y la creciente distancia física entre ellos.

¿Había llegado el momento de contárselo? Siempre había sido sincera con él.

—Quería hacer un buen trabajo para ti. Espero haberlo conseguido.

—Claro que sí.

Le estaba dando calabazas y Alex se estaba dando cuenta. Era evidente, por la forma en que el músculo de su mentón se había tensado.

Libby se cubrió los labios con los dedos. No quería dejarlo con dudas.

—Necesito volver a casa para ocuparme de mi empresa. Sonya quiere dejar el negocio para dedicarse a cuidar de su bebé. Necesito encontrar a alguien que la sustituya y ver si tengo posibilidad de comprarle su parte o si tendré que buscar un nuevo socio.

De nuevo se estremeció y sintió un dolor debajo de las costillas.

Dejó de sentirlo junto a su muslo y sus cuerpos quedaron completamente separados. Apretó los puños, desesperada por atraerlo hacia ella. Pero no podía hacerlo, no podía permitir que creyera que lo suyo tenía futuro más allá de aquella semana, por tentadora que fuera la idea.

—Es en lo único que puedo pensar ahora mismo. Lo siento —dijo Libby y le dio un casto beso en los labios, conteniendo la emoción—. Ha sido divertido, una aventura que no esperaba. Gracias.

Alex la miró entornando los ojos.

—A ver si lo he entendido. ¿Estás poniendo fin a esto? ¿No quieres volver a verme después de esta semana?

«Sí, no. No puedo».

El teléfono de Alex vibró en la terraza, ahorrándole contestar. Retrocedió, sintiendo que se encogía por dentro. Él la miró fijamente mientras se apartaba, dejándole una enorme sensación de vacío. Pero entonces la sorprendió volviendo, y la tomó de la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Tengo que contestar esa llamada —dijo dándole un beso en la frente—. Pero esta conversación no ha terminado.

Atravesó a nado el ancho de la piscina, salió de un salto y en dos zancadas llegó hasta la mesa en donde habían dejado sus teléfonos.

Por la manera en que la había mirado, Libby sabía que hablaba en serio. Era evidente que no iba a darse por vencido sin luchar. Era un despiadado hombre de negocios acostumbrado a salirse con la suya, algo que admiraba y que formaba parte de su atractivo.

Libby aprovechó para hacer unos largos a braza y calmar así la angustia que se había instalado en su interior. Quizá aquella actividad hiciera desaparecer esa sensación. Porque si su decisión era correcta, ¿por qué se sentía más inquieta con cada brazada?

¿Por qué no se había quedado callada por una vez? Podía haber pasado por alto su proposición, habérsela tomado a broma y haberla esquivado. El juego sexual había sido divertido, una forma de controlar aquella química infernal, pero su intención no había sido tomarle el pelo.

Se hundió hasta el fondo en la zona menos profunda, confiando en que la calidez del sol calmara su mente agitada.

¿Por qué estaban siquiera planteándose aquello? No debería importar lo que Alex quisiera. Si se había saltado las reglas y había empezado a sentir algo por ella, era problema suyo. Ella había sido sincera con él desde el principio.

Pero ¿sincera consigo mismo? No.

Aquello era una locura. En unos pocos días era imposible que la considerara algo más que una aventura pasajera. Era evidente que el comentario de Sonya había alterado su equilibrio. O tal vez el sol, el sexo desenfrenado y el estilo de vida glamuroso de Alex eran lo que le había metido en la cabeza todas aquellas fantasías. Cuando volviera a Nueva York y se enfrentara a problemas reales, recuperaría el equilibrio, vería las cosas con

perspectiva y podría controlar sus emociones.

Cuando emergió a la superficie, clavó la vista en el objeto de la discordia y dejó escapar un suspiro. El cosquilleo de su piel se intensificó. Alex colgó y caminó hacia ella con aquella arrogante confianza en sí misma. Si había conseguido herirle en su ego, lo disimulaba muy bien.

La tomó de las manos y tiró de ella para sacarla de la piscina.

—Ha llegado mi madre, ¿quieres que vayamos a saludarla?

«No».

Quería salir corriendo, fingir que nunca lo había conocido y olvidarse de cómo le hacía sentirse.

—Claro.

Tomó una toalla de la tumbona y se la colocó alrededor del cuerpo como si fuera un pareo. Había tenido la suerte de que los interrumpieran, pero no había conseguido recuperar la calma.

—Estupendo.

Tomó su toalla, se la echó al cuello y recogió el teléfono y las gafas de la mesa. Con la mano entrelazada a la suya, se encaminaron al ala de invitados.

—Por cierto, Olivia —dijo tomándola de la cintura con su brazo de acero—, ya seguiremos hablando. No creas que esta conversación ha terminado.

Se apoderó de su boca, devorándola con ansia y obligándola a rendirse a él. Luego se apartó, dejándola con ganas de más.

—Y no estoy dispuesto a ceder en esta negociación. Te deseo.

## Capítulo 10

—Olivia, te presento a Marie, mi madre.

Alex deslizó su mano por la espalda de Libby, sintiéndose tan incapaz de tocarla como de apartar la mirada de aquella seda roja que envolvía su cuerpo.

Se había dejado el pelo suelto, que tanto le gustaba. Él mismo se lo había confesado. Aquella melena despertaba algo en él.

Qué demonios, todo en ella despertaba algo en él.

—Mamá, Olivia es de Nueva York. Es la primera vez que viene a Francia.

Olivia, con un apretón de manos, saludó a su madre, quien, como francesa, la saludó dándole dos besos en las mejillas a la manera europea. Luego, las mujeres charlaron sobre la historia del castillo mientras él se dedicaba a su pasatiempo favorito: observar a Olivia.

Le estaba ocultando algo, lo sabía. Cuando le había dicho que quería volver a verla, sus pupilas se habían dilatado como cuando se hundía en ella.

Libby se aferró su mano y a cada poco deslizaba los dedos entre los suyos para entrelazarlos y apretar. Cuando lo miró, se echó el pelo hacia un hombro e inclinó la cabeza, dejando al descubierto la piel blanca de su nuca. Si pretendía ocultar la reacción que le provocaba, estaba siendo tan inútil como afirmar que simplemente estaban follando.

Su capacidad para leer los pensamientos de otras personas era una parte importante de su éxito. Y no tenía ninguna dificultad para leer los de Olivia. Ella también quería más. Solo tenía que convencerla para que lo admitiera.

Le acarició los omoplatos desnudos, provocándole un escalofrío que le puso la carne de gallina. Su actitud evasiva debería enfadarlo, pero su instinto le decía que con su rechazo le estaba ocultando algo.

Una parte de él no podía culparla por pisar el freno. Hacía solo unos días

que se conocían y las relaciones a larga distancia eran complicadas. Algo visceral se había sacudido en su interior. La idea de no volver a verla después de ese fin de semana lo inquietaba y cerró los puños con fuerza. Deseaba tenerlo todo de ella: sus miedos y sus inseguridades, su mente despierta y su lengua afilada, sus deseos más profundos y sus miedos más ocultos...

Sus hombros se tensaron y sintió la impotencia como un bloque de hielo en el pecho. Le había consentido demasiado sin oponer ninguna resistencia. ¿Sería capaz de sonsacarle lo que ocultaba para hacerle ver lo que realmente sentía?

De una cosa estaba seguro, de algo que le había dicho en la piscina: no estaba dispuesto a dejar que se fuera sin pelear.

Volvió a prestar atención a la conversación de las mujeres.

— ... y si siguiera con vida, le habría encantado asistir a esta boda.

Marie se llevó la mano a la garganta y sus ojos se volvieron vidriosos.

Confiaba en que fuera agua lo que Marie tenía en el vaso. Lo último que necesitaba esa noche era una escena.

—Mamá, está bien.

Acarició el brazo de su madre, en un intento por ahuyentar los demonios que la boda de su prima hubiera despertado. Por suerte, ya le había hablado a Libby de Jenny.

—¿Verdad, cariño? —preguntó su madre volviéndose hacia él—. Nunca quieres hablar de ella. Era tu hermana.

Había supuesto que aquel fin de semana podía reavivar el dolor de Marie. Isabel y Jenny se parecían mucho. Buscó con la mirada a Clive. Iba a necesitar ayuda si quería que no montara una escena durante aquella cena familiar.

—Lo sé.

¿Por qué siempre tenía que recordarle la pérdida de su hermana? Como si no le invadiera la pena cada vez que pensaba en ella. Apretó la mandíbula y dirigió una mirada de disculpa a Libby, que lo miraba con los ojos entornados.

Marie pareció recuperar la compostura y Alex se relajó.

—Discúlpame, querida. Voy a buscar a mi marido. Ha sido un placer conocerte.

Le dio una palmada en el brazo a modo de despedida, dirigió una mirada lastimera a su hijo y se dio media vuelta haciendo una elegante retirada.

Vaya, había entristecido a su madre. Ya hablaría con ella más tarde. Tenía una propuesta que hacerle. Iba a encargarle una tarea en Able-Active para que,

con un poco de suerte, se centrara.

—¿Era realmente necesario? —le preguntó Libby.

—Mis disculpas —respondió, sintiendo un nudo en el estómago—. Incluso en las familias acomodadas cuecen habas.

Podía haber sido más discreto, pero su familia parecía decidida a airear sus trapos sucios.

Libby lo tomó del brazo y lo miró con dulzura.

—Solo pretende mantener vivo el recuerdo de Jenny —dijo acercándose un poco y bajando la voz—. De alguna manera, te pareces mucho a ella.

¿De veras se parecían? Había heredado su mismo color de pelo y ojos, pero ahí acababa todo parecido. Y sí, en sus momentos a solas había analizado en qué había fallado como hermano, pero hacía tiempo que había superado su dolor, canalizándolo en algo positivo.

—Tal vez.

No podía olvidar que estaba intentando convencerla para mantener una relación a larga distancia, no tratando de alejarla.

—Me disculparé. Quiero animarla a trabajar en Able-Active. Quizá haciendo algo gratificante se sentirá mejor.

—Sí, y así tendréis algo en común, algo en lo que trabajar codo con codo.

Él se encogió de hombros. Una sensación de calor invadió su pecho. Le preocupaban él, Able-Active y su madre, por mucho que tratara de disimular. ¿Por qué si no iba a interesarle su relación con Marie?

Libby se acercó más, envolviéndolo con el olor de su piel.

—Está bien, Alex —dijo bajando la voz—. Los dos echáis de menos a Jenny. Pero no fue culpa tuya.

—Creí que lo nuestro era solo sexo. ¿Cómo sabes lo que siento?

Había conseguido el efecto deseado con su comentario. Pero Libby enseguida recuperó la compostura y lo atravesó con su mirada oscura.

—Sé que crees que le fallaste, pero no olvides que eras un niño, Alex. Tú no eras responsable del matrimonio de tus padres y tampoco de tu hermana. Estoy segura de que fuiste un gran hermano para ella.

Su boca se llenó de un gusto amargo al recordar cómo, siendo adolescente, había ignorado a su familia, cómo siempre prefería irse con sus amigos a estar con ella.

—¿Cómo lo sabes?

Él no estaba tan seguro.

—Porque eres un hombre increíble. Honesto, cariñoso, divertido... — contestó Libby y sus ojos brillaron—. Eso viene de algún sitio —añadió y apoyó la mano en su pecho, sintiendo su calor a través de la camisa—. De aquí. No habría a florado si antes no hubiera estado aquí. Tu madre está sufriendo y tú también, ¿no te das cuenta? Ambos estáis convencidos de que le habéis fallado al otro. Recuerda con cariño el tiempo que pasaste con Jenny, uníos para recordarla.

—Tal vez tengas razón.

Alex apretó los labios. Libby había insistido en que entre ellos solo había sexo y le había dicho que no quería volver a verlo. Pero, de repente, le estaba dando consejos para superar su dolor.

—¿De qué te escondes, Olivia?

Él también tenía ojos.

Libby apartó las manos de él. Había dolor en sus ojos. Bajó la vista a sus pies y sacudió ligeramente la cabeza.

—Lo siento. Me estoy pasando de la raya.

No. Tenía razón respecto a él. Había dedicado tiempo y dinero a Able-Active para conseguir que las cosas cambiaran, para hacer algo de lo que sentirse orgulloso. No quería que hubiera distancias entre ellos.

La tomó de la cadera y la atrajo hacia él.

—Veo que me has estado estudiando —susurró, rozándole la oreja con los labios—. Pero yo también te he estado observando.

Libby no se movió y lo miró fijamente, comiéndoselo con la mirada.

Al poco, asintió.

—Sé lo que es perder a alguien y sentirse culpable.

Sus enormes ojos brillaban bajo las luces de la terraza.

Alex aflojó la fuerza de sus manos para evitar hacerle daño.

—¿Quieres contármelo?

Ella se encogió de hombros y él maldijo para sus adentros, escudriñando la terraza, que se había quedado desierta. Todos los demás habían vuelto dentro para cenar.

Sintió un vuelco en el estómago vacío. Había perdido el apetito.

—¿Tienes hambre?

Libby negó con la cabeza y se cruzó de brazos. Tenía la piel de gallina. Alex tomó su chaqueta del respaldo de la silla y se la colocó alrededor de los hombros.

—Yo tampoco —dijo tomándola por los codos para acercarla a él—. Sigamos esta conversación dentro.

¿Había encontrado el resquicio que buscaba? ¿Se abriría a él y le contaría aquello que ocultaba o se replegaría y lo apartaría de su lado?

Ella asintió y lo tomó de la mano. Alex entrelazó los dedos con los suyos, consciente de que estaba apretando demasiado, pero incapaz de evitarlo. Rodearon la casa atajando por la rosaleta y entraron al ala de invitados por las puertas correderas que daban directamente al salón.

El silencio era aplastante. Libby soltó su mano y se dirigió al sofá. Alex sirvió brandy en dos copas y se tomó la suya de un trago antes de volver junto a ella. El calor del alcohol en el estómago le tranquilizó.

Ella aceptó sin más la copa. Estaba pálida.

Después de unos segundos mirándose a través de un abismo, él se inclinó y la besó, saboreando el licor de sus labios. No podía evitar besarla.

—No tienes que contármelo.

Podía adivinarlo. El dolor se había instalado en su corazón y era incapaz de liberarlo. Se apartó unos centímetros y enredó un mechón de pelo entre sus dedos.

—Pero estoy deseando saberlo todo de ti, lo que te gusta, lo que te saca de quicio, lo que te provoca esa sonrisa tan adorable.

Libby sonrió y al cabo de unos segundos se puso seria.

—Tuve un novio. Se llamaba Callum.

Sus ojos brillaron y sonrió con tristeza.

—Se parecía mucho a ti: decidido, aventurero, divertido...

Alex sintió que se quedaba sin aire.

Libby ensanchó su sonrisa, como si estuviera recordando.

—Compartimos unos años maravillosos.

Sintió que algo en su interior se retorció. Seguía enamorada de otro, de un tipo llamado Callum.

Libby inspiró y Alex se preparó para lo peor.

—Una semana antes de nuestra boca...

Dio un trago al brandy e hizo una mueca antes de dejar la copa en la mesa. Después, se quitó la chaqueta. Sus ojos se clavaron en los de él, como si quisiera seguir hablando sin la emoción que delataba su mirada.

—Murió en un accidente de moto —concluyó precipitadamente.

La mente de Alex trató de encontrar las palabras entre el torbellino de

emociones que se había desencadenado en su interior. Dejó la copa de brandy en la mesa. El alcohol no ayudaría.

—¿El que tuviste?

Ella asintió, con la mirada fija en sus manos.

—Yo apenas tuve unos rasguños. Él murió en el acto. Acabó debajo de las ruedas de un camión.

La agarró con fuerza. Necesitaba sentirla en sus brazos y ofrecerle consuelo.

—Lo siento, Olivia.

Permaneció inmóvil tanto tiempo que se preguntó si estaría llorando, pero su camisa estaba seca y, cuando habló, su voz sonó suave pero firme.

—Entiendo cómo te sientes por Jenny. Es la sensación de culpa del superviviente. No pasa un día sin que sienta sus efectos, y eso que han pasado tres años —dijo y levantó la cabeza, encontrándose con su mirada—. Pero fue un accidente del que no fui responsable. Podía haber sido yo la que hubiera muerto.

Alex se quedó sin palabras. ¿Cómo le había entendido tan bien cuando él no había sido capaz de unir todas las piezas? ¿Cómo iba a dejarla marchar cuando por primera vez se sentía conectado con alguien?

La besó suavemente en los labios.

—Dime qué es lo que quieres, volver a Londres o que te lleve a Nueva York en mi avión. Haré lo que sea, solo tienes que pedírmelo.

Apretó los labios contra los suyos, sorprendiéndolo con la pasión que latía bajo la superficie. Hundió los dedos en su pelo y le hizo inclinar la cabeza hasta que se rindió a su asalto y le dio la bienvenida a su lengua en la boca.

—No me pidas nada —dijo ella apartándose.

Alex sintió el soplo de su aliento sobre él. Las manchas ámbar de sus ojos enmascaraban su vulnerabilidad.

Ahí estaba su límite, su última petición.

No quería negarle nada.

Pero no tuvo tiempo de decir nada. Se sentó a horcajadas sobre él, hundió los dedos en su pelo y le obligó a echar la cabeza hacia atrás, inclinándose para besarle desesperadamente.

Estaba harto de juegos. Ya se lo había dicho en Londres. Ahora que había descubierto su parte más reservada, no permitiría que se replegara. Esta vez estaba decidido a mantener tanto control como el que cedía, a mostrarle lo que

no podía pedirle por miedo a perderla.

Se retorció sobre su regazo, apretando su entrepierna cálida y húmeda contra su erección. Sus gemidos dispararon la desesperación que sentía, el deseo de poseerla, de convencerla de que lo que había entre ellos era algo más que una aventura de unos días.

Pero no quería precipitarse. La pasión que compartían podía quemarlos, pero si sabían cómo controlarla podía ser muy placentera. Y eso era lo que quería mostrarle.

Libby le sacó la camisa con dedos trémulos. Él la tomó por el trasero y la colocó sobre su erección hasta que la hizo gritar. Le gustaba que fuera tan exigente, que supiera exactamente lo que quería y que no parara hasta conseguirlo. Y se aseguraría de estar a su lado para proporcionárselo.

Metió una mano por debajo de su vestido y le apartó las bragas de encaje. Estaba húmeda y apenas la había tocado. Buscó su clítoris y lo acarició repetidamente hasta que Libby apartó la boca de la suya y dejó caer la cabeza hacia atrás, jadeando de placer.

Deslizó los labios por su cuello y se detuvo junto a aquel punto sensible debajo de su oreja, mientras la penetraba con dos dedos y dibujaba círculos sobre su clítoris con el pulgar.

Estaba a punto de correrse. Sus caderas se movían erráticas y sus ojos, cuando los abría y lo miraba, se veían oscuros por la sombra de sus largas pestañas. Lo que no le decía con palabras, se lo revelaba su cuerpo con aquel desenfreno que no podía contener, con la profundidad de su mirada y con la manera en que sus dedos se aferraban a los suyos.

Sacó pecho. Se sentía el rey del mundo.

Era él el que le provocaba aquello. ¡Él!

Los músculos internos de Alex se contrajeron alrededor de sus dedos. Con la otra mano le recogió el pelo de la espalda y se lo enredó por la muñeca para sujetarle la cabeza.

Era suya. Una sensación de posesión lo invadió y se extendió por su torrente sanguíneo.

Libby brillaba. Era una mujer al borde de un placer sexual intenso. Alex sentía tensión en la entrepierna, pero estaba decidido a prolongar aquella noche, a hacerla disfrutar tanto que cuando se fuera no le quedara ninguna duda de la intensidad de sus sentimientos. De esa manera, no podría negar los suyos.

Podía salir huyendo, pero se aseguraría de que no se escondiera.

Sus labios se abrieron para soltar un gemido. Sus ojos se abrieron de par en par, clavándose a los suyos, y sus caderas dejaron de moverse.

Alex la miró fijamente para no perderse ni un segundo de su orgasmo, y la tomó con fuerza por la nuca.

—Olivia.

Tomó su boca con la suya y capturó sus gemidos con sus besos.

Su placer era el suyo, al igual que el dolor de hacía unos minutos. Por alguna razón, en tan pocos días, había llegado a significar más que cualquier otra mujer con la que había estado.

Se quedó quieta entre sus brazos mientras disfrutaba de los últimos espasmos. Luego le pasó un brazo por debajo de las piernas y el otro por el cuello, y la llevó hasta el dormitorio que habían compartido.

Solo tenía ojos para ella. Le daba igual su negocio, su asociación benéfica e incluso su familia, que en aquel momento estaba disfrutando de una comida en algún rincón de aquel castillo. Lo único que importaba eran Olivia y su deseo por mostrarle lo que significaba para él.

## Capítulo 11

Cuando Alex la dejó cuidadosamente sobre la cama, sintió las sábanas frías en la espalda. Buscó su mirada, tratando de negar lo que allí veía. Después de su sincera declaración en la piscina, de conocer a su madre y ver en sus ojos el mismo dolor que compartían, todas las piezas encajaban. ¿Y qué pasaba con sus propios demonios? Alex se estaba dando cuenta de cómo era realmente y eso la incomodaba.

Había intentado mantenerse impasible y distanciarse, pero al final había sido incapaz de no abrirse a él. Conocía muy bien lo que era sentirse culpable y sabía de primera mano el daño que podía causar. No quería eso para Alex, no podría soportar ver cómo destruía lo que quedaba de la relación con su madre. Se entregaba demasiado a la gente, a sus obras benéficas, a ella...

Después de lo que habían hablado sobre Jenny y Callum había temido haberle alejado un poco más de su lado. Pero allí estaba, de pie ante ella, quitándole lentamente la ropa para luego hacer lo mismo con la suya.

Tenía muchas cosas que decir, pero no tenía sentido. Iba a marcharse y no quería darle falsas esperanzas. No quería hacerle daño aunque el silencio la estuviera destrozando.

Tiró de ella hasta hacerla ponerse de pie sobre sus piernas temblorosas. Aquel orgasmo tan intenso le había robado las funciones más básicas de su cuerpo, como respirar y bombear sangre. La acarició. Fue acariciándola con sus ojos y sus grandes manos hasta que de nuevo la adrenalina la hizo temblar. Había una gran ternura en la forma en que la miraba y la acariciaba.

Libby cerró los ojos. No quería presenciar aquellos sentimientos en estado puro que derrochaba hacia ella y que estaba deseando aceptar y corresponder.

Estaba socavando su determinación. Apenas podía respirar. La envolvió entre sus brazos y le obligó a echar la cabeza hacia atrás para recorrer a besos

su cuello y su escote.

—Date la vuelta —le susurró suavemente, provocándole un escalofrío.

Ella obedeció con movimientos lentos. Seguía teniéndola sujeta por el pelo y, aunque no tiraba ni le hacía daño, había suficiente tensión como para que cada cabello transmitiera una agradable sensación a sus terminaciones nerviosas.

La besó en el hombro y con su mano libre la empujó por la cadera hasta el borde de la cama. Libby sintió que la cabeza le daba vueltas y mantuvo los ojos cerrados. Ya tenía bastante con oír el tono autoritario de su voz profunda y con sentir la devoción de sus caricias.

Sintió su miembro cálido y erecto entre las nalgas y un cosquilleo se extendió por su espalda.

—Joder, eres preciosa.

El roce de sus labios en el cuello hizo que las rodillas se le doblaran.

Alex le acarició el muslo y la animó a colocarse a cuatro patas sobre la cama.

La emoción de la excitación revoloteó en su vientre. Volvió la cabeza y su mirada lasciva se encontró con la suya. Pero Alex enseguida apartó los ojos, para deleitarse con la vista de su espalda y caderas.

—Tienes un pelo precioso —dijo y volvió a retorcer su melena alrededor de la muñeca—. He estado deseando hacer esto desde el momento en que te conocí.

Giró la muñeca, soltando y recogiendo el pelo una y otra vez, mientras con la otra mano trazaba una senda ardiente entre su pecho y su cadera, volviendo por su espalda arqueada.

La humedad empezaba a acumularse entre sus piernas. Un deseo incontenible la invadía. ¿La penetraría con fuerza? Sentía mojado el final de la espalda, allí donde descansaba su miembro erecto. Viéndola en aquella posición, a cuatro patas, con el pelo enredado en su mano y dispuesta para él, se le hacía difícil respirar.

Ella cerró los ojos y se lo imaginó penetrándola, desde atrás, agarrándola por el pelo, mientras gemía incapaz de contener el placer. Deseaba desesperadamente que la poseyera y que dejara de ser un caballero y se dejara llevar por aquella salvaje sensación.

—¿Tienes idea de lo que provocas en mí, Libby?

La trayectoria de su mano se detuvo sobre su hombro y acercó su imponente

erección a su sexo húmedo. Pero no era suficiente. Quería sentirlo dentro y que la llenara, que la llevara al límite gritando su nombre.

—Alex...

—Nunca he deseado algo tanto como esto —dijo, su voz apenas un susurró. Luego se retiró de sus caderas y Libby gruñó al perder el contacto.

—Pero no puedo tenerte.

Metió los dedos entre sus nalgas y fue deslizándolos lentamente hacia abajo, dándole un tirón de pelo. Encontró su entrada y la exploró con los dedos.

—El problema es...

Su dedo húmedo volvió a subir entre sus nalgas y la acarició con la punta firme de su pene, proporcionándole un placer insoportable.

— ... que lo quiero todo de ti.

Hundió dos dedos en ella y empujó las paredes de su vagina.

—Quiero algo más que follar contigo.

Tiró de su pelo, obligándola a echar la cabeza hacia atrás.

—Y que dure algo más que unos días.

Ella se retorció y abrió los ojos, girándose para mirarlo. Sus ojos ardían con una intensidad que estaba deseando experimentar.

—Quiero tenerte toda para mí.

Clavó la vista en ella. El ansia que se adivinaba en sus facciones, en el brillo ardiente de sus ojos, la dejó sin respiración. No era el momento de pararse a analizar sus sentimientos.

Alex le soltó el pelo, la hizo tumbarse de espaldas y se colocó sobre ella.

Empezó a besarla en la boca y poco a poco fue extendiendo sus besos por su cuello y sus hombros. Sus manos se aferraron a él y le clavó las uñas, dejándole marcas. Se sentía indefensa. Por primera vez en años, estaba dispuesta a dejarse llevar por las sensaciones en lugar de reprimirlas. Quería estar a su merced y que la hiciera suya.

Su boca se deleitó lamiéndole y succionándole los pechos hasta que Libby entrelazó las piernas con las suyas en un intento por atraerlo más.

Cuando sus labios se deslizaron por su vientre y le separó los muslos, sintió que se moría de puro placer. Le tomó el rostro entre las manos mientras le lamía el sexo y jadeó a la vez que unas intensas pulsaciones le contraían el clítoris.

Alex se separó bruscamente de su entrepierna y se arrodilló entre sus muslos, recorriéndola con la mirada de la cabeza a los pies.

—Quiero todo de ti. Quiero que seas mía.

Buscó el preservativo, lo abrió y se lo puso con gran habilidad, provocándola con la mirada.

Luego la penetró, sus manos entrelazadas como si no quisieran soltarse jamás, y la devoró con la mirada. Su cuerpo rígido sobre el de ella era el de un hombre al límite.

Una vez más, hundió la cabeza entre sus pechos y le provocó gritos y gemidos con las caricias de su boca, mientras la empujaba con sus caderas. En dos o tres embestidas, Libby se corrió, aferrándose a él mientras los espasmos la sacudían una y otra vez.

—Sí... —murmuró, y le apretó el pezón con los labios, antes de mordisqueárselo—. Olivia, dame más, dámelo todo.

Alex continuó succionando hasta que Libby sintió de nuevo la dentellada de la excitación. Luego le colocó las manos por encima de la cabeza y se incorporó de rodillas para hundirse aún más en ella y fue aumentando el ritmo de sus sacudidas, embistiendo su sexo con fuerza. Tenía la frente perlada de gotas de sudor.

Se mordió el labio inferior, disfrutando de su propio placer. Libby quería proporcionarle alivio, al igual que él se lo había proporcionado a ella. Quería darle lo que sabía que quería, alguna promesa, algún compromiso, alguna forma de reconocimiento de que lo que había entre ellos era tan excepcional para ella como parecía serlo para él.

Libby se liberó las manos de las suyas y lo tomó del rostro. Él giró la cabeza y le dio un beso en la palma, antes de volver a mirarla a los ojos. Después, apretó el mentón y el movimiento de sus caderas se volvió más frenético.

—Córrete conmigo, Libby.

—Alex... yo...

Su rostro se contrajo al correrse y soltó un rugido mientras se vertía en ella, provocándole un tercer orgasmo.

Libby hundió los dedos de los pies en la arena. Hacía una mañana perfecta a orillas de Mediterráneo. Era tan temprano que estaban prácticamente solos en la playa. El único sonido era el graznido de alguna gaviota y el constante zumbido de los motores de las motos acuáticas.

Levantó una mano para protegerse los ojos del sol y vio a Alex precediendo a Jack mientras atravesaban la bahía en sus motos dejando una estela en el agua. Sintió que el estómago le daba un vuelco y se le disparó la adrenalina. Esa era la razón por la que había optado por quedarse tomando el sol en vez de surcar la superficie del Mediterráneo con algo parecido a una bicicleta con motor.

Se dio la vuelta en la tumbona, cerró los ojos y se obligó a pensar en algo que no fuera la muerte o en un accidente grave. Solo podía pensar en una cosa: en Alex. Se le secó la boca al recordar cómo se había entregado a él la noche anterior. Pero no se arrepentía. Se habían quedado dormidos entrelazados, todo lo unidos que podían estar dos personas.

Nada cambiaba. Al día siguiente, a esa misma hora, estaría en un avión camino de Nueva York. Pero algo en su interior se había renovado y empujaba por salir a la luz. Había empezado a sentir algo por él en cuestión de días.

¿Qué le esperaba a partir de aquel momento? Tenía que habituarse al cambio que suponía no trabajar con Sonya, estaba confundida por el torbellino de emociones que la invadían y vivía en otro continente. Los obstáculos parecían más grandes que nunca y Alex no le había dicho cuáles eran exactamente sus intenciones, tan solo que quería volver a verla. Quizá se refiriera a verse una vez al año, cuando viajara a Nueva York por negocios.

Y los motivos para su reticencia seguían latentes en su interior. Cuando le había sugerido que montara con él en la moto acuática, le había contestado que prefería quedarse tomando el sol para no confesarle la verdad.

Ya había pasado por aquello y con una vez había tenido suficiente. De haber sido ella la que conducía la moto aquel día, ¿habrían sido otras las consecuencias? ¿Estaría casada con Callum en aquel momento y a punto de celebrar su tercer aniversario? Tal vez incluso podría estar esperando su primer hijo.

Aquellas ensoñaciones le pusieron la piel de gallina. Se frotó los brazos en un intento por apartar aquellos pensamientos de la cabeza. Si tuviera todo aquello, no estaría allí con Alex. No sabría cómo le brillaban los ojos cada vez que se burlaba de él, ni que bailaba cuando estaba feliz, sin importarle que alguien lo viera, ni que por las mañanas, nada más despertarse, iba en calzoncillos a la cocina para prepararle una buena taza de té inglés.

El rugido de un motor la sacó de sus pensamientos. Se incorporó a tiempo de ver a Alex dirigiéndose en su moto acuática hacia una ola a toda velocidad.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Libby sintió que el estómago se le subía a la garganta y se llevó la mano a la boca al ver que la moto golpeaba de frente la ola. La pared de agua lanzó la pequeña embarcación por los aires, boca abajo, y el sonido hueco del motor resonó en su cabeza amenazando con perforarle los tímpanos.

La mente se le quedó en blanco. Su cuerpo se tensó mientras el tiempo se detenía. Alex se quedó suspendido en el aire por lo que le pareció una eternidad. Luego, al caer de nuevo a la superficie del agua, la moto se enderezó y Alex aventajó a Jack, levantando el puño en señal de victoria.

Libby se estremeció. Se le había puesto el vello de punta y todos los músculos de su cuerpo se habían contraído. El estómago le volvió a su sitio y el aire le llegó a los pulmones otra vez. Entonces, lo vio claro.

Lo amaba.

Se había enamorado de un adicto a la adrenalina, un hombre que no solo disfrutaba de las emociones, sino que las llevaba al límite. Y ese límite hacía que le temblaran las manos y que se le enturbiara la vista.

Tenía que actuar, tenía que hacer algo con aquella energía que emanaba de su interior.

Se puso el pareo, tomó su teléfono y la llave de uno de los coches de la finca.

Antes de dar dos pasos, volvió la cabeza al oír otra vez el rugido de los motores. Libby se quedó de piedra, con los pies clavados en la arena caliente, observando la escena que se estaba desarrollando.

Aquel salto le parecía más alto, al igual que la ola contra la que Alex iba a arriesgar su vida. Al verlo desaparecer tras la cresta, Libby empezó a correr.

Sus piernas se movían con independencia de su cabeza y se preparó para escuchar el sonido de la moto al volver al agua. Cuando lo oyó, la ola continuó creciendo hacia la orilla, dificultando la visión. ¿Lo habría conseguido? ¿Estaría inconsciente, sangrando, ahogándose?

La ola se partió y distinguió la carcasa naranja de la moto. Rastreó con los ojos el agua y las rodillas estuvieron a punto de doblársele al verle aparecer levantando un brazo para comunicarles que estaba bien. A los pocos segundos, Jack había llegado hasta su primo y Alex volvía a subirse en su moto.

Para Libby ya había sido suficiente. Le hervía la sangre. Si lo tuviera cerca en aquel momento, no sería responsable de todas las cosas que le diría. Volvió a la playa, sintiéndose furiosa e impotente.

Necesitaba tiempo y distancia para pensar.

Todo había ido muy rápido y sus sentimientos hacia él estaban entrando en una espiral sin control. Después del funeral de Callum se había prometido no volver a sentir nada por nadie. Pero ahí estaba, enamorada de un multimillonario temerario con aficiones peligrosas. No, no podía volver a pasar por lo mismo.

Había amado a Callum y amaba a Alex. Le asustaba admitirlo, pero si no lo hacía volvería a cometer el error de dejarse llevar por sus sentimientos, de sucumbir a aquella peligrosa atracción.

Llegó junto al coche y accionó el botón de apertura. Alex y Jack podían volver al castillo en la camioneta con el remolque, a tiempo para la boda. Pero ella tenía que marcharse.

Si tenía que volver a ver a Alex haciendo aquello otra vez... No.

Encendió el motor. No conocía el camino de vuelta, pero el coche tenía GPS. Además, en aquel momento, con toda la agitación que sentía, perderse unas cuantas horas no parecía una mala idea.

No quería que Alex se preocupara por ella cuando viera que se había marchado, así que accionó el modo manos libres del teléfono y se puso en marcha. Si no la llamaba cuando saliera del agua, le mandaría un mensaje cuando se hubiera calmado.

Condujo por aquella carretera de costa que iba bordeando los acantilados, la distracción perfecta para sus pensamientos. A mitad del camino hacia el castillo le entró una llamada. Pero fue la voz de Vinnie la que la sorprendió.

—Libby, Sonya ha ingresado en el hospital. Pensé que deberías saberlo.

Sorprendida, Libby puso el intermitente, salió de la carretera y apagó el motor.

—¿Qué pasa?

—Todo está bien, pero tenía la tensión alta. Van a provocarle el parto por la mañana.

Se llevó la mano a la frente y su cabeza empezó a dar vueltas a todos los preparativos que tenía que hacer. Estaba preocupada por su amiga y por su bebé que aún no había nacido.

—Cámbiame el vuelo, Vinnie.

—Sonya me ha pedido que te diga que está bien. Es solo una precaución.

Libby decidió emplear un tono que sabía que entendería.

—Consígueme plaza en el próximo vuelo.

—Claro —dijo Vinnie después de una pausa.

Colgó y volvió a la carretera, saltándose varias normas de tráfico.

Sí, seguramente tenía tiempo para esperar a Alex y explicarle por qué se había ido de la playa y por qué se marchaba de Francia antes de lo que tenía planeado. Pero, aunque no se lo pidiera, sabía que Sonya la necesitaba. ¿Serviría para algo dar su opinión acerca del comportamiento temerario de Alex? ¿Acaso quería que cambiara?

Tragó saliva y sintió que la garganta y los ojos le ardían. Había ganado la cobardía, había decidido huir.

## Capítulo 12

Alex se movió inquieto en su asiento mientras esperaba que se conectara la llamada. El crujir del cuero le molestaba tanto como los cúmulos que veía desde la pequeña ventanilla de su avión.

El viaje a Londres se le estaba haciendo eterno. Se sentía al límite. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido?

El día anterior, cuando había vuelto a la playa y no había encontrado a Libby, se le habían pasado por la cabeza todas las posibilidades: raptó, asesinato, ahogamiento... Todas, menos la verdad, como si su mente no hubiera querido creer lo más evidente. Lo había estropeado todo y ella se había ido.

Se pasó los nudillos por las mejillas y la barba incipiente le recordó su marcha precipitada de Francia aquella misma mañana. Se habría ido la noche anterior si no hubiera sido por la boda de su prima. Aun así, apenas había prestado atención a la celebración. No había parado de darle vueltas en su cabeza a cada segundo que había pasado con Libby y a cada una de las conversaciones que habían mantenido.

Entró la llamada.

—Señor Lancaster —dijo Molly—, lo siento, me estaba duchando.

No tenía ningún motivo para comportarse como un jefe desagradable. Ya la compensaría.

—Molly, por favor, ¿podrías concertarme lo más pronto posible una cita con Libby Noble en su despacho de Nueva York? Y envíale flores a Sonya Pullman.

Era lógico que Libby estuviera preocupada por su amiga y que hubiera corrido a su lado. Pero ¿marcharse sin decir adiós, sin hablar del futuro de su relación?

No podía dejar de dar vueltas a las últimas líneas del mensaje que le había enviado.

*Siento despedirme con un mensaje. Gracias por una semana maravillosa. Nunca la olvidaré. Buena suerte con la organización benéfica y si alguna vez pasas por Nueva York...*

*Libby*

Apretó con fuerza el teléfono.

—Aterrizaré en veinte minutos. ¿Puedes hacerme llegar al aeropuerto un bolso de viaje con lo imprescindible y ocuparte de los preparativos? Después de repostar, seguiremos camino a Nueva York.

Había intentado contactar con Libby mediante llamadas y mensajes de texto. No podía culparla por no contestar.

La había convencido para que fuera su cita en una boda. Debía de ser muy duro para ella teniendo en cuenta que en lugar de su boda, había celebrado el funeral de su prometido.

Había conseguido que se rindiera a él, abriendo después de hacer el amor una nueva senda de confianza, una conexión más profunda.

Y entonces le había hecho pasar miedo, obligándola a revivir el peor momento de su vida con sus cabriolas en la moto acuática.

Se había dado cuenta de su reticencia nada más negarse a montar con él. Se le había pasado por la cabeza renunciar al disfrute de cruzar la bahía a toda velocidad. Pero también había querido demostrar su destreza, no para presumir sino para demostrarle a Libby que la vida había que disfrutarla. Al final, había ido demasiado lejos con aquellos saltos que había dado en el aire.

Se pellizcó el puente de la nariz mientras contestaba brevemente algunas preguntas de Molly. ¿Cómo había sido posible que se equivocara de aquella manera? Su única intención había sido darle a Libby un día que nunca olvidara, un recuerdo del tiempo que habían compartido. Había querido que dejara de negar aquellos sentimientos que, suponía, la aterrorizaban.

Entendía su miedo. Él también lo sentía. Su breve encuentro lo había sorprendido por su intensidad. ¿Pero marcharse, no volver a verla nunca, ignorar aquellos sentimientos que crecían en su interior?

No podía hacerlo y no entendía cómo ella era capaz. Apenas habían pasado veinticuatro horas y estaba deseando volver a verla, tocarla y besarla.

Si no iba a haber futuro después de aquellos días, iba a tener que decírselo cara a cara de forma franca y directa como era ella. Reconocerle que podía olvidarse de la conexión que habían compartido sin más, que quería volver a la seguridad de su vida sin arriesgar nada y, menos aún, su corazón.

Su secretaria lo sacó de sus pensamientos.

—Una última cosa, Molly. Envía un comunicado a Recursos Humanos para que te aumenten el sueldo un veinte por ciento. Eso es todo de momento.

Colgó, no sin antes oír una exclamación de Molly.

Se recostó en el asiento después de que el piloto anunciara el descenso. Nunca se daba por vencido sin pelear y no era momento de andar cambiando. Le había demostrado a Libby que la quería. Había llegado el momento de decírselo.

Libby llamó suavemente a la puerta de la habitación de Sonya en el ala de maternidad del hospital. Se asomó por el cristal y entró al ver que su amiga estaba despierta.

Dejó los regalos en la mesa, se acercó a Sonya y se fundieron en un abrazo.

Libby sintió el hombro de su blusa húmedo por las lágrimas de Sonya y apretó con más fuerza.

—Tranquila, está bien.

Sonya nunca lloraba. No lo había hecho desde que su primer novio en la universidad cortara con ella y le rompiera el corazón. Libby se acercó a la mesilla de noche para tomar unos pañuelos de papel y le secó las mejillas a su amiga.

—Lo siento, me han dicho que son las hormonas. Será mejor que se me pase pronto o voy a tener que pedir que me extraigan los conductos lacrimales. Rich no sabe qué hacer conmigo —dijo refiriéndose a su marido.

Libby sonrió y le apartó el pelo de la cara.

—Yo tampoco.

Rieron rompiendo la tensión, aunque Libby estuvo a punto de venirse abajo. Nunca se había sentido tan hundida.

Apartó aquel torbellino de emociones y se centró en la razón por la que estaba allí: su amiga.

Libby señaló la cuna que estaba al otro lado de la cama.

—¿Está ahí? —susurró sobrecogida.

Sonya asintió y volvió la cabeza hacia donde la recién nacida descansaba. Libby se acercó sigilosa hasta la cuna, sintiendo un nudo en la garganta. La pequeña tenía una buena mata de pelo oscuro, como el de su madre, y estaba dulcemente dormida, con los puños a los lados de su pequeño rostro angelical.

A Libby le costaba respirar y tuvo que contener el impulso de tomar al bebé en brazos, estrecharlo contra el pecho y dejar escapar las lágrimas.

—Es preciosa, Sonya.

Respiró hondo en un intento por calmarse. Nunca le habían atraído los bebés ni había sido de lágrima fácil, y no iba a empezar a hacerlo en aquel momento. Sonya la necesitaba.

—La vamos a llamar Amelia —dijo Sonya—, como la abuela de Rich.

Libby asintió.

—Es un nombre muy bonito. Es preciosa —repitió—. Has hecho un buen trabajo —añadió sonriendo, apretando la mano de su amiga.

Después se sentó junto a la cama.

—¿Qué es ese tubo?

Amelia tenía un pequeño tubo en la boca, del que sus pequeños labios succionaban aún dormida.

Los ojos de Sonya volvieron a llenarse de lágrimas. ¿Por qué había preguntado nada?

—Tiene una anomalía congénita.

Libby disimuló su sorpresa, le dio otro pañuelo a su amiga y tomó otro para ella, por si acaso.

—Tiene atresia esofágica. Quiere decir que sus conductos nasales no se han desarrollado del todo y no puede respirar por la nariz.

Libby apretó el pañuelo.

—¿Y es serio?

Su admiración por Sonya se había disparado. Se había sometido a una cesárea para traer al mundo a su hija y ahora se enfrentaba a la angustia de que su recién nacida tuviera que ser operada.

—Es potencialmente mortal. La primera vez que fui a darle el pecho se puso morada —dijo y sollozó antes de continuar—. Nunca había pasado tanto miedo en mi vida —añadió y se aferró a la mano de su amiga—. Tendrán que operarla posiblemente hoy o mañana.

Con razón su amiga no podía parar de llorar.

—¿Dónde está Rich?

—Lo he mandado a la cafetería a desayunar. Llevaba veinticuatro horas sin comer nada.

—Lo siento mucho —dijo Libby bajando la cabeza—. Debería haber llegado antes.

Sonya sacudió la cabeza y clavó sus ojos en ella. Su mirada estaba llena de ternura.

—No habrías podido hacer nada. Todo pasó muy rápido.

Libby hizo un gesto con la cabeza. No sabía qué decir. ¿Qué podía decir para reconfortar a su amiga? No podía hacerse una idea de por lo que Sonya y Rich estaban pasando. Después de la muerte de Callum había descartado la idea de tener hijos, pero el instinto protector que brotaba de su interior le permitía imaginarse cómo debían sentirse.

Las dos mujeres se quedaron mirando al bebé, con una sonrisa tierna en sus labios. Era difícil no sonreír ante aquella criatura tan bonita.

—La quiero tanto —dijo Sonya—. No pensaba que pudiera ser tan... instantáneo.

Libby asintió, sintiendo un nudo en la garganta.

—Cómo no hacerlo. Es preciosa.

Volvió la mirada hacia Amelia, absorta contemplando a su hija. Por primera vez en tres años, se permitió fantasear con un futuro lleno del amor del que Sonya hablaba, la clase de amor que sentía por Alex.

En cuanto el avión había despegado del suelo francés, se había dado cuenta de su error. Cada kilómetro que había recorrido en su camino de vuelta a casa, se había sentido más distante. En vez de ganar perspectiva como había imaginado, su vuelta a Nueva York y a su apartamento solo había servido para intensificar aquel torbellino de emociones que tenía en su interior.

Lo amaba y no sabía qué hacer.

«Dámelo todo, Olivia».

¿Por qué no lo había hecho?

Sonya se movió en la cama, apretó los labios y se llevó las manos al vientre.

Libby salió de su ensoñación y apretó el brazo de su amiga.

—Estoy bien, son los dolores posparto —explicó—. Cuéntame algo de Francia.

No. Si pensaba en Francia, pensaría en Alex y volvería a sentir aquel nudo en el estómago, aquella presión en su pecho que le decía que había cometido

el mayor error de su vida.

Esbozó una falsa sonrisa. Su amiga ya estaba pasando por demasiado como para tener que soportar sus dramas.

—No me dio tiempo a hacer turismo, solo un poco de Niza. Me pareció... maravillosa.

La sonrisa de Libby se tornó sincera. Había conseguido que Sonya también sonriera.

—Los paisajes son preciosos y la comida espectacular. Los franceses son gente muy amable, aunque no entendía nada de lo que decían.

—¿Y qué tal Alex?

Sonya fue directa al grano.

Sabía que la pregunta era inevitable. Llevaban muchos años siendo amigas, pero no estaba preparada para hablar de él. Tragó saliva.

—Bien, supongo que bien.

Confiaba en que estuviera más que bien. Seguramente se habría enfadado mucho por la manera en que se había marchado. Aunque habría entendido la urgencia de su marcha, era lo suficientemente inteligente para leer entre líneas y haberse dado cuenta de que había preferido salir corriendo en lugar de enfrentarse a él y a sus propios miedos.

—¿No estás segura? ¿Pero no has estado con él? —preguntó arqueando una ceja y buscó su mirada.

Libby se encogió de hombros.

—Quería volver cuanto antes para estar a tu lado.

Sentía que le ardían los pulmones. Se había despedido de él con un breve mensaje. Había ignorado sus llamadas y sus mensajes, justificando su comportamiento en que su amiga la necesitaba y que no podía lidiar con más de un problema a la vez.

Bajó la vista a sus manos, entrelazadas sobre su regazo.

—De todas formas, tenía que volver.

El parto de Sonya había precipitado su vuelta, pero había pagado un alto precio por su cobardía. Sentía el cuerpo desmadejado, su mente daba vueltas sin rumbo, incapaz de centrarse en un pensamiento, y estaba a punto de venirse abajo por las emociones. ¿Volvería a sentirse como siempre en algún momento? Ni siquiera se sentía a gusto con su vida anodina, muy diferente a la semana que había pasado con Alex.

Nunca sería capaz de llenar sus días y encontrar la misma felicidad que

había descubierto con él. Había conseguido devolverla a la vida, pero no con su riqueza ni con sus regalos, ni siquiera con sus aventuras. Lo había conseguido él, la persona, el hombre dispuesto a darlo todo para marcar la diferencia y con el que había aprendido a volver a amar.

Sonya se había quedado callada y permanecía expectante. Libby esbozó una sonrisa, pero no fue lo suficientemente rápida.

—¿Vas a volver a verlo?

Libby se quedó de piedra. No estaba preparada para confesar sus verdaderos sentimientos por Alex. No había tenido tiempo para analizarlos y Sonya pensaría que estaba loca por haberse enamorado de un hombre en apenas una semana.

Por suerte, tenía preparado un discurso por si acaso.

—Quizá, aunque las probabilidades son escasas. Vivimos en continentes diferentes y ambos trabajamos muchas horas.

Le ardía la garganta. La posibilidad de que Alex quisiera volver a verla era remota.

—¿No quieres intentarlo?

Aunque era una pregunta, parecía una afirmación. Sonya la conocía muy bien. Había estado a su lado en los momentos más difíciles y podía leerle la mente. Seguramente no se había dejado engañar por sus intentos de mostrarse indiferente.

Libby bajó la vista a sus manos entrelazadas sobre el regazo. Sentía un nudo en la garganta y le ardían los ojos. El peso de la fatiga la hundía en la silla. Había pasado largas horas en vela, tratando de comprender sus sentimientos, primero en el vuelo de vuelta desde Francia y luego en su apartamento, dando vueltas sin parar a la espera de que amaneciera para ir a visitar a su amiga.

—Me he enamorado de él, Sonya —confesó entre susurros, sin pararse a pensar lo que decía.

Respiró hondo y siguió con la vista clavada en sus uñas. Tenía que superar aquel dolor que, aunque no era tan duro como el que había superado, era igualmente devastador.

—Ya me había dado cuenta.

Sonya se quedó callada. Libby tragó saliva y contuvo las emociones que se acumulaban en su interior y que amenazaban con aflorar y destruir el muro tras el que había estado protegiéndose en los últimos años.

—¿Sabes? —dijo Sonya acariciando su mano y sacándola de su

ensimismamiento—. El amor tiene algo que...

Libby tragó saliva y se encontró con la mirada de su amiga.

—No nos da opción, ¿no te parece? —añadió y miró a su bebé—. Es el mejor sentimiento y a la vez el peor porque tiene el poder de hacernos daño más que cualquier otra cosa.

Libby asintió, incapaz de articular palabra.

Sonya esbozó una triste sonrisa antes de continuar.

—Pero no lo cambiaría por nada. No hace falta que te diga que merece la pena.

Luego la miró directamente a los ojos, transmitiéndole con la mirada lo que no le había dicho con palabras. Merecía la pena arriesgarse por amor y sufrir.

Alex merecía la pena, aunque ya no tenía opción.

Libby asintió, con los labios apretados y contuvo el pánico que la empujaba a salir corriendo al aeropuerto y tomar el primer vuelo a Londres.

—Si te ama, nunca es demasiado tarde —dijo Sonya—. No esperes más y díselo.

Ambas mujeres se sobresaltaron cuando la puerta se abrió y Rich apareció. Primero posó su mirada en Sonya, luego en su hija y, por último, en Libby.

Como si estuviera en una nube, Libby le dio la enhorabuena y siguió charlando unos minutos más con ellos. Cuando vio a Sonya bostezar, aprovechó para excusarse y dejar a solas a la nueva familia para que disfrutara de aquellos bonitos momentos.

Fuera del hospital, tomó un taxi. Tenía que arriesgarse por Alex, a pesar de las pocas posibilidades que tenía. Lo amaba. Podía llevar una vida tranquila sin sobresaltos o superar los obstáculos, la distancia y amarlo con todo su corazón tal y como se merecía.

Para cuando llegó a su oficina, había intentado localizarlo llamando a su casa y a su móvil, pero no había tenido suerte. Su voz profunda en el contestador era una tortura. Había tenido la oportunidad de tener algo extraordinario y lo había dejado escapar. No, lo había apartado de su lado como si quemara.

Vinnie se sorprendió al verla aparecer en la recepción. El secretario estaba en mitad de una llamada y rápidamente colgó y esbozó una amplia sonrisa que enseguida borró de sus labios al ver su expresión triste.

Se puso de pie y rodeó el escritorio con los brazos abiertos para abrazarla.

—Bienvenida, ¿has tenido un buen vuelo? ¿Has ido a ver a la pequeña?

No me digas que no es adorable. Me dan ganas de tener hijos.

Vinnie siempre hacía una batería de preguntas como si ya supiera las respuestas.

Libby rio contra su pecho, a punto de dejar escapar las lágrimas y durante unos segundos se dejó llevar por la sensación reconfortante del abrazo.

—Bueno, ponte cómoda. Te prepararé una infusión y luego le contarás todo al tío Vinnie.

Sintió que se le levantaba el ánimo. Siempre podía contar con su extravagante asistente para que la animara. Forzó una sonrisa. No podía permitir que se enterara de todo o le montaría un espectáculo.

Le dio el regalo que le había llevado de Londres y volvió a sentir un nudo en la garganta. Estaba harta de tanto cambio de humor.

—Gracias por cuidar de Sonya y de encargarte del fuerte.

—¡No me digas que son escocesas! —exclamó abriendo los ojos de par en par—. No tenías que haberte molestado.

Ella rio.

—¡Cómo iba a traerte galletas de mantequilla que no fueran escocesas!

Vinnie volvió a abrazarla. Su alegría era contagiosa.

—Eres la mejor jefa del mundo.

Libby puso los ojos en blanco.

—Pues ya es hora de ponernos a trabajar. Hay mucho que hacer. Lo primero de todo, localízame a Alex Lancaster —dijo y miró el reloj para calcular la diferencia horaria—. Seguramente estará todavía en la oficina. Habla con Molly, su secretaria. Tal vez esté en Able-Active. Y luego puedes ponerme al día de todo lo que ha pasado que no sea cotilleos de famosos.

Vinnie guardó con mucho cuidado el regalo en el cajón.

—Me pongo a ello.

—¿Has preparado la lista de candidatos para el puesto de Sonya?

El secretario asintió y se dirigió a la máquina de café que tenían en un rincón, anticipándose a su siguiente petición.

La oficina se le hacía extraña, como si alguien hubiera cambiado las paredes o fuera otra la vista desde las ventanas. ¿De veras solo había pasado una semana? Habían cambiado muchas cosas, pero sobre todo ella. Lo que antes era un rincón acogedor, le parecía ahora una cárcel.

Abstraída, revisó los correos electrónicos sin prestar atención a los que tenían que ver con el trabajo. Buscaba alguno de Alex, pero nada. ¿Qué

significaba?, ¿que no significaba nada para él? ¿Que había aceptado su marcha sin más?

No, no podía pensar eso al menos hasta que hablara con él y le dijera lo que sentía.

Redactó un correo electrónico muy breve, pidiéndole hablar por teléfono. No podía escribir todo lo que tenía que decirle en un correo electrónico.

Al cabo de unos segundos recibió un mensaje de respuesta automático. Sintió que el estómago le daba un vuelco. Alex Lancaster estaba fuera de la oficina y todos los mensajes serían redirigidos a Molly.

¿Qué significaba eso? ¿Seguiría en Francia? Quizá había adelantado aquel viaje a Japón del que le había hablado. O se había ido de vacaciones. Puede que incluso estuviera evitándola.

Libby se sentó en su mesa, alineó los bolígrafos a la izquierda y colocó la maceta a su derecha. Se sentía pletórica de energía.

Vinnie apareció con su café.

—No he tenido suerte con el señor Lancaster, lo siento. Y tampoco consigo dar con Molly —anunció y dejó el café en la mesa antes de volver por donde había venido—. Seguiré intentándolo.

Durante el resto del día trabajó como si estuviera en una nube, avanzando poco y comprobando su correo electrónico y su teléfono cada treinta segundos cual adolescente enamorada. Se sentía impotente.

A las cinco abandonó toda esperanza de sacar algo de provecho. Sentía pulsaciones en las sienes, le escocían los ojos por la falta de sueño y estaba aletargada por el cambio de hora.

Disgustada, cerró el ordenador portátil, se puso la chaqueta y llamó a gritos a Vinnie, que durante las dos últimas horas había estado evitándola.

—¿Alguna novedad de Sonya? ¿Sabes algo de la operación?

—La han programado mañana a primera hora —contestó desde su mesa, evidentemente molesto con ella.

Libby también estaba enfadada consigo misma. Siempre se había sentido muy orgullosa de saber lo que quería profesionalmente. ¿Cómo podía estar tan equivocada en su vida personal?

Guardó su tableta en el bolso, tomó su teléfono móvil y a punto estuvo de lanzarlo por la ventana.

Estaba cansada de esperar. Había llegado el momento de pasar a la acción.

Volvió a llamar a Vinnie, demasiado impaciente como para esperar a llegar

hasta su mesa.

—Vinnie, consígueme un billete para Londres cuando antes.

¿En qué estaba pensando? Tenía clientes que atender y compromisos laborales que cumplir, además de acompañar a Sonya. No podía tomar un avión y marcharse otra vez.

Pero no podía seguir sentada, esperando.

—Disculpe, señorita Noble —dijo Vinnie desde el otro lado de la puerta abierta, muy formal.

Nunca la había llamado así y no parecía haber elegido un buen momento para hacerlo. Su sarcasmo la sacaba de quicio.

—Te he conseguido a Alex Lancaster.

Se quedó de piedra. El estómago le dio un vuelco. ¿Le había oído bien? Se apoyó en la mesa para no perder el equilibrio.

—Pásamelo.

Volvió a rodear la mesa y se dejó caer en su sillón. Colocó la mano sobre el teléfono y oyó que Vinnie decía algo, pero no logró entenderle. No era el momento de que le montara una rabieta. En cuanto hablara con Alex, se disculparía con Vinnie por haber estado de tan mal humor. Le llevaría a comer a su restaurante favorito al día siguiente y le compraría un montón de sus revistas favoritas.

¿Por qué no le pasaba la llamada?

Estaba impaciente. Suspiró y atravesó la puerta que separaba su despacho del de su secretario.

—Perdona, responderé la llamada aquí mismo.

Al empujar la puerta para abrirla del todo, se encontró cara a cara con Alex.

Al verlo, se quedó sin respiración y lo miró de arriba abajo. Lo tenía allí mismo, en carne y hueso, delante de ella.

—Olivia.

Inclinó levemente la cabeza. Su mirada era indescifrable y estaba serio.

Su voz era una caricia para sus sentidos. Sus pulmones recuperaron su actividad y enseguida la asaltó el deseo. Suspiró. Estaba muy guapo con sus vaqueros, su camiseta y aquel pelo revuelto en el que estaba deseando hundir los dedos.

Su olor invadió toda la estancia. Se le secó la boca y dejó de pensar.

—Yo...

«Está aquí, di algo».

—¿Cómo estás? —dijo posando la mirada en él—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Detrás de Alex, Vinnie abanicándose con gran teatralidad, mirándolo de arriba abajo.

—Tenemos un asunto pendiente —dijo impasible, y arqueó una ceja—. Tengo un coche abajo. ¿Puedes acompañarme para que hablemos? —preguntó extendiendo el brazo hacia la salida.

¿Un asunto pendiente? ¿Por qué había ido a Nueva York? ¿Por ella?

Debía de haberse quedado con la boca abierta, porque Vinnie contestó por ella.

—Estará encantada. Por hoy, ya habíamos acabado.

El cambio horario, el insomnio y el estrés, una combinación desastrosa que anulaba el habitual ingenio de sus comentarios.

—Yo...

No fue capaz de formular la frase y se quedó mirándolo fijamente. La mirada oscura de Alex resultaba magnética.

—Por favor.

Por fin vio aquel brillo en sus ojos que pensaba que nunca más vería.

La esperanza despertó su mente. Vinnie tenía su bolso en la mano y se lo ofreció, indicándole la salida.

—Yo ya he terminado, jefa —dijo, guiñándole un ojo.

Iba a tener que despedirlo.

Le temblaron las piernas durante el breve recorrido hasta la calle. A su lado, Alex evitó rozarla y Libby dudó entre romper a llorar o echarse en sus brazos y recordarle lo a gusto que estaban juntos.

Entonces recordó cómo se había marchado y apretó los puños. Se moría de ganas por acariciarlo, pero no estaba preparada para que la rechazara. ¿Se habría roto para siempre su conexión?

En la calle, Alex le abrió la puerta del coche, esperó a que se metiera y luego tomó el asiento de al lado. El coche se puso en marcha y se mezcló entre el tráfico de la tarde.

Lo miró por primera vez después de superar la sorpresa de verlo allí. El ruido de lo que les rodeaba desapareció y sintió que la mente se le había despejado. Se quedaron mirándose a través del abismo que los separaba.

Analizó cada detalle de su rostro. Tenía bolsas debajo de los ojos y una

sombra de barba incipiente le cubría las mejillas. Quizá había dormido tan poco como ella en las últimas veinticuatro horas.

—No te despediste.

Su voz la envolvió y todas sus terminaciones nerviosas se pusieron en alerta. La estaba perforando con la mirada y tuvo que apartar la suya por vergüenza.

—Sí, lo hice.

Él sacudió la cabeza.

—Pero no en persona.

Libby sintió un nudo en la garganta.

—No.

«Te quiero».

¿Por qué le resultaba tan difícil? ¿Pensaría que estaba loca? Lo único que le había pedido era volver a verla.

—¿Por qué?

Buena pregunta. Sus ojos volvieron a encontrarse con él y sintió calor en el vientre.

—Soy una cobarde. Tengo miedo, Alex.

Hizo un ligero movimiento con la cabeza y permaneció callado, dándole tiempo para ordenar sus ideas.

—Llevo tanto tiempo asustada que soy incapaz de sentir otra cosa.

Libby lo miró directamente a los ojos, como si fueran su salvavidas. Había llegado el momento de contarle lo que quería que supiera. Necesitaba que comprendiera por qué había cometido un error tan grande.

—Callum murió en mis brazos. Vi cómo la vida escapaba de su cuerpo, cómo el hombre al que amaba moría —dijo, deseando que la comprendiera y que le diera otra oportunidad—. No quiero tener que volver a pasar por lo mismo otra vez.

Su voz se quebró.

Alex tragó saliva. Sus ojos brillaban, pero permaneció en silencio.

Libby lo tomó de la mano.

—Pensé que nunca más podría volver a enamorarme, pero me he dado cuenta de que sí puedo. Porque te quiero, y eso me asusta.

Alex exhaló y hundió los hombros.

—Joder.

Tomó su otra mano y tiró de ella hasta el borde del asiento. Una sonrisa

asomó a sus labios y tomó su rostro entre las manos mientras estudiaba sus facciones.

—Yo también te amo, Libby. He venido para decírtelo —añadió, acariciándole las mejillas—. Debería habértelo dicho en Francia.

Se quedó mirándola con tanta intensidad, tanta pasión, que Libby sintió que le ardía la piel. Aquella conexión había existido desde el principio, aunque la había ignorado para evitar volverse loca. Había optado por ser cobarde.

Alex cubrió con su mano la de ella y giró la cabeza para besarle la palma. Sentía que el pecho estaba a punto de estallarle.

—A menos que te suplicara para que me amaras, solo me quedaba otra estrategia.

Libby apretó los labios conteniendo una sonrisa juguetona y arqueó las cejas.

—Que era...

Él se encogió de hombros y un brillo travieso asomó en sus ojos.

—Follarte hasta la sumisión.

Libby soltó una carcajada y se acercó a él. La tensión estaba empezando a desvanecerse. Había estado demasiado tiempo apartada de él. Echaba de menos tocarle, besarle, abrazarle... Alex la rodeó con sus fuertes brazos por la cintura, mientras ella se colocaba sobre su regazo.

—Libby...

Lo rozó con sus labios y las llamas se reavivaron a partir de los rescoldos.

—Bueno, eso suena divertido —dijo besándolo y riendo a la misma vez.

Hundió los dedos en su pelo y le obligó a echar hacia atrás la cabeza, antes de besarlo apasionadamente.

Entonces, Alex sacudió la cabeza y se apartó, mirándola muy serio.

—No, no vamos a seguir follando.

Libby se echó hacia atrás. Él la sujetó con la mano para evitar que se apartara del todo.

—A partir de ahora, vamos a hacer el amor —concluyó.

La tomó por la nuca y la acercó para darle otro beso.

Ella rio, y empezó a besarlo por la frente, las mejillas y los párpados, disfrutando de los jadeos que le provocaba. Luego se quedó mirando por la ventana y se puso seria.

—¿Adónde vamos?

Se bajó de su regazo y se sentó a su lado, aferrándose a su mano para que no

desapareciera.

Él se quedó observándola como si no fuera real. Conocía aquella sensación. La tranquilidad que le proporcionaba su mano cálida era lo único que la convencía de que lo tenía su lado.

—Bueno, teniendo en cuenta que vives aquí, esperaba que me invitaras a tu apartamento para que pudiéramos empezar a hacer el amor.

Alex apretó los labios y sus ojos brillaron al acercarse a ella.

—Quizá deberíamos empezar con algo más... íntimo.

Su mirada abrasadora la ponía caliente.

—Ya sabes cuánto me gusta esa habilidad que tienes —dijo él, arqueando una ceja mientras le acariciaba el primer botón de la blusa.

Ella sonrió, recordando la tortura que le había infligido la primera vez.

—Me parece un buen plan.

Él asintió con una sonrisa de satisfacción.

—También podríamos ir al apartamento que acabo de comprarme aquí.

Se acomodó en el asiento y volvió a colocarla sobre su regazo.

—¿Bromeas?

Libby trató de ordenar sus pensamientos mientras Alex recorría a besos la base de su cuello. Si vivía en Inglaterra, ¿por qué comprar un apartamento en una ciudad en la que apenas pasaba unas cuantas semanas al año?

—No me gusta hacer bromas con temas serios, señorita Noble —susurró, rozándole la oreja con los labios—. Voy a pasar bastante tiempo en Nueva York. Quiero estudiar nuevas vías de negocio.

—¿Ah, sí?

Alex asintió y la miró muy serio.

—Y tú, eres el mejor negocio que he conseguido jamás.

HQN™

**SARAH**  
Autora best seller del USA TODAY  
**MORGAN**

*Atardecer  
en  
Central Park*



"Un poco dulce y muy sexy"  
—Booklist

# Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah  
9788491881452  
384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio... El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón... Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

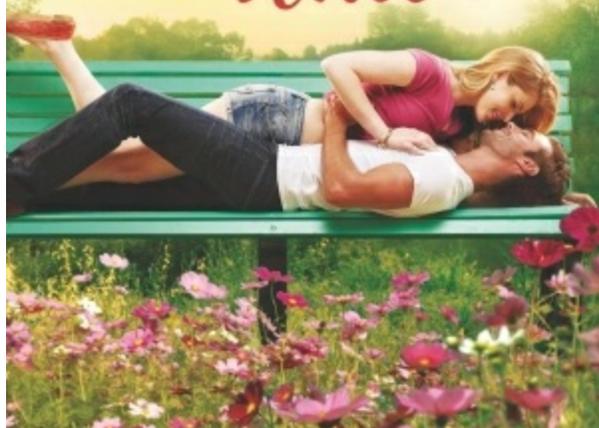
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

SUSAN MALLERY

*Lo mejor  
de mi  
amor*



# Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

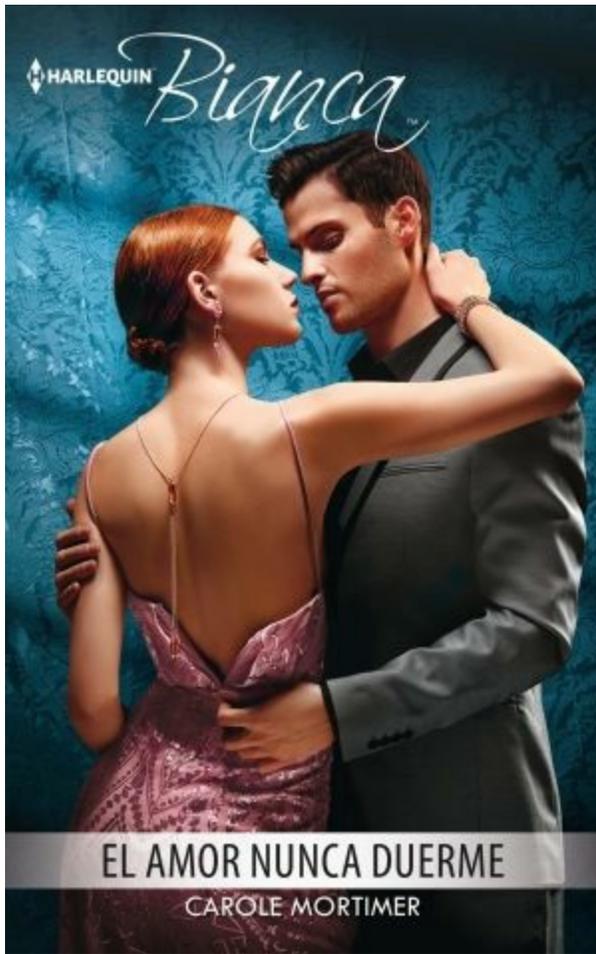
9788491881469

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

# El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

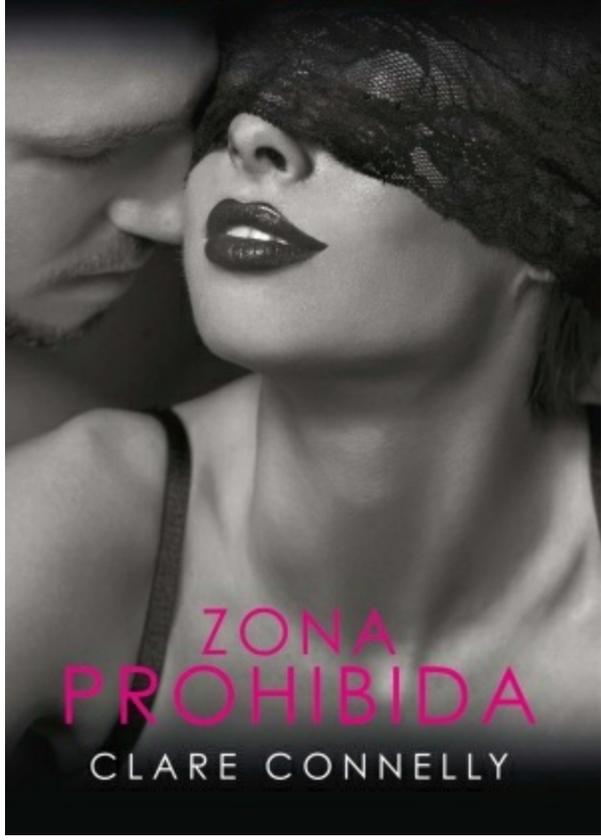
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... idispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ZONA  
PROHIBIDA

CLARE CONNELLY

# Zona prohibida

Connelly, Clare

9788491889441

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Con una química tan fuerte, merecía la pena correr el riesgo de quemarse...El multimillonario Jack Grant era completamente inalcanzable para Gemma Picton. Era un hombre salvaje, peligroso y... su jefe. Pero cuando pasaron de trabajar hasta muy tarde a algo más, Gemma se dio cuenta de que la realidad superaba todas sus fantasías, ¡y había fantaseado mucho con Jack! Sin embargo, él estaba emocionalmente herido y cuando Gemma quiso sanar su corazón, además de disfrutar de su cuerpo, supo que se había metido en problemas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Por el amor de  
un hombre

**Jill Shalvis**



e<sup>lit</sup>

# Por el amor de un hombre

Shalvis, Jill

9788491887126

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Demasiado tentador para resistirse...Nick Cooper no podía creer que estuviera allí compartiendo habitación con Danielle Douglass, el objeto de todas sus fantasías de adolescente. Tener que compartir aquella enorme cama con ella no hacía más que encender el deseo que siempre había sentido por aquella mujer. Pero lo que ella necesitaba de él era protección, no sexo... Lo que Nick no sabía era durante cuánto tiempo iba a aguantar sin acariciar aquel delicioso cuerpo... A Danielle le habría encantado estar allí con el atractivo Nick Cooper en cualquier otra circunstancia, pero ahora estaba en peligro y, justo por eso, no debería estar tan distraída. Debería estar planeando el siguiente paso que debía dar, no fantaseando con él. Cuanto más tiempo pasara a su lado, menos ganas iba a tener de huir y más de seducirlo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)